

Seul n. pour 1963



TRIBUNA socialista

LA "NUEVA ETAPA" FRANQUISTA — POR LA
LIQUIDACION DE LAS BASES ATOMICAS EN ESPAÑA
EDITORIALES

ESPAÑA Y EUROPA JUAN GOYTISOLO

ESPAÑA, EUROPA Y EL "TERCER MUNDO"
F. FERNANDEZ-SANTOS

LA JUVENTUD ESPAÑOLA Y EUROPA
ANTONIO SANZ

EL PORTUGAL DE SALAZAR
P. FRYER Y P. PINHEIRO

EL NACIONALISMO ANGOLES M. DE ANDRADE

LAS IDEAS DE TROTSKY SOBRE EL ARTE
Y SOBRE EL HOMBRE ISAAC DEUTSHER

HABLA EUGENIO EVTUCHENKO ADOLFO GILLY

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

Nº 6-7

Febrero-Mayo 1963

Revista independiente de crítica e información

80 P 5154



SUMARIO

NOTAS EDITORIALES

<i>La «nueva etapa» franquista</i>		1
<i>Por la liquidación de las bases atómicas en España</i>		4
<i>La crisis Moscú-Pekín</i>		6
<i>La juventud española y Europa</i>	Antonio SANZ	9
<i>Salazar y su régimen</i>	FRYER-PINHEIRO ..	17
<i>El nacionalismo angolés</i>	Mario de ANDRADE ..	26

TRIBUNA DE DISCUSION

<i>La cuestión europea</i>	W.S.	35
<i>España y Europa</i>	Juan GOYTISOLO ..	38
<i>España, Europa y el «Tercer Mundo»</i>	F. FERNANDEZ-SAN-	53
<i>Respuesta a Fernández-Santos</i>	TOS	53
<i>Puntualizaciones</i>	Juan GOYTISOLO ..	74
	F. FERNANDEZ-SAN-	84
	TOS	84

ARTE Y LITERATURA

<i>Las ideas de León Trotsky sobre el arte y sobre el hombre</i>	Isaac DEUTSCHER ..	93
<i>Habla Eugenio Evtuchenko</i>	Adolfo GILLY	104

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

<i>«Marx y su concepto del hombre», por Erich Fromm. — «La lucha contra los monopolios», por Ramón Tamames. — Las publicaciones de Pekín. — «Los intelectuales y la política». — ¿Liberalismo u oportunismo?</i>		108
--	--	-----

NOTAS EDITORIALES

La « nueva etapa » franquista

COMO en otras circunstancias igualmente difíciles, el verano pasado, poco después del gran movimiento huelguístico de abril y mayo, Franco reorganizó su gobierno y anunció la entrada en una « nueva etapa » del régimen instaurado por la violencia reaccionaria y fascista en 1939. Esa « nueva etapa », que ha durado cerca de un año, ha sido clausurada con una serie de procesos escandalosos contra varias decenas de militantes anti-franquistas y con la ejecución sumaria del dirigente comunista Julián Grimau.

Estamos, por consiguiente, en condiciones de hacer un cierto balance. Resumamos esquemáticamente. La « nueva etapa » se ha caracterizado globalmente por las siguientes medidas: a) concesiones al peligro mayor, el proletariado en lucha, a través del aumento de los salarios y la generalización del nuevo sistema de los convenios colectivos; b) política de represión selectiva, implacable con los grupos clandestinos más dinámicos y con los animadores reales o supuestos del movimiento huelguístico, menos severa con las fuerzas de la oposición monárquica o monarquizante que había cometido la terrible audacia de manifestarse en términos moderados en la reunión de Munich; c) abolición formal de la censura de la prensa e inauguración de una nueva política de la información destinada a contentar a ciertos sectores de la opinión internacional; d) mayor tolerancia con respecto a los grupos y sectores disidentes dispuestos a jugar dócilmente el juego de la « liberalización »; e) aceleración de la orientación hacia la Europa de los trusts a través de una política de liberalización de los intercambios comerciales y de concesiones al capital extranjero; d) medidas encaminadas a dar una apariencia superficial de « democratización » de las instituciones del régimen.

En el frente más inquietante, la situación es clara. Olvidando las bravuconadas del discurso de Valencia, el gobierno franquista fijó el salario mínimo vital en 60 pesetas y puso fin al bloqueo de los salarios. Fue, hay que reconocerlo, una concesión importante, arrancada por los trabajadores. Sin embargo, la situación de éstos no ha experimentado cambios realmente importantes. La elevación del salario mínimo sólo ha afectado a una minoría reducidísima de trabajadores, principalmente a los obreros agrícolas de ciertas regiones, en donde por cierto los patronos no suelen respetar las disposiciones oficiales. Por otra parte, el salario mínimo tiene una importancia muy limitada en aquellos lugares del campo español en donde el paro estacional constituye una verdadera plaga. Además, los aumentos de salarios han sido calculados sobre la base del salario mínimo y han ido acompañados de un aumento sensible de la cotización en concepto de seguros sociales, y de una fuerte elevación de las normas de trabajo. Lo que equivale a decir que han sido finalmente mucho menos importantes de lo que pareció al principio. Por si fuera poco, los precios han aumentado considerablement, absorbiendo en gran parte las mejoras de las remuneraciones. De ahí, pues, que la tensión social siga siendo grave y que en el curso de los últimos meses se hayan producido infinidad de

plantes y huelgas de los tipos más diversos tanto en las ciudades como en el campo.

En lo que se refiere a la represión, la magnanimidad con la mayor parte de los implicados en la «conspiración de Munich» se ha compaginado perfectamente con la aplicación rigurosa de la ley que considera acto de rebelión militar toda tentativa, por modesta que sea, de organizar o reorganizar la lucha obrera clandestina. La represión franquista es una represión de clase. Los recientes procesos lo han demostrado de un modo inequívoco. Y lo más escandaloso es que la llamada opinión internacional, tan tolerante con el franquismo en los últimos tiempos, tan permeable a los cantos de sirena de la «liberalización», haya necesitado una nueva ejecución capital para conmoverse ante el drama del pueblo español. En realidad, el fusilamiento de Julián Grimau no ha sido más que el corolario de una larga serie de condenas monstruosas contra algunos de los elementos más combativos de la oposición obrera antifranquista.

La supresión formal de la censura de la prensa, uno de los caballos de batalla de Fraga Iribarne, ha sido en realidad una burda engaño. La prensa sigue estrechamente sometida a las directivas y presiones del régimen y, además, está en manos de hombres cuidadosamente seleccionados por el Ministerio de Información. En el fondo, la nueva política de la información de Fraga Iribarne ha consistido, como lo ha reconocido cínicamente Calvo Serer en un artículo digno de figurar en una antología, en publicar algunas noticias sobre hechos conocidos por todo el mundo y que antes se silenciaban por pura estupidez, por una estupidez que resultaba incluso contraproducente. El régimen no se ha atrevido ni siquiera a dejar a ciertos elementos monárquicos y católicos que juegan a la oposición legal y respetuosa a lanzar nuevas publicaciones. Las únicas excepciones han sido la aparición de la «Revista de Occidente» y de «Atlántida», revistas de circulación limitada y cuyos dirigentes han dado todas las garantías que se les habían pedido. Digamos a este respecto que la «Revista de Occidente» ha salido incluso con la bendición preliminar de Don Juan y de las altas jerarquías de la Iglesia.

Pasando ya a otro dominio, no hay que negar que el régimen se ha manifestado especialmente benevolente con ciertos grupos monárquicos y católicos (¡e incluso con protestantes!) que preparan más o menos astutamente el porvenir sin romper realmente con la dictadura y sus hombres. Sin embargo, cabe destacar que la «oposición» borbónica no ha obtenido todas las facilidades que esperaba y se ha visto obligada en diversas ocasiones a quejarse de los frenos que se ponían a su acción, realmente modesta sin embargo.

La orientación hacia la Europa de los trusts ha recibido un serio impulso. Bajo la dirección espiritual del «Opus Dei», grupo que parece por el momento el más próximo a las tendencias neocapitalistas, el gobierno ha desmantelado alguno de los organismos que frenaban la marcha hacia una economía liberal, ha liberalizado los intercambios comerciales sin romper lo esencial del sistema proteccionista y ha abierto generosamente las puertas del país al capital extranjero. A este respecto, hay que decir que las inversiones extranjeras son cada día más importantes. Para dar una idea de las garantías ofrecidas por el franquismo al capitalismo extranjero bastará con decir que la «Agency for International Development» de los Estados Unidos garantiza a las sociedades norteamericanas con firmas subsidiarias en España el noventa y cinco por ciento de los riesgos de inconvertibilidad y el cien por cien de los de expropiación o confiscación.

Para completar el cuadro, Franco ha modificado el sistema de organización de sus famosas «elecciones sindicales», se dispone a introducir algunos cambios de poca monta en el mecanismo de las elecciones municipales y se siente fuertemente tentado por la idea de recurrir al método

del referéndum, que en España adquiriría sin duda características sumamente divertidas.

Ahora bien, después de la ejecución de Grimau y de las reacciones que este acto de barbarie ha suscitado en el mundo entero, es posible que muchos de los planes en preparación sean anulados o modificados. Ciertamente, muchas gentes esperan que se «seque la sangre de Grimau», como ha dicho un ilustre profesor de Derecho, para acoger con la máxima complacencia las farsas franquistas. No obstante, es difícil que estas farsas encuentren mucho eco en los meses venideros.

Evidentemente, no es posible cerrar este cuadro sin referirse a otro de los aspectos de la política franquista que ha sido sospechosamente comentado en los últimos tiempos. La propaganda de Fraga Iribarne ha asaltado durante meses las columnas de la gran prensa burguesa para cantar el «restablecimiento espectacular» de la economía española y sus espléndidas perspectivas. Como se recordará, hemos asistido no hace mucho a toda una serie de artículos y discursos sobre el «milagro económico español». A este respecto, los hechos y las cifras cantan. El desarrollo industrial de España está muy lejos de seguir el ritmo de que había hablado la propaganda franquista. El propio Ullastres ha tenido que reconocer que el índice de la renta nacional sigue siendo muy bajo, que la productividad no progresa sensiblemente, que el mercado interior es muy limitado y que la política de aumento de las exportaciones tropieza con dificultades insalvables.

Como se sabe, la propaganda franquista insiste especialmente en la progresión de las reservas de divisas. Pero tampoco puede ocultar la realidad en este aspecto; y ésta es sumamente elocuente. La balanza de pagos de la España franquista es satisfactoria en razón del turismo y de las remesas que hacen los emigrantes, cada día más numerosos. En 1962, el turismo proporcionó un total de 28.464 millones de pesetas, cifra ligeramente inferior al déficit del comercio exterior (31.986 millones de pesetas). Y las remesas de divisas de los emigrantes representaron nada menos que 10.518 millones de pesetas. Así, pues, lo que los franquistas llaman el «milagro económico» español se basa en estos dos singulares elementos. Los comentarios huelgan.

La «nueva etapa» franquista tenía que apoyarse también en la reforma agraria y en el «Plan de Desarrollo». Las declaraciones demagógicas sobre la reforma agraria han pasado a mejor vida. En su discurso de fin de año, el «Caudillo» dijo escuetamente, sin temor a caer en el ridículo, que la reforma agraria en España es «la transformación de las tierras de secano en tierras de regadío». Aclarado el enigma de la «reforma agraria», queda en pie el «Plan de Desarrollo». Los proyectos se multiplican. Pero es absolutamente claro que no habrá «Plan de Desarrollo» real sin la reforma agraria y sin la realización de una serie de radicales reformas de estructura que las fuerzas que sostienen al régimen no aceptarán jamás.

En tales condiciones, la dictadura franquista está condenada a agitarse en un mar de contradicciones insolubles, del que no podrán sacarle las ayudas exteriores. De ahí la crisis política permanente que reveló una vez más el reciente Consejo Nacional del Movimiento y el temor a las fuerzas de renovación, especialmente a la nueva generación obrera e intelectual. Esas fuerzas proclaman, por encima de todas las farsas de «democratización» y de «liberalización» que el franquismo se sobrevive penosamente y que no tiene porvenir alguno. El problema consiste en saber si será reemplazado por una monarquía reaccionaria o será derribado por la movilización revolucionaria de las masas populares. Inútil decir que nosotros estamos por el segundo término de la alternativa.

Por la liquidación de las bases atómicas en España

VIVIMOS en una época profundamente inestable. Constantemente se producen acontecimientos espectaculares que vienen a modificar lo que parecía firmemente establecido. Así las cosas, no hay nada peor que juzgar los hechos políticos y sociales de un modo estático. Por lo general se corre el riesgo de incurrir en graves errores de apreciación o de perder completamente el norte. La dinámica de nuestro tiempo exige más que nunca una concepción global, fundada en el análisis de las contradicciones del mundo en que vivimos.

A comienzos del año en curso, Franco parecía encontrarse en una situación inmejorable en la escena internacional. Apagado el eco de las grandes huelgas de abril y mayo de 1962, la diplomacia franquista se disponía a maniobrar en diversos frentes, en apariencia con una gran libertad de movimientos. La ofensiva en dirección del Mercado Común se presentaba bajo los mejores auspicios. Y, seguro de sus apoyos en Europa, el «Caudillo» se disponía a exigir la revisión de la alianza Washington-Madrid.

¿Qué esperaba Franco? La renovación del acuerdo sobre las bases en condiciones mucho más favorables que en 1953; la entrada de España a la O.T.A.N., una ayuda económica sustancial con vistas al «Plan de Desarrollo» (y principalmente créditos a largo plazo), medios para modernizar las fuerzas armadas de dictadura, y, en definitiva, la rehabilitación completa del régimen mediante su incorporación total y definitiva al dispositivo político, económico y militar atlántico.

Pues bien, en el espacio de unas breves semanas, la situación se ha modificado sensiblemente. La ruptura de Bruselas ha colocado el problema de la asociación al Mercado Común en condiciones mucho más complejas. Y la crisis de la alianza atlántica, con sus diversas repercusiones, ha comprometido la renovación de la alianza Washington-Madrid. Según las últimas informaciones, el capitalismo norteamericano no parece dispuesto a pagar el precio que Franco exige. En el informe de la comisión Clay se dice claramente que «deben hacerse todos los esfuerzos posibles para reducir la ayuda a países extranjeros, especialmente a España y Portugal, que ya están más que adecuadamente compensados».

Como era de esperar, el informe de la comisión Clay ha armado un gran revuelo en los medios dirigentes franquistas, revuelo del que no ha tardado en hacerse eco la prensa de Fraga Iribarne. Rápidamente, los franquistas han pasado de un chantaje a otro. Hasta hace poco se limitaban a exigir más con una cierta insolencia. Ahora se quejan de la «incomprensión» norteamericana en términos a los que no nos tenían habituados.

La contrarréplica franquista, curiosísima desde todos los puntos de vista, se desarrolla en diversos terrenos y con la intervención de los elementos más variados: los periódicos y los editorialistas más conocidos, los críticos militares como el general Martínez de Campos, el embajador en Washington, profesores de Derecho Internacional como el señor Mariano Aguilar Navarro, y hasta escritores más o menos chuscos de la especie de Pemán. Y, gracias a esta singular campaña, el pueblo español comienza a conocer cosas que no había oído nunca y que sólo habíamos denunciado ciertas (no todas) publicaciones antifranquistas del exilio.

El profesor Aguilar Navarro ha dicho en la Escuela de Estudios Jurídicos del Ejército cosas de este calibre: «A mí, concretamente, ni en 1953 ni ahora me ha complacido el sistema seguido para el establecimiento de

las bases... España necesitaba romper el cerco a través de una superpotencia y por eso se firmaron los acuerdos... Nos movemos dentro de un sistema de hegemonía en lo que concierne a los acuerdos sobre bases y ello trae consigo una domesticación del país que las soporta, y esta domesticación llega a condicionar hasta su política interna.

Pero las quejas son todavía de un orden más concreto e interesante. Diversos periódicos han hecho el balance que pudiéramos llamar material de la alianza y han llegado a las siguientes conclusiones: «Sumando todos los créditos —incluso los bancarios— y las subvenciones recibidos desde 1950, es decir, en el transcurso de doce años, llegamos a una cifra de 1.463 millones de dólares, a los que habría que añadir casi unos 500 de material de guerra. De la ayuda económica propiamente dicha, casi mil millones fueron para necesidades de consumo, y sólo algo más de cuatrocientos millones para inversiones rentables. Italia ha recibido tres veces más que España; Grecia, que tiene una población cuatro veces inferior a la de España, ha obtenido casi el doble. Y Francia, casi cinco veces más». Así se expresa ahora «A B C», que agrega —¡a buen entendedor!— que la ayuda norteamericana a Europa «no ha sido un contrato de compraventa», ni una «transacción comercial». Pero conviene todavía ir más al fondo de la cuestión y precisar que los franquistas no han vacilado en proclamar que las mercancías recibidas a título de los acuerdos de cooperación se distribuyen del siguiente modo: bienes de equipo, 35,4 por ciento; materias primas, 32,8 por ciento; productos alimenticios, 31,8 por ciento. Evidentemente, estas cifras se comentan solas y aclaran perfectamente el carácter real de la ayuda norteamericana.

La tarea de tratar el problema con mayor altura ha sido confiada al general Martínez de Campos, que pasa por ser la gran figura intelectual del Ejército. Este, después de reconocer que «la inmediata publicación de los acuerdos originó cierta sorpresa», se ha justificado diciendo que se trataba de «ayudar a Europa a protegerse contra la amenaza de los soviets» y que «de esa manera, nuestro país, se uniría a la comunidad europea». Ahora bien, aunque con bastante retraso, Martínez de Campos ha recordado que «aceptamos los grandes riesgos sin honores y ventajas» y ha reconocido que, en virtud de semejante alianza, España corrió el riesgo de verse envuelta en una guerra atómica y de sufrir los primeros y más rudos golpes.

La confesión —tardía también— es de bulto. Pero, naturalmente, todo eso es el pasado. Ahora importan el presente y el porvenir. «Una cosa era batirse en 1954 y otra muy diferente es tomar parte en una guerra que se inicie de ahora en adelante», ha dicho Martínez de Campos. Para nuestro crítico militar, en la situación actual solamente la base de Rota (provista de submarinos atómicos) puede ser una base defensiva; las otras «tienen ya más importancia como centros de atracción de trayectorias enemigas que como centros de partida de trayectorias occidentales». En tales condiciones, Martínez de Campos, concluye que es necesario «recibir una compensación al propio esfuerzo destinada a organizar una potente cooperación a la defensa de Occidente».

No se puede negar que los franquistas —periodistas, políticos o críticos militares— son perfectamente lúcidos. Saben pertinentemente que la alianza de 1953 fué un contrato de compraventa destinado a llenar dos objetivos importantísimos: salvar del colapso a la economía franquista (Garrigues ha reconocido en Washington que la ayuda norteamericana evitó la bancarrota) y salvar al régimen totalitario incorporándolo indirectamente a la coalición atlántica.

Todo esto se cubrió por los franquistas con la tesis de la «defensa de la civilización cristiana» y por ciertos liberales y demócratas de Europa y América con la teoría de la «liberalización inevitable» del régimen falangista. Los resultados están a la vista: diez años más de tiranía totalitaria, diez años más de miseria y de opresión para las masas populares del país y el terrible

riesgo de haber sido una de las primeras víctimas de la guerra termonuclear.

Mas volvamos a la situación presente. Es muy posible que el primer chantaje franquista haya pasado a la historia, es decir, que, según los términos del informe Clay, Washington estime que ya ha pagado el precio del contrato y que únicamente se decida a renovarlo en condiciones similares a las de 1953. Es muy posible también que el segundo chantaje franquista tampoco dé mejores resultados y que Franco ceda una vez más. En ese caso, España sería la cabeza de puente esencial del imperialismo norteamericano en Europa y Rota la base principal de los submarinos armados de «Polaris» y de la Sexta flota del Mediterráneo... precisamente cuando Turquía, Italia y Marruecos se van liberando de las rampas de lanzamiento de cohetes y de las bases aéreas.

Ante esta eventualidad, nosotros ratificamos la posición que hemos defendido siempre y que desgraciadamente no todas las organizaciones anti-franquistas han mantenido: la alianza militar Washington-Madrid es un crimen contra el pueblo español. España debe verse liberada de toda base militar extranjera. Las bases actuales deben ser convertidas en aeropuertos civiles. Su mantenimiento o su entrega a los jefes militares franquistas (proposición escandalosa hecha por el Partido Comunista) representaría un peligro gravísimo. En las condiciones actuales, no hay que descartar que Franco, en caso de una retirada de los norteamericanos, las cediera, mediante un nuevo contrato de compraventa, al ejército de Bonn o a otras fuerzas militares extranjeras.

El peligro de una guerra mundial termonuclear no es puramente imaginario. Los trabajadores españoles tenemos un medio práctico, concreto y seguro de luchar contra ese peligro: en lugar de perder energías animando campañas sentimentales por la paz, exigir e imponer la liquidación de las bases atómicas en nuestro país y derrocar el régimen franquista, que es, en las circunstancias presentes, por su naturaleza y por los lazos que le ligan al imperialismo, uno de los principales factores belicistas en Europa.

La crisis Moscú-Pekín

LA crisis Moscú-Pekín, clandestina durante varios años, ha estallado al fin públicamente. Desde hace unos meses, la polémica entre el equipo de Jruschov y la dirección del Partido Comunista de China se desarrolla a la luz del día y abarca todos los problemas del movimiento obrero contemporáneo y de nuestra época.

El punto culminante de la crisis coincidió con dos hechos de una extraordinaria gravedad en la política mundial: la crisis de Cuba y el conflicto fronterizo chino-hindú. La tensión internacional adquirió tales características en octubre de 1962 que ya no fué posible mantener el frágil compromiso chino-ruso establecido en la conferencia de los 81 partidos comunistas celebrada en Moscú en noviembre de 1960.

De entonces acá, la situación se ha complicado sensiblemente. Las divergencias chino-rusas se han hecho más graves y más profundas. Por primera vez en la historia del movimiento stalinista hemos asistido a discusiones reales y públicas en los congresos de los partidos comunistas de Europa. Y, finalmente, los comunistas chinos, liquidando la etapa de las reticencias misteriosas y de los subterfugios equívocos, ha iniciado una ofensiva ideológica y política general.

El conflicto, uno de los más importantes de nuestro tiempo, ha suscitado por doquier la sorpresa y el desconcierto. Sorpresa y desconcierto entre los dirigentes del capitalismo mundial, que oscilan constantemente entre la satisfacción y la alarma. Sorpresa y desconcierto entre los dirigentes y los militantes comunistas del mundo entero, acostumbrados desde hace largos años al monolitismo, a las directivas precisas e inapelables y a la ausencia de discusiones y de problemas. Sorpresa y desconcierto incluso entre los comunistas descontentos de la política del Kremlin y entre los socialistas revolucionarios que luchan por una política obrera independiente de los aparatos burocráticos y de los bloques militares.

Como se sabe, el imperialismo trata de llegar a un acuerdo con la burocracia rusa que permita mantener el statu quo actual y frene la revolución colonial y la lucha general por el socialismo en el mundo. En esta perspectiva, la política de Pekín constituye un verdadero desastre, ya que tiende a alentar a todas las fuerzas revolucionarias y en particular a las del «Tercer Mundo». Como nadie ignora, el Kremlin quiere hacer triunfar su política de «coexistencia pacífica», de competición en el terreno económico con el capitalismo. Pues bien, la orientación de Pekín representa un obstáculo de talla a semejante estrategia. Los dirigentes de las «democracias populares» y de la mayor parte de los partidos comunistas de los países capitalistas, aunque reticentes en el dominio de la «desestalinización», permanecen fieles a la política exterior de Moscú. En tales condiciones, la popularización de las tesis de Mao Tse Tung les crea una situación particularmente delicada.

Los comunistas descontentos de la línea general de Moscú, los castristas, los trotskistas, los socialistas revolucionarios ven en general con satisfacción que Pekín combata la política exterior de Jruschov, defienda algunas de las posiciones fundamentales del marxismo y preconice una estrategia revolucionaria ofensiva. Pero no pueden por menos que sentirse turbados ante el apoyo de Pekín al anacrónico stalinismo albanés, ante los ataques contra Yugoslavia, ante la actitud de China en el conflicto fronterizo con la India, ante la burocratización creciente del régimen de Mao Tse Tung.

Mas que en ninguna otra época, en la nuestra, que es la de la transición histórica del capitalismo al socialismo, los problemas de la lucha de clases y de la política proletaria son con frecuencia sumamente complejos. La crisis Moscú-Pekín viene a confirmarlo una vez más. Pero la complejidad de los problemas no debe conducir en ningún caso a la inhibición o a la deserción.

Digamos sin más espera que la crisis Moscú-Pekín es una manifestación más de la crisis general del stalinismo, del proceso extraordinario que se inició inmediatamente después de la muerte de Stalin, hace ahora exactamente diez años. En la U.R.S.S., ese proceso se ha desarrollado esencialmente a través de la «desestalinización», es decir, a través de la liquidación de los aspectos más reaccionarios del período stalinista, sin alcanzar todavía la fase de la revisión total de la política realizada en el curso de los últimos treinta años, es decir, sin volver realmente a la tradición revolucionaria de Octubre. En realidad, la burocracia rusa, partiendo de las nuevas exigencias que impone el desarrollo de la U.R.S.S., se ha limitado a efectuar toda una serie de reformas interiores sin modificar en lo esencial su política exterior y su orientación con respecto al movimiento comunista y obrero internacional.

Los dirigentes comunistas chinos, que se encuentran a la cabeza de un país subdesarrollado en plena transformación y que son por consiguiente más sensibles a los problemas de la revolución colonial, tenían que entrar fatalmente en conflicto con la política exterior de Jruschov y con su concepción de la «coexistencia pacífica», herencia del stalinismo. En el fondo, existe, pues, una relación dialéctica profunda entre la «desestalinización» en la U.R.S.S. y la política que Mao Tse Tung preconiza en el terreno internacional. Quien no vea esto no llegará nunca a comprender el fondo del problema y se perderá en las consideraciones superficiales y simplistas.

El mundo de hoy no es el de hace veinte o treinta años. En la U.R.S.S. no hay progreso posible sin romper radicalmente con el pasado, si no se inicia audazmente la marcha hacia la democracia socialista. Por otra parte, la U.R.S.S. ya no es una fortaleza sitiada. La fase del «socialismo en un solo país», con todas sus terribles secuelas para el proletariado ruso y para los trabajadores del mundo entero, ha pasado a la historia. En los tiempos de Stalin, la burocracia rusa sacrificó los intereses del proletariado internacional (y en particular la revolución china y la revolución española) a los intereses nacionales de la U.R.S.S., mal concebidos por lo demás. Esa política ya no es posible hoy. Las experiencias de Yugoslavia, de China, de Cuba y de Argelia lo han demostrado. Con su actual ofensiva política, los dirigentes comunistas chinos no hacen más que poner de relieve, mejor o peor, esta nueva situación.

Los dirigentes comunistas chinos y rusos han llegado a un acuerdo de principio para examinar en círculo cerrado las diferencias que les separan. ¿Llegarán a un compromiso como en 1960? Es difícil preverlo. Pero si así fuera, el compromiso resultaría tan efímero como el de 1960. La polémica está en la calle y el mundo está en marcha hacia el socialismo. El stalinismo, en todos sus aspectos, es el pasado. La crisis Moscú-Pekín anuncia el fin de una época y la renovación del movimiento obrero internacional. Por esa renovación trabajamos y trabajaremos nosotros sin dejarnos paralizar por las presiones de las burocracias conservadoras o reaccionarias.

EDITORIAL PALESTRA

Montevideo



- | | |
|--|--|
| Gregorio Selser | La Revolución Cubana
(Escritos y discursos de Fidel Castro) |
| C. Wright Mills | Las causas de la III guerra mundial |
| Leland H. Jenks | Nuestra colonia de Cuba |
| William Krehm | Democracia y tiranías en el Caribe |
| Juan José Arévalo | Fábula del tiburón y las sardinas |
| Leo Huberman
y Paul M. Szwezy | Anatomía de una revolución |
| Carlos M. Rama | Revolución social y fascismo en el siglo XX |
| Carlos M. Rama | Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea |
| Bertrand Russell,
Jean-Paul Sartre,
C. Wright Mills,
M. Maldonado Denis | Los intelectuales y la política |

La juventud española y Europa

Por ANTONIO SANZ

NO es fácil formular una apreciación exacta sobre la situación general de las jóvenes generaciones españolas a causa del inhibicionismo casi completo por parte de la juventud respecto de la vida oficial española, así como de su ausencia —frecuentemente desmesurada— de la vida artística, periodística y, en general, de la vida cultural de España. En este aspecto es necesario hacer notar el escaso número de jóvenes intelectuales activos, es decir, de los que pueda decirse que su obra obtenga una acogida pública mínima. La razón de este fenómeno hay que buscarla tanto en las dificultades que socialmente encuentra el joven intelectual para manifestarse —desdén bastante generalizado por la cultura en los sectores sociales acomodados, escaso número de editoriales, de revistas literarias, etc.—, como en caracteres de la propia juventud que la separan voluntariamente de la vida cultural. Está extraordinariamente desarrollado, en este sentido, un profundo desarraigo en las nuevas generaciones respecto a la llamada «vida del espíritu», pudiéndose observar en ellas un predominio cada vez más acentuado de los valores positivos de disfrute inmediato: desahogo económico, buena situación social, etc...

Lo anterior nos da una razón sin duda válida para volver a indicar la dificultad de precisar la situación mental de las jóvenes generaciones españolas. Son, éstas, unas generaciones que apenas si tienen ocasión de expresarse por sí mismas y que incluso carecen de la voluntad necesaria para forzar a la sociedad a que les conceda esta ocasión. Carecemos, por esto, de datos concretos, y más aún de estudios más o menos sistemáticos salidos de la juventud misma. En España, el retrato de la juventud se hace diariamente desde fuera de la juventud, en obras, en discursos, periódicos y revistas controladas y dirigidas por hombres que tienen en su biografía un sello que les ha marcado definitivamente y del que carecen los jóvenes. Nos referimos a la guerra civil del 36-39, guerra que aún late en todas las manifestaciones políticas, sociales y culturales del país y ante la que, en general, las nuevas generaciones, por una ley natural de vida, sienten la más absoluta indiferencia.

Cierto es que la trayectoria política española ha marcado en cierto sentido a la juventud (bien logrando una captación de los jóvenes hacia el sistema de gobierno del general Franco, bien haciendo a otros jóvenes enfrentarse con dicho sistema), pero se trata, no tanto de averiguar las ideologías políticas que actualmente predominan en ella, como de hacer una somera descripción de la situación psicológica de los jóvenes frente a estos y otros problemas análogos y especialmente frente a uno muy concreto: Europa, la vida tal como ellos la entienden más allá de los Pirineos y la atracción o repulsión que ejerce en ellos.

Las generaciones victoriosas del 39 —generaciones que todavía no han

sido sustituidas en los puestos de dirección y control del país— se caracterizaron, y se caracterizan, pese a todo lo que pueda decirse en contra, por una profunda aversión hacia Europa. No hay por qué buscar la razón de esto en caracteres especiales de la antropología española, ni en particularidades de la raza y la cultura de nuestra nación, sino más bien en el desarrollo de los acontecimientos históricos del 36 al 45. Hay que hacer notar que las recientes generaciones no han tomado parte activa en ningún momento de este desarrollo y que el viejo —decimos viejo porque ahora parece querer cambiar por completo— antieuropeísmo del gobierno franquista es algo que los jóvenes han considerado siempre como extrínseco a su manera de concebir la vida europea.

Puede decirse que, en cierto modo, la tradición antieuropeísta del gobierno ha producido una reacción contraria en la juventud. Se exacerbó evidentemente la atracción por la vida de los países europeos precisamente cuando ésta era más atacada por la política oficial española. Resultado de esto fué una Europa convertida en mito, supervalorizada. Esto ocurrió, fundamentalmente, en los primeros años de la década del 50-60, años en los que el «cerco europeo» sobre España desaparece y comienza el flujo de jóvenes visitantes a los países ultrapirenaicos.

Este flujo aumenta incesantemente a partir del año 1956, especialmente en los sectores universitarios, y esto influye decisivamente en la apreciación general que de la vida en los países europeos tiene el joven español. Por un lado, la idea de Europa deja de cumplir su función de mito y, por otro, se acentúa la atracción hacia Europa con una base muy diferente, mucho menos «poética».

En los sectores universitarios españoles se tuvo —mientras Europa fué para el joven un fruto prohibido— una auténtica veneración por las formas parlamentarias de la democracia características de países como Francia, Bélgica, Suiza, etc... Se trataba, fundamentalmente, de una reacción romántica frente a un tipo de sistema político ausente por completo de la vida política española. Frases como «Yo soy democrático» o «Me siento europeo» podían ser consideradas entonces como el colmo de la audacia ideológica, desde el punto de vista de la mentalidad de los jóvenes que las pronunciaban. Europa quedaba resumida en estas mentalidades con muy pocas cosas y entre ellas principalmente con esta: Europa era el lugar donde «podía hablarse de todo y en todos los tonos». Europa era el paraíso de la libertad «intelectual». En esencia, puede decirse que esta actitud juvenil respondía sencillamente al gran desconcierto que en los universitarios producía el darse cuenta de que en su país existía un enorme vacío cultural. El slogan de los universitarios europeístas era siempre el mismo, infinitamente repetido: «Somos una generación sin maestros». La atracción cultural hacia Francia e Inglaterra, principalmente, fué muy aguda y, sobre todo, unánime. Era, efectivamente, curioso darse cuenta de hechos como el siguiente: los universitarios se dividían a sí mismos en dos grandes clases: quienes habían salido y quienes no habían salido a Europa. Aquellos que habían atravesado los Pirineos tenían, por así decir, un bautismo cultural que les autorizaba a sentirse superiores a aquellos que habían permanecido siempre dentro de las fronteras españolas. Esto, por un lado, acuciaba al que aún no había salido de España a hacerlo cuanto antes; pero, por otro, producía un efecto más característico aún de la juventud universitaria española, efecto que aún persiste y que es el siguiente: la creación, artificialísima, de grupos llamados irónicamente por algunos de sus compañeros «europeos». El «europeo» es un tipo de «joven airado», de «existencialista», especie de ver-

sión provinciana algo intelectualizada del «blusón negro» francés, en verdad bastante ridículo por lo que su actitud tiene de pura coquetería y afán de distinción. En realidad, estos grupos de jóvenes son un fruto inmediato de ese apartamiento político de Europa a que hemos aludido, por un lado, y por otro de la fascinación que la vida europea —vida que el joven de esta escuela no pasaba de concebir como «amor libre» y «libertad de palabra»— ejerció en estas circunstancias de apartamiento sobre universitarios de origen burgués sin la menor preparación intelectual. Salían fascinados a los países europeos, dispuestos a aprender el secreto de la libertad que suponían se encontraba en ellos, y encontraban este secreto en... unas barbas, unos vestidos estrafalarios y en el jazz. Estos grupos han constituido y aún constituyen un elemento folklórico muy curioso de las Universidades españolas. Una de las cosas que le caracterizan, y por lo demás tal vez la más pintoresca, es que son grupos que se consideran a sí mismos como «comunistas». Hijos de burgueses, fascinados por el hampa burguesa, la holgazanería y la «dulce vida», suelen, entre disco y disco de jazz, en sus reuniones, hablar de cómo implantar el marxismo en la sociedad española. En realidad, este dato no puede considerarse como gratuito por una razón muy sencilla. La actitud de estos jóvenes está montada sobre el siguiente supuesto; toda su «pose» europeísta es el resultado de una reacción sentimental desordenada contra el tipo de vida que es norma en la sociedad española. En la medida en que esta sociedad se encuentra dominada ideológicamente por un virulento anti-comunismo, la reacción «bolchevizante» de estos jóvenes no es más que una parte de su reacción general contra la sociedad.

Los grupos anteriores —«europeos», «bolcheviques de la calle Serrano»...— pese a ser muy característicos de las Universidades, no se limitan exclusivamente a éstas, sino que van siendo cada vez más frecuentes en los círculos seudointelectuales que rodean la vida de los teatros, los centros cinematográficos, e incluso llegan a algunos sectores ajenos por completo a las tareas más o menos culturales a que se dedican los anteriores: empleados y, sobre todo, jóvenes adinerados sin profesión ni estudios de ninguna clase. Estos dos tipos últimos, desde luego, viven su «europeísmo» de modo estrictamente literario y prescindiendo de posiciones políticas «radicales». (Tales actitudes políticas son casi exclusivas de los sectores universitarios.) Sobre ellos existe un testimonio literario extraordinariamente fiel a la realidad en una novela de Juan García Hortelano titulada «Nuevas amistades», recientemente traducida al francés y publicada por Gallimard.

La afición europea auténtica no ha influido decisivamente en estos jóvenes. Generalmente, han pasado muy poco tiempo fuera de España. Su atracción por Europa es plástica, esteticista en sumo grado, y destinada a ser una profesión de europeísmo ejercida «dentro de España». Estos jóvenes no sabrían vivir fuera de las normas sociales que aparentemente combaten. En ningún caso se trasladan a vivir a países europeos. Y, sin embargo, existe un éxodo bastante acentuado de jóvenes licenciados y universitarios que salen a ejercer su carrera o sus aptitudes a Francia, Inglaterra, Italia y, principalmente, a Alemania (sin duda por motivos de demanda de trabajo), así como a estudiar a Universidades de estos y otros países. Naturalmente, estos emigrantes más o menos provisionales constituyen un sector también muy minoritario.

La inmensa mayoría de los jóvenes universitarios españoles se siente actualmente atraída por Europa de un modo diferente a los anteriores. La conformación social de las Universidades españolas puede resumirse

con esto: sólo seis de cada mil estudiantes proceden de las clases populares. El universitario español es, según vemos, un joven acomodado, y su posición intelectual se ve fuertemente influida por esta causa. Puede decirse que, en general, los sectores más poderosos de la burguesía española se encuentran enormemente arraigados en un sistema de vida y bajo las reglas de una moral tradicional en la que se considera a la vida europea un poco como motivo de escándalo. Se desprecia profundamente esa libertad que teóricamente se supone existe en los países europeos y resulta bastante corriente llamar «libertinaje» al conjunto de reglas que dominan la vida social de estos países. La repugnancia de estos sectores por lo que en ellos se llama «la moral francesa», sinónimo de depravación refinada, es fácilmente comprobable. La actitud ante Europa es, en estos sectores, sentimentalmente negativa. Pero tiene su contrapartida: si bien existe en ellos un desdén superficial por el modo de vida, hay, cada día más acentuada, una enorme admiración por el florecimiento económico y la seguridad política de esos países. Esta admiración es la que verdaderamente se refleja en los jóvenes. Han heredado éstos la mentalidad ética de sus padres, heredaron igualmente de ellos el resentimiento político contra unos países que se enfrentaron con la política oficial española durante muchos años. Pero al tiempo son estos jóvenes quienes perciben con más fuerza —paralela a una sensación de peligro— la provisionalidad y falta de eficacia de la política económica española (una política que acentúa cada día más el peligro de una revolución proletaria, que no saca al país de sus atolladeros históricos, etc., etc...) y sólo vislumbran una salida para ellos: Europa, su riqueza, su creciente fuerza económica.

El planteamiento del europeísmo de estos jóvenes viene a ser, aproximadamente, el siguiente: «Debemos incorporarnos a la vida europea, pero... sin mancharnos». Europa, para ellos, significa ni más ni menos que Mercado Común. Desean una aséptica e higiénica vinculación económica que lime los agudos y peligrosos conflictos sociales del país, pero con ello aspiran no a modificar la naturaleza social del país, sino a todo lo contrario precisamente: a conservarla. Si, como vimos, Europa era un pretexto de rebeldía social para aquellos grupos minoritarios «sentimentales», para estos otros la misma Europa es todo lo contrario: una garantía de conservadurismo. La comprobación de esto es fácil. Basta con hacer unos repasos a la prensa universitaria (revistas «Libra», «Marzo», «24», «Noticias», etc.) de estos últimos años, para darse cuenta de ello. En ellas, al lado de hermosos cuadros de cifras donde se demuestra el florecimiento de la industria siderúrgica en Alemania o de la construcción de automóviles en Francia, se reproducen otros (con toda intención) donde se refleja la «descristianización» de la sociedad francesa, las estadísticas de abortos en la Alemania Federal o el crecimiento del comunismo en Italia.

El universitario acomodado español —que, como vimos, constituía una enorme mayoría— mantiene pues una posición mental un tanto ambigua frente a Europa. Esto se manifiesta en un dato por lo demás muy característico de la mentalidad «ética» de la vida burguesa española. De estos sectores sociales acuden a Europa casi exclusivamente varones. La salida a Europa de la mujer española está «muy mal vista», socialmente, en el seno de las familias acomodadas. Se parte de que el hombre posee unas defensas naturales de las que carece la mujer. El peligro de «contagio» es mucho más poderoso en ellas. Esto puede servir como muestra de esa actitud de prevención «ética» contra la vida europea muy característica de los sectores ricos de la sociedad española y que, por lo demás, es sólo

una consecuencia del aislamiento y atraso histórico de la sociedad española desde comienzos del pasado siglo.

Naturalmente, esto es algo más que un pintoresquismo mental de la juventud. La ambigüedad de la postura encuentra su base más firme en las contradicciones internas de la vida española considerada en su totalidad, aunque sea probablemente en la juventud donde se manifiesta con más crudeza. En general, podemos decir que bajo la euforia europeísta de este sector dominante y en su más genuina expresión a través de la juventud, subyace la idea de que nuestra vinculación al Mercado Común se llevará a cabo de tal forma que deje a salvo las características particulares de nuestra vida comunitaria, religiosa o histórica, así como su materialización actual en un sistema de poder. Si bien estas características comunitarias constituyeron la base ideológica del antieuropeísmo político militante del 39 al 56, estas mismas características aparecen hoy en la mentalidad del burgués dominante como los supuestos de una nueva política que, con la misma ideología o sin cambios apreciables en ella, tenga como suprema salvaguardia a Europa. Periódicos como «Arriba» barajan ideas como la siguiente: el liberalismo, la liberalidad, obra profunda de la cultura europea, ha fraguado en España de tal forma que, cuando Europa lo ha perdido, ha de recurrir a nuestro país para recuperarlo.

El «Nosotros somos europeos» propio de la juventud rebelde de los años 40 y primeros del decenio del 50 ha pasado a ser el grito de la juventud conservadora. No es fácil expresar la magnitud de este cambio empleando exclusivamente características mentales de la juventud. Sería necesario, para tratar de describirlo, comprobar el tipo de cambios producidos a lo largo de estos años en la correlación de estructuras económicas entre Europa y España, estudiar, en suma, el tipo y grado de dependencia de ésta respecto de aquélla. Pero tal tarea sobrepasa en exceso los objetivos de este trabajo. Cabe, todo lo más, comprobar evidencias del tipo siguiente: la idea de nuestra asociación al Mercado Común es acogida con alegría tanto más grande, cuanto mejor es la posición económica del joven que la acoge. Es frecuente encontrarse en las manifestaciones públicas de las Universidades —Cámaras Sindicales, publicaciones, conferencias, etc.— con jóvenes que mantienen un europeísmo decidido en materia económica e incluso política y en los que no es difícil mediante un leve sondeo encontrar un sustrato «ético» desde el que Europa aparece como un prostíbulo.

¿Cómo solventan esta contradicción? Aparte de la impresión general, ya aludida, de «incorporarse a Europa... sin mancharse», hay otras versiones más específicas cristalizadas en minorías, pero teniendo en cuenta siempre que la mayoría se adhiere a esa versión de «unión con medios profilácticos» o «incorporación higiénica» que no es más que una expresión típica del pensamiento reaccionario clásico sobre la separación de las cuestiones económicas y las del «espíritu».

La mayoría de los jóvenes no intentan resolver la contradicción aludida. Es probable que ni siquiera sean conscientes de ella. La mala fe tiende a ocultarse poniéndose al nivel de los hábitos y funcionando como un mecanismo cerebral de función automática e inconsciente. Por otro lado, la contradicción se camufla de modos variados y, a veces, contrarios. Grupos como la «Joven Europa», formados por militantes fascistas de choque, constituyen un núcleo de europeísmo fanático en el que el grado de inconsciencia es verdaderamente gigantesco. La contradicción que estos jóvenes arrastran, lejos de ser, como en otros, un motivo de absentismo y pasividad,

se convierte en ellos, objetivamente, en todo lo contrario: en una fuente de febril actividad. Estos jóvenes —mitad universitarios, mitad obreros privilegiados escapados de la clase a través de las Universidades Laborales— se afilian a organizaciones carlistas de extrema derecha y a otras neo-nazis recién surgidas en las que se da una particularidad sobresaliente: et que se encuentran, de improviso, encuadradas en las redes de organizaciones internacionales, cosa que el fascismo español no experimentaba desde hace muchos años, aislado como está desde el año 45. Los jóvenes fascistas encuentran, repentinamente, eco y apoyo privilegiados dadas las condiciones del país en el que se suponen que tienen más posibilidades que los del resto de Europa para el acceso al Poder. Es sabido que la sensación de importancia es uno de los estímulos claves del temperamento juvenil. La contradicción de su europeísmo encuentra en estos jóvenes un modo de camuflaje directo: la violencia por la violencia, la irracionalidad suma y febril. Europa, o su idea de Europa, se convierte en una «Patria» mitológica, en una «Madre» sujeta a culto, es decir: en un fetiche, en un totem.

Otros grupos europeístas activos, entre los que se cuentan los carlistas moderados y, en general, formas diversas de la militancia católica, se atienen a las normas «éticas» del planteamiento que dieron a este problema sus mayores, pero con una particularidad: la de no limitarse a una actitud de higiene pasiva frente a la posible contaminación europea (contaminación moral, naturalmente). No es suficiente con preservarse; o, mejor, la única manera de preservarse de los males «éticos» europeos es suprimirlos. Hay, por lo tanto, que recristianizar a Europa. Esta es, en efecto, un prostíbulo al que España está destinada a regenerar. En la postura extrema de esta visión del asunto, el camuflaje mental de la contradicción primera llega a su máxima sutileza. No es España quien necesita de Europa, sino todo lo contrario. La vinculación económica aparece en estos jóvenes como simple pretexto de una vinculación «espiritual» en la que España jugaría el papel de abastecedora y Europa el de abastecida; es decir, las mismas vinculaciones que se producirían en caso de unión económica, pero consideradas al revés. La asociación al Mercado Común aparece entonces como un tipo *sui generis* de arrendamiento de servicios en el que España presta «moral» recibiendo a cambio seguridad política. Puede verse que se trata de una ética —jurídica o mercantil— profundamente arraigada en los sectores pequeñoburgueses de nuestro país. El profesor Aranguren ha pronunciado recientemente unas conferencias en la Universidad de Madrid en las que llegó a afirmar que la juventud actual ha cancelado la vieja moral burguesa y se embarca en nuevos rumbos. Su posición nos parece en exceso optimista. En cualquier caso, la nueva inquietud apostólica referida a Europa, cuya levadura se encuentra en los sectores juveniles del «Opus Dei», nos parece, entre otros muchos, un síntoma de la permanencia de la moral burguesa más clásica en el seno de la juventud española.

El que la inmensa mayoría de la juventud acomodada se pronuncie mentalmente por la integración económica en Europa no quiere decir que en ella no existan disidentes. Los hay, en efecto, aunque no tan localizables como los anteriores, por razón tanto de su minoría como de la inevitable situación de clandestinidad en que muchos de estos jóvenes se encuentran sin remedio. Por un lado, hay que contar a los jóvenes que se consideran herederos de la tradición del que puede calificarse de «falangismo de izquierda», gente imbuída de una mitología hispanizante, no en tanto que ésta representa una política concreta, sino en lo que tiene de un supuesto «sentido ibérico de la vida», sacado tanto de las doctrinas políticas de Ramiro Ledesma Ramos, Maeztu y Primo de Rivera, como de la visión

literaria y medio filosófica que los escritores de la generación del 98, especialmente Gánivet y Unamuno, tienen de España. En grupos como estos no faltan jóvenes con garra literaria y cierta finura. Recientemente, en la revista literaria «Índice», de Madrid, apareció un artículo del sindicalista Rubio Gordón que lustra francamente bien la posición mental de estos grupos frente al problema de la incorporación de España a Europa. A pesar de todo puede decirse que este hispanismo a ultranza, que tras la victoria franquista del 39 llegó a constituir el núcleo de las doctrinas falangistas, queda actualmente reducido a pequeñísimos sectores de la Falange juvenil, por lo demás casi completamente desorganizados. Lo que queda de las viejas organizaciones falangistas entre las nuevas promociones se adhiere por lo general a las posiciones de europeísmo «con reservas éticas» que constituye la norma dominante.

Por debajo de estos tres grupos señalados (europeístas sentimentales, europeístas por razones económicas e iberistas) hay un cuarto grupo de jóvenes vinculados a la vida europea por razones menos circunstanciales y más sinceras. Forman lo que podría llamarse la élite intelectual de la Universidad. Su actitud, ni es simplemente estética —como la de los primeros— ni simplemente económica —como la de los segundos—, sino que es, ante todo, una poderosa actitud de atracción hacia la cultura europea —especialmente francesa e inglesa—. Jóvenes pintores, escultores, novelistas, todo tipo de aprendices de escritores y de intelectuales, han sentido muy profundamente y sienten todo lo que en el dominio de la literatura, el arte y el pensamiento, ha ocurrido y ocurre más allá de las fronteras españolas. Creen compensar, con ello, la falta de hombres clave maduros que actualmente caracteriza la vida cultural española. Ha sido probablemente este sector juvenil quien más ha notado una de las consecuencias marginales de la victoria franquista del 39: el éxodo de los intelectuales españoles —en su inmensa mayoría vinculados a la República— a Europa y América, que dejó a España virtualmente esquilmada de fuentes de creación intelectual. Es muy característico de la actual juventud intelectual la formación de autodidactas. En realidad, podemos asegurar que en este aspecto un joven sólo tiene posibilidades de autopreparación. La enseñanza oficial se limita a la enseñanza del ejercicio profesional, a la preparación técnica, descuidando por completo la preparación humanista del alumno, quien considera las enseñanzas de este tipo que le dan en la Universidad como completamente anacrónicas. Hay actualmente un debate, recogido por varios diarios de Madrid, en el que se trasluce el desdén de los alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid sienten por el tipo de enseñanzas que se les impone en sus programas. Un estudiante llega a afirmar que en la Facultad se elude todo estudio de los problemas económicos centrales, dedicándose el conjunto de los cinco años de carrera a moverse dentro del «marginalismo económico». En la Facultad de Filosofía y Letras es sabido que no hay más que una doctrina aceptada oficialmente: el tomismo. Sólo puede hacerse un estudio en profundidad desde la perspectiva de esta filosofía. Intentarlo a base de otras corrientes sólo puede hacerse fuera de los centros académicos, de forma estrictamente autodidáctica.

Este autodidactismo lleva el horizonte mental de gran cantidad de estudiantes —principalmente de Letras, Economía, Política y Filosofía— hacia Europa. Europa, para estos jóvenes se concreta sobre todo en libros, en revistas y en todo tipo de manifestaciones intelectuales, ante las que sienten, frecuentemente, una desmesurada veneración. Sicológicamente, el hecho resulta lógico, coherente, justificado.

Ciertamente, entre estos jóvenes puede comprobarse la existencia de un tipo muy característico, que, aparentemente, es el contrario del anterior: el que manifiesta en todo momento un enorme desprecio —a veces violento— por todo aquello que le suene a «europeo». Generalmente, suelen ser jóvenes reclutados en partidos marxistas clandestinos, militantes muchos de ellos preparados, audaces y serios que nada tienen que ver con aquellos «comunistas estéticos» que observábamos al principio.

Es corriente que el autodidacta, en su preparación unilateral y desordenada, en su contacto asistemático con la cultura europea, se haga —si es lo suficientemente apasionado— una idea de la «venerada» Europa que no coincide con la realidad. Tal es el defecto de toda preparación autodidáctica, sobre todo si es libresca. Es por ello muy frecuente que los traslados a países europeos de estos jóvenes sean, para ellos, completamente desilusionadores. Este, en algunos casos, es un motivo psicológico relativamente frecuente de antieuropeísmo entre los jóvenes intelectuales.

Naturalmente, esta reacción psicológica tiene un paralelo ideológico y político estricto. El hecho es el siguiente: la burguesía española, tradicionalmente antieuropea, se encuentra actualmente en la necesidad de vincularse política y económicamente con Europa. Esta contradicción vincula, como es lógico, a la ideología misma de la burguesía, pero del mismo modo vincula a los elementos intelectuales jóvenes de oposición antiburguesa. En este sentido, muchos jóvenes que se han vertido intelectualmente al estudio de las corrientes intelectuales europeas —incluso con verdadera pasión por estas corrientes— luchan desesperadamente contra el concierto económico de la burguesía española con los países europeos. Su europeísmo cultural les obliga, en cierto modo, a una militancia política en la que la Europa actual aparece como un enemigo, e incluso como el peor enemigo.

En lo que respecta a los sectores juveniles de la clase obrera, hay muy poco que decir. La juventud obrera no aparece como tal juventud en el panorama español. La ausencia de partidos y de sindicatos obreros se manifiesta en esto crudamente. Los jóvenes obreros están inmersos en la clase obrera y apenas destacan por propia cuenta. Existen, es cierto, algunos intentos de agrupar jóvenes obreros alrededor de asociaciones sindicales católicas (Hermandades Obreras de Acción Católica, Juventudes Obreras Católicas, etc.); pero sin que estas asociaciones hayan logrado caracterizarse en ningún momento como auténticas asociaciones de la juventud. Su mentalidad es ambigua y oscura y su actitud hacia Europa no pasa del aspecto meramente laboral, sin que adquiera matices políticos y culturales dignos de mención. La preocupación de estos grupos, emitida a través de algunos periódicos y boletines, se limita a seguir la pista de las decenas de miles de obreros españoles que actualmente trabajan en sectores industriales europeos —principalmente alemanes y belgas—. Parece, sin embargo, que el contacto con la industria avanzada europea y los niveles de vida consiguientes ha influido decisivamente en la conformación mental de los jóvenes obreros españoles que trabajan fuera de España. Pero este fenómeno se encuentra actualmente en un proceso de formación y resulta difícil caracterizar el sentido de los cambios de mentalidad de los jóvenes obreros, así como su influencia en el futuro de la clase obrera española.

Antonio SANZ

Madrid, febrero de 1963

Salazar y su régimen

Por PETER FRYER y PATRICIA MCGOWAN PINHEIRO

La Editorial española «Ruedo Ibérico» acaba de publicar una interesante obra de nuestros compañeros Peter Fryer y Patricia McGowan Pinheiro que lleva por título «El Portugal de Salazar». Este libro es al mismo tiempo un reportaje sobre el Portugal de nuestros días y un análisis político del régimen totalitario del doctor Oliveira Salazar.

«El Portugal de Salazar» fué escrito inicialmente —según nos dice Patricia McGowan Pinheiro en el prefacio de la versión castellana— «para combatir la ignorancia de los ingleses acerca del más viejo aliado diplomático de Inglaterra. Y ha sido revisado para ayudar a los españoles, los aliados naturales de Portugal, a conocer mejor al pueblo tan ignorado que está al alcance de sus manos, al otro lado de la frontera occidental de España».

Gracias a la cortesía de «Ruedo Ibérico» y de la compañera McGowan Pinheiro, estamos en condiciones de presentar a nuestros lectores uno de los capítulos de «El Portugal de Salazar», obra que recomendamos calurosamente.

HACE 50 años, cuatro jóvenes estudiantes de Coimbra soñaban con gobernar algún día Portugal. Eran miembros de la organización derechista «Centro Académico da Democracia Cristã» y solían reunirse en su cuartel general de Coimbra. Llamaban a la habitación en que se reunían «Asalto a Portugal». Medio siglo más tarde, los cuatro son todavía amigos y sus sueños se han convertido en realidad. Manuel Gonzalves Cerejeira es cardenal patriarca de Lisboa; Fernando dos Santos Costa fué hasta agosto de 1958 ministro de Defensa; Mario Figueiredo es presidente de la Asamblea Nacional y del Consejo Nacional de Educación, y Salazar es dictador de Portugal.

El padre de Salazar era, según diferentes versiones, campesino, maestro de escuela o posadero en el pequeño pueblo de Vimieiro. Cualquiera que fuera su ocupación, quería que su hijo fuera sacerdote. Pero el joven Antonio, aunque profundamente religioso, prefería el ambiente de la Universidad al de la Iglesia. No se trataba de elegir entre la aspereza y el vértigo del mundo y el aislamiento del sacerdocio. Para un hombre del temperamento de Salazar, se trataba de elegir entre dos formas diferentes de la calma del claustro. Porque Salazar no sólo necesita aislamiento, sino también reclusión. Hay quien dice que vive completamente solo en su casa rodeada de altos muros a espaldas del palacio de la Asamblea Nacional; otros que tiene un ama de llaves y que

ésta no es otra que la «tricana» —la mujer de Coimbra— de sus días de estudiante. Si esto es verdad, demostraría cuán profundo es su respeto por la tradición, porque la mayoría de los estudiantes de Coimbra cuando él estudiaba acostumbraban a pasar una pequeña pensión a sus «tricanas» después de abandonarlas al graduarse. Los que insisten en que Salazar es un asceta dicen que no bebe ni fuma.

¿Es un portugués diferente? El dictador comparte algunas de las características de sus compatriotas de la misma generación en su provincialismo y en la estrechez mental, pero su frialdad y vanidad están lejos de ser las de los otros. La vanidad, aunque hace lo posible por ocultarla bajo una capa de modestia, es su rasgo más característico. Sus discursos largos y barrocos, con párrafos pomposos, retóricos y elaborados períodos, están desde luego compuestos con vistas a su publicación en sucesivos volúmenes. Salazar es un hombre que se preocupa agudamente por su papel en la historia. Su mayor pesar es no poder conocer el veredicto que enunciarán los futuros historiadores sobre el «hombre público» y su Obra. Pero está absolutamente cierto de que compartirán su profunda convicción de que solamente él ha comprendido los problemas de Portugal, conoce su solución y posee la suficiente habilidad y energía para ponerla en práctica. De hecho se ve a sí mismo como un salvador, como un sabio y severo padre de familia sin cuyos consejos y castigos la familia se vería llena de deudas, los hijos estarían siempre riñendo y todas las provisiones de la despensa serían engullidas en una sola comida.

Pero todavía más desagradable que el paternalismo que inunda sus discursos, es su orgullo intenso y egocéntrico. Es tan orgulloso que se encoge ante el contacto de alguien que pueda eclipsarle. Nunca ha salido de Portugal, excepto para acudir a algunos encuentros con Franco en La Coruña, Sevilla o Ciudad Rodrigo, ninguna de estas ciudades a más de 160 kilómetros de la frontera.

Cuando en diciembre de 1957 se celebró en París la reunión de primeros ministros de la NATO, Salazar fué el único que no acudió en persona; envió al ministro de la Presidencia, Marcelo Caetano, para presentarle. Un amigo portugués nos citó la frase del filósofo francés Maine de Biran en su *Journal intime*: «Si un hombre está angustiado por su debilidad, odia a aquellos que le sobrepasan y busca la soledad sólo para evitar la humillación de la comparación; este hombre no es humilde sino que está lleno de orgullo». «Esto, dijo nuestro amigo, resume a Salazar».

El dictador tiene un sentido altamente desarrollado de cómo deben portarse los demás y no duda de intervenir en la vida privada de sus colaboradores imponiendo decoro y formalidad ante cualquier aparente deslíz. Se dice que fué ofrecido a un joven un alto cargo ministerial y que éste fué a ver a Salazar, el cual, al terminar la entrevista, le condujo hasta la puerta y le alargó un sombrero. «Pero este sombrero no es mío, dijo el joven, yo no uso». «No lo usaba, pero desde este momento, lo usará», replicó el dictador. Y desde aquel momento lo hizo. En otra ocasión, según cuenta la historia, Salazar intervino cerca de la mujer de uno de sus ministros para impedir que ésta abandonara a su marido. La mujer en cuestión era uno de los adornos más bellos de la alta sociedad portuguesa y miembro de una de las familias más ricas e influyentes de Portugal; el marido también lo era, lo suficiente para disfrutar de la compañía de numerosas amantes, diversión que, aunque frecuente entre las familias pudientes, no acababa de gustar a su mujer. Se dice que Salazar envió a buscarla y le ordenó que permaneciera al lado de su marido, puesto que la separación significaría un ataque a la moralidad del régimen. Las instrucciones fueron obedecidas.

Salazar nunca ha ocultado sus puntos de vista profundamente reaccionarios. Es un enemigo jurado, no sólo del comunismo, sino del progreso, del gobierno parlamentario, de la democracia, de la igualdad y del sufragio universal. «No queremos subordinar todo al progreso material, dijo, queremos dar cada paso en el momento adecuado». Esto parecerá propio de un verdadero hombre de Estado hasta que se piensa que la mayoría de los portugueses vive en la más absoluta miseria y que este «progreso material» significaría, primero y sobre todo, el alivio de una enorme cantidad de calamidades humanas.

La masa sojuzgada de Portugal sólo dedica al «hombre político» una mezcla de desprecio, odio y temor. Contestando a la pregunta de por qué no había hecho nunca un llamamiento directo al pueblo, Salazar dijo: «Nuestro régimen es popular, pero no es un gobierno de masas, puesto que no está dirigido ni influido por ellas. Todas estas buenas gentes que me aclaman un día, al siguiente se levantarían contra mí».

Elegido miembro de la Asamblea Nacional en 1921, asistió a una reunión y no volvió más. Declara que la democracia es una doctrina superada. «Soy, de hecho, profundamente antiparlamentario, porque detesto los discursos huecos, la verborrea... Tanto me asusta el Parlamento, que tengo miedo, aun reconociendo su necesidad, del que ha de salir del nuevo Estatuto. Siempre son tres meses cada año en que es preciso estar atento a los debates parlamentarios, donde podrá haber, es claro, buenas sugerencias, pero donde habrá siempre muchas frases, muchas palabras. Para pequeño Parlamento, y éste útil y provechoso, como en el caso actual, me basta con el Consejo de Ministros». Pero también es realista. Mientras la mayoría de los portugueses sienta cierto sentimentalismo, como él diría, por su Asamblea Nacional, la tolera como un mal necesario. Intentar abolirla no valdría la pena. ¿Sufragio universal? ¿Igualdad? En septiembre de 1958 declaró a un periodista francés: «No creo en el sufragio universal porque el voto individual no tiene en cuenta la diferenciación humana. No creo en la igualdad, sino en la jerarquía. Los hombres, en mi opinión, deben ser iguales ante la ley, pero creo que es peligroso atribuir a todos los mismos derechos políticos».

La relación exacta, política e ideológica, entre Salazar y los dictadores fascistas de Italia, Alemania y España es una cuestión ya muy manida, sobre la cual es más fácil ser dogmático que preciso. Un eterno fallo de la oposición antisalazarista es la tendencia a degradar un buen argumento exagerándolo. Así, se dice que Salazar, en el tercer decenio del siglo, tenía en su despacho un retrato de Mussolini. Aunque esto sea verdad no creemos que sea un criterio importante para juzgar su régimen y sus defectos. Sean cuales fuesen los sentimientos de Salazar por Hitler y Mussolini como individuos, los tres hombres compartían rasgos esenciales de la misma ideología y está claro que al principio de la segunda guerra mundial Salazar deseaba la victoria del Eje y que aprobó el ataque alemán a Rusia. Permitió (y probablemente animó) a los voluntarios portugueses a enrolarse en la División Azul que Franco envió a luchar junto a las tropas de Hitler en el frente oriental. Pero cuando se hizo evidente que la victoria del Eje no iba a tener lugar, Salazar cambió de lado discreta y gradualmente, suprimiendo al mismo tiempo algunos de los aspectos de su régimen que más se acercaban al nazismo, como preparación para pasar a ser una buena, pura y «anticomunista democracia occidental», candidato a miembro de la OTAN. La encrucijada fué quizá la concesión a Gran Bretaña, en octubre de 1943, de bases aéreas en las Azores, a cambio de lo cual se supone que fué firmado un tratado secreto por el

cual Inglaterra se comprometía a apoyar las pretensiones portuguesas de mantener la soberanía en sus territorios de Ultramar. Sin embargo, el 3 de mayo de 1945, el gobierno portugués decretó que todas las banderas oficiales ondearan a media asta hasta mediodía del 4 de mayo en señal de duelo por la muerte de Hitler.

Las relaciones con el Japón eran en cierto modo diferentes de las mantenidas con otras potencias del Eje. En noviembre de 1941, Salazar aceptó la oferta de ayuda británica en caso de un ataque japonés a Timor; sin embargo protestó enérgicamente cuando Holanda envió tropas a Dili para prevenir un desembarco nipón. (Se había asegurado en Sidney que la guarnición portuguesa en la isla consistía en una compañía de soldados nativos armados con viejos rifles y cuatro ametralladoras igualmente viejas.)

En enero de 1942, 1.000 soldados portugueses salieron de Lourenço Marques para defender la colonia. Una de las principales quejas de Salazar fué que mientras bajo la administración de Portugal los «nativos» habían vivido feliz y pacíficamente, bajo la ocupación japonesa se rebelaron repetidas veces. La única resistencia portuguesa a los japoneses fué la de los deportados políticos, que mantuvieron una guerra de guerrillas hasta que fueron evacuados por unidades navales australianas. Las protestas de Salazar fueron débiles; nunca se rompieron las relaciones diplomáticas y la legación japonesa permaneció abierta en Portugal durante toda la guerra. Compárese con la actitud beligerante observada por Salazar respecto a la India en la cuestión de Goa.

En cuanto a la actuación de Salazar en la guerra civil española, la cuestión es clara. La conspiración de generales rebeldes se incubó en Estoril. El general Sanjurjo, que iba a tomar la dirección del alzamiento, resultó muerto al estrellarse su aeroplano cerca de Cascaes, cuando iba a reunirse con los rebeldes fascistas. Durante la guerra civil se permitió a Franco mantener una «embajada clandestina» en el Hotel Aviz de Lisboa. Oficiales de la aviación alemana se entrenaban en Portugal para luchar junto a Franco. Con palabras del capitán Fernando Queiroga, antiguo seguidor de Salazar, hoy en la oposición: «Portugal era el cuartel general de la reacción española. Diariamente salían trenes cargados de material de guerra para los hombres de Franco. La «Radio Club Portugués» transmitía mensajes militares enviados desde Burgos o Sevilla en la primera fase de la guerra. Y fuerzas expedicionarias dirigidas por oficiales y sargentos del ejército, los tristemente célebres «viriatos», fueron a España para luchar junto a las divisiones italianas y las fuerzas expedicionarias alemanas (1). El representante de Hitler en Portugal informó que el material destinado a Franco llegado a Lisboa en los vapores *Kamerum* y *Wigbert* fué enviado «con la mayor facilidad», puesto que «el mismo Salazar allanó en seguida todas las dificultades con su iniciativa y su intervención «personal» en la solución de todos los obstáculos. Salazar con su autoridad e influencia (...) hizo que toda la prensa portuguesa sirviera la propaganda de la revolución nacionalista española... Llegó a permitir que un envío de municiones de los sublevados, en ruta de Sevilla a Burgos, atravesara territorio portugués (...) cuidando de que se efectuase lo más rápidamente posible».

Nicolás Franco se estableció en Lisboa bajo el nombre de Aurelio

(1) Fernando Queiroga: *Portugal oprimido*, Río de Janeiro, 1958, pág. 208. El número de «viriatos» muertos fué de unos 6.000.

Fernández Aguilar para actuar como representante de los fascistas españoles (2). Ya en diciembre de 1937, el gobierno portugués nombró un agente oficial para representarle en el territorio de Franco y éste nombró el suyo en Lisboa. Cinco meses más tarde, Portugal reconoció formalmente al gobierno franquista de Burgos como legítimo gobierno de España. Cuando estaba acabando la guerra civil los refugiados republicanos que habían huído a Portugal fueron detenidos y enviados a España, para ser encerrados en campos de trabajo o asesinados. «Las horribles matanzas de Badajoz son bien conocidas, escribe el embajador americano en Madrid (3). Muchos que pudieron escapar a Portugal, fueron devueltos a la muerte». Se dice en Portugal que entre estos refugiados había portugueses que habían luchado en España al lado de la República y cuando Franco alcanzó la victoria, Salazar se precipitó a firmar un tratado de amistad y no agresión con el triunfador, que se concluyó en Lisboa en marzo de 1939. Dos años más tarde, el general Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, visitó Portugal, anunció la formación del Bloque Ibérico y recibió la orden de la Torre y de la Espada.

¿Cómo ha conseguido un hombre como Salazar mantenerse tanto tiempo en el poder? Estamos convencidos de que la razón fundamental es la debilidad y desunión de la oposición. Una parte de la respuesta se encuentra también en su habilidad para manejar al pueblo hasta conseguir aislar a sus presuntos rivales, disidentes o enemigos. Solamente la falta de alzacuello le diferencia de los jesuitas que le aconsejan. Es sutil, astuto y traicionero. Sabe esperar siempre el momento propicio. No se enfrenta con el hombre que ha determinado hundir hasta estar completamente seguro de poder librarse de él. Y ha sabido conservar siempre el apoyo de ese instrumento indispensable que es la policía secreta, junto con la mayoría por lo menos del Ejército y de la Iglesia, aunque últimamente estos dos puntales del salazarismo parezcan bastante vacilantes.

EL ESTADO CORPORATIVO

El 20 de marzo de 1959, nueve meses después de su elección presidencial por siete años, el presidente Américo Tomás envió a la Asamblea Nacional algunas modificaciones constitucionales. Muchas de ellas no tenían ninguna importancia. Por ejemplo, en el futuro la Asamblea tendría ciento treinta miembros y no ciento veinte. Desde el momento en que el gobierno es responsable ante el presidente y no ante la Asamblea; desde el momento en que según el artículo 97 de la Constitución los miembros de la Asamblea no pueden legislar en lo tocante a gastos o ingresos; desde el momento en que la Asamblea se reúne sólo tres meses al año; desde el momento en que los restantes meses Salazar gobierna por decretos-leyes que no necesitan ser confirmados por la Asamblea, y desde el momento en que ningún tribunal puede discutir una orden dada por Salazar, nada había en estos cambios verdaderamente «excitante».

La modificación de la Constitución que indicó de qué lado soplaba el viento, fué la que dispuso que la elección del Presidente de la República, hasta aquel momento efectuada por voto directo, se llevaría a cabo en el

(2) *Germany and the Spanish Civil War 1936-39* (Documents on German Foreign Policy 1845, series D, vol. III HMSO, 1951), pág. 53, 55, 26.

(3) Claude Bowers: *My Mission to Spain*, 1954, pág. 308.

futuro en sesión conjunta de la Asamblea Nacional y de la llamada Cámara Corporativa (integrada por representaciones de las autoridades locales y de las asociaciones industriales, comerciales, culturales y religiosas, que no tiene poder legislativo, aunque los proyectos de ley se someten a su opinión). Esta alteración, propuesta ya por Salazar en su discurso del 1 de julio de 1958 en Lisboa, fué resultado directo de las elecciones presidenciales, que habían sorprendido desagradablemente al dictador y a sus partidarios. No sólo el candidato de la oposición había conseguido una minoría sustancial de votos a pesar de que casi la mitad de la población carece de voto a causa de ignorancia o pobreza, del secuestro de las papeletas de voto depositadas en favor de la oposición y de la detención de los principales jefes de ésta durante la campaña, sino que había provocado tres semanas de una tremenda excitación pública, la más intensa desde que Salazar alcanzó el poder. Las gentes se lanzaron a la calle en manifestaciones, se arrojaron piedras a la policía y gran número de personas, tanto manifestantes como policías, resultaron heridas. De un modo típicamente portugués todos volvieron al trabajo después del período de inquietud, a pesar de las medidas de represión que se tomaron y de las mentiras que se dijeron sobre las demostraciones. Fué como si se hubiera abierto y vuelto a cerrar una válvula de seguridad.

Sin embargo, Salazar estaba inquieto e irritado. Demostró claramente su estado de ánimo en el discurso del 1 de julio. No consentiría nunca más expresiones de descontento popular. Si éstas eran provocadas por las elecciones, no habría más elecciones. Con toda evidencia, eran demasiados los que se habían mostrado capaces de escuchar y seguir al primer aventurero que llegase. El oficio de presidente era demasiado importante y el que lo ejerciese debía ser elegido por gentes responsables y educadas: un colegio electoral de no más de 500 personas, en lugar de lo que hasta aquel momento pasaba por sufragio universal (que en la práctica se reducía a la décima parte de la población). Este fué el primer cambio importante en el mecanismo del Estado Corporativo desde que se estableció formalmente en 1933, y no representó un paso hacia la liberalización sino un retroceso, un alejamiento del sufragio universal, un apartamiento de la democracia hacia el ideal de Salazar, la «catedratocracia» o aristocracia de profesores universitarios. El Estado corporativo se basa en las ideas contenidas en la famosa encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*, de 1891, y en la de su sucesor Pío XI, *Quadragesimo Anno*, de 1931. Aplicadas a la vida diaria de los portugueses resultan una curiosa mezcla de feudalismo degenerado, paternalismo y asistencia social distribuida de mala gana e irregularmente a los enfermos y necesitados. Existen tres tipos diferentes de organizaciones: los *sindicatos* (diferentes de los sindicatos corrientes, que están prohibidos), organizaciones de trabajadores agrupados según la industria; *gremios*, o asociaciones de «productores», como se llama hoy en Portugal a los patronos, y tres *ordems*, o colegios de médicos, abogados e ingenieros. Fuera de esta estructura permanecen dos categorías: los empleados del Estado y los que trabajan para sí mismos. Para todos los demás es obligatorio pertenecer al sindicato, gremio u orden correspondiente.

El gobierno no concede subsidios de enfermedad o paro; éstos se obtienen a través de las corporaciones. La organización que proporciona estas ayudas se llama *Caixa de Providencia*. Cada sindicato, gremio u orden tiene sus propios fondos, separados, pero al mismo tiempo dependientes de ellos. Los ciudadanos que ganan mil escudos al mes, pagan dos escudos y medio a su organización y esta cantidad asciende si el sueldo es mayor. Aparte de esto, cada uno paga otro cinco por ciento de su salario a la *Caixa*

de Providencia correspondiente en calidad de seguro de enfermedad, más un medio por ciento en calidad de subsidio de paro. Los patronos contribuyen también al fondo, pero las cantidades que aportan son, desde luego, muy pequeñas.

Teóricamente, los sindicatos deben proteger los intereses de sus miembros en contra de los patronos, pero en la práctica no lo hacen. Unas organizaciones de trabajadores patrocinadas y dirigidas por el gobierno, cuyos jefes son designados desde arriba y no elegidos, no pueden hacer más que formular peticiones inútiles en un país en que las huelgas están prohibidas por la ley. Cuando más las actividades de los sindicatos se reducen a la orientación profesional y a la organización de cursos sobre temas culturales para sus miembros. Los empleados del Estado y los trabajadores por cuenta propia de las ciudades, pagan su contribución a una organización independiente de las Caixas de Providencia. Para los campesinos —¡que constituyen más del sesenta por ciento de la población y que no obstante no están incluidos en el sistema corporativo!— existen, sobre el papel, unas *casas do povo* (casas del pueblo), a las que se paga una contribución y de las que se derivan ciertos beneficios. Pero en la práctica no funcionan bien. En la mayoría de los casos, ni siquiera existen.

El mito oficial es que los sindicatos, gremios y órdenes surgen espontáneamente como una especie de contrato social contraído por el mismo pueblo. El gobierno, se dice, no tiene nada que ver. Sin embargo, para el caso de que un gremio particular tenga sobre su actividad ideas que no coincidan con la política general del gobierno, existen en algunas industrias unos consejos de coordinación económica, conocidos como *Juntas Nacionais*, que están fuera del esquema corporativo y cuya existencia ha sido vista por algunos como una prueba evidente de que el sistema no funciona convenientemente.

Así es como el Estado corporativo intenta acoger en su rebaño a lo que él llama la «familia portuguesa», en la cual los «parientes pobres» son los campesinos. Pero detrás de este tambaleante sistema de persuasión social y pacificación, se vislumbra otro aparato de coerción, igualmente elaborado y bastante más eficiente: las seis fuerzas armadas que apoyan al régimen de Salazar y que se mantienen alerta dispuestas a aplastar cualquier intento de derrocarlo.

En primer lugar está el Ejército compuesto principalmente de oficiales de carrera y reclutas. Estos últimos, la mayoría iletrados, que sirven durante dieciocho meses por un jornal de tres pesetas diarias, pueden ser movilizados con urgencia en cualquier momento dentro de los veinticinco años siguientes y tienen que sufrir un entrenamiento de varias semanas cada año hasta llegar a la edad de 45. Ningún portugués comprendido en la edad militar puede abandonar su país si su documentación militar no está en regla.

Los estudiantes universitarios y los que han completado su enseñanza secundaria hacen su servicio militar como oficiales. Esto ha dado lugar a cierta anomalía. Como, bajo el régimen de Salazar, las gentes de color incluidos los *assimilados* (nacidos en las colonias y que tienen plenos derechos de ciudadanía), ya indios o africanos, no pueden servir en el ejército como oficiales, los estudiantes de color no hacen el servicio militar. No es difícil suponer que esto no ha levantado muchas protestas entre los jóvenes a quienes atañe el decreto.

Cualquiera cuya educación le faculta para servir como oficial, pero que ha sido sentenciado por algún delito político, ha de servir como sol-

dado, a menudo en un batallón disciplinario. Como de esta forma el servicio militar resulta durísimo, se consigue por este medio, primero, impedir a los estudiantes unirse a las actividades de la oposición y, segundo, mantener lejos del mando a los enemigos de Salazar. Pero el régimen tiene otros medios más sutiles para conseguirlo. Ningún oficial puede casarse con una mujer que no posea título universitario o una dote de menos de 70 contos (más de 150.000 pesetas). Salazar quiere con esto mantener el Ejército unido a las clases elevadas y debilitar sus tradiciones democráticas, que datan del siglo XIX. Incluso bajo la monarquía, el hijo de un sargento de origen humilde podía ingresar en una academia militar, salir de ella como oficial y llegar a ser ayudante del rey a pesar de sus ideas republicanas. Hay otra restricción importante en lo que se refiere al matrimonio de los oficiales del Ejército. Aunque se permite a los ciudadanos el matrimonio civil, los oficiales tienen la obligación de casarse ante la Iglesia Católica. Así, pues, un oficial sólo puede casarse con una mujer católica y el divorcio es prácticamente imposible. La intención es clara: unir todavía más a la Iglesia los altos jefes del Ejército. Sin embargo, es una cuestión dudosa el que Salazar haya conseguido alterar la composición social y la ideología de la oficialidad.

La segunda fuerza del Ejército salazarista es la Marina, que sigue más o menos el modelo de la inglesa hasta en los uniformes de oficiales y marinos. La Marina tiene una tradición todavía más revolucionaria que el Ejército, pero es difícil saber hasta qué punto esta tradición se conserva viva. El hecho de que el presidente de la república sea un almirante mientras su rival en las elecciones de 1958 fuera un general, puede sugerir que hay menos descontento entre los oficiales de la Marina que entre los del Ejército.

En tercer lugar está la policía civil, que viste uniforme gris, lleva pistola y ejerce las funciones de la policía civil de cualquier país. Por lo general no interviene en casos de delito político.

La cuarta fuerza armada de que dispone Salazar es la Guardia Nacional Republicana, cuyo título es un curioso ejemplo de cómo la nomenclatura republicana se mantiene bajo el Estado corporativo. El contenido ha sido destruido, pero las formas persisten y desde luego son muy útiles al régimen. La G.N.R. se creó bajo la República como una fuerza especial para proteger su existencia y la de sus intereses frente a cualquier actividad reaccionaria. Hoy es una policía armada que se aloja en cuarteles y dispone de armas más pesadas que las de la policía civil. Actúa en casos de huelgas, manifestaciones y disturbios de la población.

En quinto lugar está la Legión Portuguesa, el cuerpo de «camisas verdes» de Salazar. Esta organización paramilitar se formó dos meses después del comienzo de la guerra civil española como una «organización patriótica de la virilidad portuguesa» para proteger el Estado corporativo contra el comunismo, lo mismo que la G.N.R. se había formado para defender a la República. Los miembros son voluntarios entre los 18 y 50 años, fanáticos del régimen que hacen la instrucción, desfilan y hacen prácticas de tiro en su tiempo libre, al mando de oficiales retirados del Ejército o de la Marina. Se podría decir que son una especie de S.A. salazarista. Usaban el saludo fascista hasta el final de la guerra mundial y algunos todavía utilizan una forma modificada de éste. Tiene una sección naval, la Brigada Naval.

Por último, hay que citar la PIDE (Policía Internacional y de Defensa del Estado), la temida y omnipresente policía secreta, cuyos poderes defi-

nidos por dos decretos leyes de Salazar le permiten no sólo detener «preventivamente» sin acusación alguna durante tres meses, prorrogables hasta cuatro y medio, sino transformar una condena más o menos larga en cadena perpetua, pues la prisión «puede ser prolongada por períodos sucesivos de tres años, mientras los detenidos sigan siendo considerados peligrosos». Aunque este calificativo se da a los que hayan fundado, colaborado, e incluso seguido las instrucciones de grupos de «carácter comunista», en la práctica se aplica a todos cuantos se oponen seriamente al gobierno. Nadie puede obtener un empleo o un permiso para ejercer la enseñanza sin un permiso de la PIDE.

Hemos colocado estas fuerzas armadas, según lo que consideramos el orden ascendente de confianza y el descendente de influencia popular. El Ejército es el menos alejado del pueblo y, gracias a esto, a sus tradiciones democráticas y a la existencia aparente de cierto descontento y las simpatías monárquicas de la oficialidad, se supone que posee en menor grado la confianza de Salazar. La PIDE, en el otro extremo de la escala, es la más alejada del pueblo y el instrumento más adicto del dictador.

A los aspectos social y militar del Estado corporativo hay que añadir un tercero: el político. Existen dos organizaciones políticas que desempeñan cierto papel —aunque últimamente cada vez menor— influyendo, modelando a los ciudadanos. Son la Unión Nacional y la Juventud Portuguesa.

La Unión Nacional fundada en 1930, es el único partido político permitido (excluida la Causa Monárquica, que, hasta ahora, apenas es un partido). Su órgano oficial, *El Diário da Manhã*, se considera generalmente en Portugal como el periódico más vulgar y sensacionalista. Durante la Segunda Guerra Mundial, había quienes querían manifestar a favor de los aliados. La Unión Nacional organizó al momento «demostraciones anticomunistas» que no se declaraban «pro Eje» abiertamente, pero que sólo podían ser interpretadas de esta manera. Cuando se prepara una elección a la Asamblea Nacional, la Unión Nacional propone una lista de candidatos y, gracias al curioso procedimiento electoral, la lista es elegida invariablemente. En los períodos interelectorales, la Unión Nacional no se muestra muy activa.

Todos los sábados y miércoles por la tarde, los niños y niñas de Portugal entre los siete y catorce años asisten a las reuniones de la Juventud Portuguesa durante dos horas aproximadamente. Es obligatorio pertenecer a esta organización entre las citadas edades. Los niños llevan boinas y camisas verdes, inspiradas en los uniformes alemanes de antes de la guerra y en los movimientos fascistas juveniles, con cinturones cerrados con una hebilla de metal en que figura la letra S, que significa Salazar.

La Juventud Portuguesa se formó en 1936. Fué de un tono mucho más beligerante de lo que hoy es; sus miembros hacían la instrucción con fusiles de madera. Hoy se les cuentan historias sobre el pasado de Portugal, su grandeza presente y futura, y sobre el «hombre público» y su obra; se les da instrucción religiosa y se les facilita la asistencia a campos de verano y la práctica de deportes. Uno de los trece puntos de sus reglas disciplinarias es el respeto del gobierno establecido.

Peter FRYER y Patricia McGowan PINHEIRO

El nacionalismo angolés

Por MARIO DE ANDRADE

ACTUALMENTE, los pueblos del «Tercer Mundo» han pasado a ser protagonistas de la Historia. Han creado un nuevo equilibrio en las relaciones internacionales y provocado reacciones a escala mundial. Todo el mundo está convencido de que cualquier acontecimiento que interese a estos países es también fundamental para los demás hombres del planeta.

Angola, ayer ignorada por la opinión pública internacional, país que pocas personas sabían situar en el mapa, ha hecho su entrada definitiva en el escenario histórico. Este hecho se ha producido al mismo tiempo que la iniciación de la lucha armada en esta parte de Africa.

No es mi propósito analizar aquí el programa que se proponen llevar a cabo los partidos políticos o las tácticas utilizadas para intensificar el combate. Voy a tratar de situar el vasto movimiento de liberación nacional en su contexto general y de indicar las referencias históricas, así como las diversas manifestaciones que hicieron posible la lucha que actualmente se desarrolla en Angola.

La lucha de liberación en Africa presenta unas características particulares debidas al contexto colonial en que se encuentra situada. No pueden ser analizadas válidamente todas las consecuencias del combate por la independencia y dignidad de los africanos sin tener en cuenta la naturaleza del régimen del país colonizador correspondiente. Tratándose de la evolución del movimiento nacionalista en una colonia portuguesa, importa destacar los dos factores esenciales que han puesto serias dificultades a su desarrollo.

En primer lugar, el aislamiento impuesto por el sistema colonial y por el carácter de las instituciones en vigor en Portugal desde hace treinta y tres años, que han conseguido mantener a Angola en una de las zonas de silencio más oscuras de Africa. La clandestinidad ha constituido el segundo factor permanente que ha impedido a las organizaciones políticas confrontar su labor con las aspiraciones de las masas.

De una manera general se puede decir que los acontecimientos que se desarrollaron en el continente africano, en regiones ligadas a potencias coloniales como Francia, Bélgica e Inglaterra ocuparon la atención mundial en detrimento de las colonias portuguesas. Al mismo tiempo, el régimen de Salazar perfeccionaba un aparato de propaganda y mistificación cuyo fin era acreditar la tesis de la integración territorial y de la asimilación espiritual.

Por estas razones, las colonias portuguesas fueron las únicas regiones de Africa donde la lucha por la independencia no adquirió jamás carácter legal. Así, desde los años 30, no se ha visto en Angola, por ejemplo, ninguna clase de confrontación pública de las masas con el aparato de un partido

político o con un líder. De hecho, la aparición de un líder es un fenómeno tardío en la evolución del nacionalismo angolés. Hubo, aprovechando las campañas políticas para la elección de presidente de la República Portuguesa, discursos a veces violentos por parte de tribunos angolese que denunciaban las miserables condiciones de vida de las masas. Este fué el caso sobre todo de la campaña electoral de 1948, pero fué sólo un episodio, y no, como en otras comarcas africanas, una constante de la vida política, estructurada abiertamente en un partido político en lucha con la administración colonial. Esta es la razón principal de que durante mucho tiempo las autoridades portuguesas hayan sido las únicas en hablar al mundo de su política colonial.

La irrupción espectacular del nacionalismo angolés expresándose a través de la lucha armada, ha demostrado la falta de sentido de la propaganda del gobierno portugués.

Según los argumentos de los teóricos de la colonización portuguesa, o del sociólogo brasileño Gilberto Freyre, el sentido nacional no podría surgir nunca en las «provincias de ultramar». La fraternidad racial, la comprensión del colonizador, la coexistencia de comunidades blanca y negra en Angola desde hace cinco siglos, debían de anular, o al menos evitar, las consecuencias del nacionalismo africano en este país. La realidad actual hace muy dudosos estos argumentos. Sin embargo, los medios oficiales de Lisboa pretenden que la actividad nacionalista en Angola es la obra de extranjeros o de angolese emigrados al Congo ex belga o ex francés.

El itinerario del movimiento de liberación angolés desmiente rotundamente estas ideas. Resumiremos sus etapas.

Entre los problemas que se planteaban en 1856 a la monarquía liberal portuguesa figuraba el de la ocupación efectiva de las colonias. Esta ocupación fué intensificada a raíz de las decisiones de la Conferencia de Berlín. A partir de entonces se desencadenaron numerosas campañas militares, en el curso de las cuales las tropas portuguesas sufrieron dolorosos fracasos ante la resistencia encarnizada de las poblaciones africanas de Angola. El alcance exacto de esta resistencia puede comprenderse con ayuda de un ejemplo: la guerra de las poblaciones Dembos, cuya insumisión fué considerada por los historiadores portugueses como «una vergüenza nacional».

Fueron necesarias quince expediciones sucesivas para terminar la «pacificación» de una región que en 1916 contaba 55.792 habitantes. A partir de 1872 exactamente, los pueblos Dembos comenzaron sus combates contra el ejército portugués sublevándose contra la administración colonial que cometía abusos constantes en la percepción de impuestos y explotaba a los pequeños comerciantes. Entre 1872 y 1907, los portugueses no consiguieron ningún resultado positivo en sus intentos de establecer puestos militares. Una gran expedición, la célebre columna de 1907, al mando del capitán Joao de Almeida, veinte veces superior a los efectivos de las precedentes, fué completamente aniquilada por las fuerzas nacionalistas. Y la misma suerte sufrieron otras expediciones en 1909, 1913 y 1918. Al fin, en octubre de 1919, los portugueses, utilizando angolese de otras regiones y soldados de Mozambique, consiguieron reducir por algún tiempo, la resistencia de la región de Dembos.

Así, pues, el nacionalismo angolés tiene su origen en las guerras mantenidas por las poblaciones rurales contra las tropas portuguesas, al mismo tiempo que en las luchas de los publicistas e intelectuales del país en los años que precedieron la llegada de Salazar al poder.

En el momento en que la ocupación militar llegaba a su fin, las tropas portuguesas se dedicaron a eliminar físicamente a los jefes tradicionales y a destruir la estructura tribal, para poder imponer mejor la **dominación directa**. Y la ocupación administrativa que comenzó en 1922 fué acompañada de la expropiación de tierras y bienes, de la imposición del impuesto de soberanía y del trabajo forzado. En esta fase se dieron los últimos conatos de resistencia popular armada. Nos referimos a las revueltas que estallaron en diversos lugares del país de 1924 a 1939.

Los angolese considerados como asimilados que residían en medios urbanos organizaron paralelamente otro tipo de lucha. En su mayoría funcionarios, empleados de comercio, pequeños propietarios, artesanos y trabajadores, llevaron a cabo a través de la prensa y de las asociaciones regionales una acción política que denunciaba el pillaje colonial. La lucha se hizo encarnizada. Varios publicistas africanos fueron condenados a la pérdida de sus derechos políticos y civiles, e incluso deportados.

La llegada de Salazar al poder dió un golpe mortal a toda la actividad política de Angola. Sin embargo en 1929 se fundó la **Liga Nacional Africana (L.N.A.)** y el **Grenio Africano**, llamado más tarde **Associação Regional dos Naturais de Angola (Anangola)**, cuyo objetivo se reducía a conquistar mejores condiciones económicas y sociales por medio de una presión legal.

Con el aumento progresivo del número de colonos y el control cada vez mayor de los portugueses en todos los dominios de la vida angolese, la mayor parte de los miembros de estas asociaciones se dieron cuenta de la imposibilidad de luchar abiertamente contra la administración colonial por la vía reformista. Estas asociaciones fueron el escenario de las divisiones y contradicciones de la generación de nuestros padres, en una situación histórica que exigía el cambio radical de los métodos de lucha empleados para oponerse a la dominación colonial.

La minoría que defendía la oportunidad de las reivindicaciones legales buscó apoyo en la Administración colonial, que a su vez utilizó a estos candidatos a la traición para aumentar la división entre los angolese. Otros, por el contrario, preconizaron una actividad política consecuente, ligada a la masa llamada indígena. Se propusieron dos medios para conseguirlo; o bien aquellas organizaciones debían admitir como miembros a los angolese que carecían de derechos políticos y civiles, o bien debían de extender su acción social, cultural y política a las masas populares. Al cabo de un cierto tiempo se produjo una crisis de dirección, especialmente en la L.N.A. La minoría que se oponía a toda relación con las masas abandonó el combate.

Las autoridades portuguesas, aprovechando la crisis, supieron introducir por la corrupción y por presiones morales y físicas toda clase de agentes de la policía política en estas asociaciones y terminaron reemplazando las directivas elegidas por comisiones administrativas nombradas por el gobernador general de la colonia. Poco a poco, las viejas generaciones perdieron toda esperanza de triunfar en su lucha contra la administración portuguesa.

Una nueva etapa en el movimiento nacionalista angolés se abrió hacia el fin de la segunda guerra mundial. Hacia 1948, la juventud angolese de Luanda, después de examinar las experiencias políticas precedentes a la luz de la nueva situación, hizo una entrada ruidosa en la escena pública. Los jóvenes empezaron a utilizar las asociaciones legales para desarrollar actividades destinadas a la gran masa africana y cubrir de esa forma el abismo creado entre los angolese llamados «civilizados» y los «indígenas». Una campaña contra el analfabetismo fué organizada y algunos talentos

jóvenes empezaron a dar un sentido nacionalista a las obras culturales. Revistas y periódicos culturales favorecieron una toma de conciencia política.

Entonces comenzaron a nacer, en un clima de terror policiaco, y a desarrollarse los movimientos políticos angolese. Algunos estudios serios sobre la situación internacional y sobre la naturaleza del fascismo, fueron hechos en Angola y se divulgaron por todo el país por grupos de jóvenes entusiastas de las ciudades, entre los que nació la idea de crear organizaciones nacionalistas clandestinas.

El **Partido da Luta Unida dos Africanos de Angola (P.L.U.A.)** fué creado en 1953. Y en diciembre de 1953 los dirigentes del P.L.U.A. y de otras organizaciones lanzaron un manifiesto pidiendo la formación de un vasto frente, que dió origen al **Movimiento Popular de Liberación de Angola**.

Tras un breve análisis del proceso de dominación colonialista sobre los pueblos africanos, el Manifiesto analizaba los rasgos esenciales de la dominación portuguesa en Angola en sus aspectos políticos, económicos, sociales y culturales.

«Somos humillados como individuos y como pueblo», afirmaba el Manifiesto, que denunciaba también la nueva orientación de la política colonial portuguesa basada en el genocidio del pueblo angolés, la sumisión de las masas al trabajo forzado, la destrucción de las tribus, la falta de asistencia sanitaria y la espantosa proporción de la mortalidad infantil. En los últimos tiempos —añadía— la opresión colonialista portuguesa se ha agravado por la penetración en Angola del capital financiero, de los monopolios y «trusts» internacionales.

Ante esta situación, invitaba al pueblo de Angola a organizarse y luchar en todos los frentes y bajo cualquier circunstancia «por la liquidación del colonialismo portugués, a fin de convertir Angola en un Estado independiente e instaurar un gobierno democrático, un gobierno de coalición de todas las fuerzas que luchan contra el colonialismo portugués».

(...) «Sin embargo, el colonialismo portugués no caerá sin lucha. No hay más que un camino par alcanzar la liberación del pueblo angolés: el de la lucha revolucionaria. Pero ésta sólo logrará su objetivo a través de un frente único de todas las fuerzas antiimperialistas de Angola, sin ninguna exclusiva determinada por las opiniones políticas o las tendencias filosóficas, a través de la formación del más amplio movimiento popular de liberación de Angola. Este movimiento no será constituido por la incorporación de todos los patriotas angolese a una sola organización o asociación. El movimiento será la suma de las actividades de las organizaciones angolese.»

Estas son las ideas que se extendieron por todo el país. Labradores, obreros, funcionarios, intelectuales y personalidades religiosas se adhirieron al programa del M.P.L.A. Más tarde se crearon otras organizaciones como el **Movimiento de Independencia Nacional de Angola (M.I.N.A.)**, en 1958, que se unió con el M.P.L.A.

Entre las tendencias nacionalistas que se manifestaron en los medios de emigrantes, en el Congo, hay que señalar el movimiento mesiánico de Simao Toco. Nacido en Angola en 1917, este líder religioso había emigrado a Congo-Leopoldville, y allí creó y desarrolló la organización conocida con su nombre. El movimiento, cuyo objetivo esencial era la desobediencia pacífica a las leyes de la administración colonial, fué muy seguido en el interior de Angola. Expulsado del Congo y vuelto a su país natal, Simao

Toco y sus partidarios fueron perseguidos por las autoridades portuguesas y deportados al campo de concentración de Bahía dos Tigres.

Otros grupos diversos basados en afinidades étnicas y culturales dieron origen en Leopoldville y Brazzaville a asociaciones y más tarde a verdaderos movimientos nacionalistas angolese, favorecidos por la evolución política de estas regiones. Citemos entre otros a la *União das Populações do Norte de Angola*, convertida en Unión de los Pueblos de Angola (U.P.A.), la *Alianza de los Naturales del Enclave de Cabinda* (A.R.E.C.), hoy *Movimiento de Liberación del Enclave de Cabinda* (M.L.E.C.) y la *Alianza de los Naturales de Zombo* (Alliazo).

Volviendo a la actividad del interior, hablemos ahora de los acontecimientos esenciales que se produjeron a partir de 1956 en la vida de los movimientos nacionalistas de Angola.

Dispuesta a enfrentarse con una situación política en que aparecían claros signos de la actividad nacionalista, la Policía Internacional y de Defensa del Estado (P.I.D.E.) fué instalada en la colonia a principios de 1957. La persecución de los nacionalistas angolese adquirió entonces un nuevo carácter, organizándose metódicamente.

El año 1958 se caracterizó por una gran actividad política. Por medio de folletos, programas de acción, proclamas anticolonialistas, escuelas clandestinas, la agitación de las masas angolese aumentó, inquietando a los portugueses.

La población de Luanda recuerda el domingo de Pascua de 1959 como una fecha trágica en los anales del nacionalismo angolés. El 29 de marzo de aquel año, la P.I.D.E. desencadenó contra las masas africanas de la capital una espectacular operación destinada a aterrorizarla: detención de todos los nacionalistas conocidos y de los sospechosos de participar en los movimientos políticos, seguida de violencias contra la población pacífica.

Para reforzar la defensa de las «provincias de ultramar», el subsecretario de Estado de la Aviación portuguesa presidió, el 26 de abril de 1959, en la ciudad de Luanda la instalación de la Fuerza Aérea en Angola. La ceremonia consistió en la demostración del poder destructor de los ingenios militares. La prensa de Angola estuvo delirante. El «Comercio de Angola», por ejemplo, consagró casi todo un número a aquellas demostraciones, bautizándolas de «Primer Festival de la Fuerza Aérea en Angola».

Poco después, la P.I.D.E. aseguró haber descubierto un vasto complot en el interior de Angola y preparó un proceso de cincuenta y siete personas (siete europeos entre ellas), que se llamó el «proceso de los cincuenta» y que se descompuso en tres. Primero fueron acusados quince angolese (uno de ellos residente en Pointe Noire), un ghanés, un negro norteamericano y otro cubano. El segundo concernía a siete portugueses, y en último lugar fueron acusados treinta y dos nacionalistas angolese, de los que veinte estaban detenidos en Luanda y doce residían en el Congo, Brasil, Europa y otros lugares. Los acusados pertenecían a medios sociales muy distintos: funcionarios, empleados de comercio, obreros, intelectuales y estudiantes.

Leyendo el atestado me di cuenta de que el movimiento nacionalista angolés se encontraba en una encrucijada y de que se imponía darle un aspecto totalmente nuevo creando, por una parte, una estructura clandestina y formando, por otra, un frente unido para la liberación de Angola. Sin la redada de la P.I.D.E. la situación de Angola presentaría hoy un aspecto más consistente, pues entonces se estaba a punto de conseguir la unión de todas las fuerzas nacionalistas.

El proceso comenzó a fines de 1959, pero la fecha de la sentencia, que primero fué fijada el 7 de marzo de 1960, fué aplazada numerosas veces.

En agosto del 1960, para disimular el carácter nacional de la lucha angolosa, la P.I.D.E. dió orden a los tribunales de juzgar a los siete portugueses bajo la acusación de haber distribuido folletos clandestinos pidiendo la independencia de la colonia. Estos fueron condenados a penas de prisión de tres meses a tres años y a la pérdida de derechos políticos durante quince. El Tribunal Supremo de Lisboa revisó su proceso y elevó las penas a un máximo de cinco años.

El 5 de diciembre del mismo año, el Tribunal Militar de Luanda montó una apariencia de juicio contra veinte nacionalistas pertenecientes al M.P.L.A. y otros grupos clandestinos. En el curso de este proceso fueron cometidas toda clase de irregularidades: los abogados no fueron autorizados a visitar a sus clientes, ni a consultar el sumario, ni a escuchar a los testigos de la defensa. Los acusados, conscientes de sus responsabilidades de combatientes nacionalistas negaron a un tribunal extranjero toda competencia para juzgarlos. Tomando como pretexto esta actitud, la mayoría de los abogados portugueses se negaron a defender a los acusados por razones de... patriotismo. Sólo Almeida Valadas y Maria do Carmo Medina continuaron valientemente su misión. La P.I.D.E. hizo procesar a los dos abogados.

El 21 de diciembre, el tribunal condenó a los veinte angolese a penas de prisión de tres a diez años y a la pérdida de derechos políticos durante quince.

El mito de la adhesión total de los «indígenas de Angola» quedó, a partir del «proceso de los cincuenta», socavado en sus fundamentos. Fué la primera confesión oficial de la existencia de un movimiento de independencia sólidamente organizado en todo el país, y desde entonces la labor de los que intentaban dar a conocer a la opinión internacional, la realidad del nacionalismo angolés se vió considerablemente facilitada.

También los nacionalistas de otras colonias portuguesas buscaban el medio de liberar a sus respectivos países. En este sentido, se buscó el medio de obtener la unidad de acción de los movimientos de liberación de las colonias portuguesas. Un primer frente fué denominado M.A.C. o Movimiento Anti-Colonialista, creado en Europa bajo el impulso de los militantes del M.P.A., del Partido Africano de la Independencia de la Guinea, de los nacionalistas de Mozambique, de Cabo Verde y de Santo Tomás.

Con motivo de la segunda conferencia de los pueblos africanos, en enero de 1960, el M.P.L.A. y el P.A.I. de Guinea constituyeron el Frente Revolucionario Africano por la Independencia de las colonias portuguesas (F.R.A.I.M.) y el M.A.C. fué disuelto. El F.R.A.I.M. desapareció a su vez, en la Conferencia de las Organizaciones Nacionalistas de las colonias portuguesas.

Fué durante este «año de Africa» cuando los movimientos nacionalistas angolese encontraron los apoyos necesarios para instalar definitivamente sus oficinas exteriores, en contacto con los gobiernos africanos independientes.

Bien conocidas son las reacciones portuguesas cuando fué proclamada la independencia de Congo-Leopoldville: «En el marco de una acción militar preventiva, el poder colonial multiplica las patrullas y las fuerzas aéreas para proteger las fronteras de Angola».

En una declaración del 13 de junio de 1960, el M.P.L.A. afirmaba que

consideraría como un primer signo de abandono de la política de fuerza del gobierno portugués el «reconocimiento inmediato del derecho a la autodeterminación del pueblo angolés, el establecimiento de libertades políticas, la convocatoria para fines del año 1960 de una mesa redonda con representantes de todos los partidos políticos angoleños y del gobierno portugués para solucionar pacíficamente el problema colonial de Angola».

Las posiciones del M.P.L.A. y de las demás organizaciones angoleñas eran claras en un momento en que todo indicaba que el gobierno de Salazar se disponía a ahogar en sangre, provocándole si fuera necesario, cualquier alzamiento nacionalista.

En lugar de la discusión sobre el conflicto, la administración colonial y el gobierno portugués respondieron reforzando el aparato represivo. En noviembre de 1960, veintinueve presos políticos, oriundos en su mayor parte de la provincia de Cabinda, fueron ejecutados en el patio de una cárcel.

Del interior de Angola llegaban llamadas urgentes: las masas populares reclamaban con insistencia planes organizados para una autodefensa activa. Ante la amplitud de la represión, ante la presión de las masas angoleñas, el M.P.L.A., de acuerdo con otras organizaciones de las colonias portuguesas, especialmente el P.A.I. de Guinea y la Convención Política de Goa, precisó en una conferencia de prensa en Londres, el 6 de diciembre de 1960, su actitud frente a la obstinación portuguesa. Volvimos a afirmar que el gobierno portugués, en lugar de examinar las proposiciones con vistas a solucionar pacíficamente la cuestión colonial, intensificaba los preparativos bélicos.

Desde hacía tiempo, la población de Luanda pensaba liberar a los líderes del M.P.L.A. y otros nacionalistas detenidos. El clima del terror que reina en el país y la energía de los militantes, explica el audaz ataque a las prisiones militares y civiles en febrero de 1961.

Este ataque, aparentemente suicida, tuvo gran importancia no sólo en el interior, sino también en el exterior de Angola. En realidad fué el acto que desencadenó en todo el país la insurrección popular.

Las fuerzas represivas no tardaron en sacar la lección pertinente de estos acontecimientos, y el 5 de febrero, a raíz de una provocación montada durante el entierro de unos soldados portugueses, desencadenaron una matanza en la que perecieron unos tres mil angoleños.

Otros acontecimientos poco conocidos por el público internacional ocurrieron también en este mes de febrero. En Baixa do Cassange, en el distrito de Malange, varios nacionalistas que consiguieron escapar de Luanda después de los acontecimientos citados, organizaron a los trabajadores de las plantaciones contra las prácticas abusivas de la compañía Cottonang. Los ataques fueron dirigidos contra los comerciantes europeos, las residencias oficiales del gobierno regional y una misión católica. Sin embargo, muy pocos blancos murieron. También aquí la reacción de las fuerzas portuguesas fué brutal: pueblos enteros fueron bombardeados y, según ciertas informaciones, el número de víctimas de elevó a diez mil.

CONCLUSIONES

He expuesto sumariamente el itinerario del movimiento nacionalista de Angola, sus acciones reivindicativas y las reacciones de la administración colonial. Mi intención ha sido señalar las etapas esenciales de la forma-

ción de la conciencia nacional angolosa, colocándome por encima de las actuales luchas de partidos. Por esta razón me he detenido en los acontecimientos del 15 de marzo, que constituyen un capítulo nuevo en la historia del nacionalismo angolés.

La lucha de liberación fué primero una resistencia a la ocupación militar de la tierra por los portugueses. Hasta la llegada de Salazar al poder, los nacionalistas pudieron utilizar también la lucha legal, pero sus reivindicaciones encontraban poco eco en el mundo. Durante los últimos treinta años, el nacionalismo angolés hizo frente al régimen de explotación colonial más feroz que ha conocido Africa. Fué la época de la lucha clandestina.

En este período, el pueblo angolés acumuló energías y concertó alianzas en el exterior. Todo esto le permitió desencadenar la lucha armada.

Para terminar, se imponen algunas conclusiones sobre el estado actual del nacionalismo angolés:

1) Se trata de un **nacionalismo ahogado**, que se ha desarrollado en un clima de clandestinidad. En la imposibilidad en que se encontraban los nacionalistas de estructurar la organización de las masas rurales, en su primera fase fueron sobre todo las masas urbanas y especialmente las minorías más cultas las influidas por la propaganda de los partidos. Por otra parte la administración misma se dedicó a crear un abismo entre los «indígenas» y los «civilizados». La mayoría de las organizaciones clandestinas adoptaron como base de su estructura el **grupo**, verdadera célula de defensa de los intereses de la comunidad africana.

2) El movimiento mesiánico de Simao Toco preconizaba la desobediencia a las leyes civiles. Pero puede decirse que el movimiento nacionalista angolés presentó desde sus primeros tiempos un **estilo revolucionario** en sus reivindicaciones. En sus publicaciones, los partidos preconizaron menos una mejora de las condiciones de vida del colonizado que la desaparición del sistema colonial. Esta actitud se comprenderá fácilmente teniendo en cuenta la obstinación y la falta de realismo de la política colonial portuguesa. En otras palabras, la reacción de la administración portuguesa y la persistencia de las más viejas taras del colonialismo —trabajo forzado, analfabetismo, miseria económica y social, discriminación racial— obligaron a los nacionalistas angolese a **radicalizar** su posición. Las masas populares no se dejaron impresionar por ciertas medidas de promoción social que el poder colonial introdujo de vez en cuando en el país, por ejemplo el nombramiento en 1953 de dos representantes de los «intereses indígenas» en el Consejo Legislativo de la Colonia.

En realidad, los llamados representantes de los indígenas eran impotentes para solucionar los problemas de las poblaciones africanas.

3) Las organizaciones surgidas en el país han sido siempre completamente independientes de los partidos de la «metrópoli».

4) Varias corrientes distintas se han manifestado en el nacionalismo angolés: una corriente **interior**, una corriente que podemos llamar **prolongación limítrofe** (Congo-Leopoldville y Brazzaville) y una corriente **exterior** (establecida sobre todo en Portugal y otros países europeos).

Generalmente ha habido en los últimos años una coordinación de todas estas corrientes, que fué interrumpida por las detenciones de 1959. De una nueva conexión de todas estas corrientes dependerá de ahora en adelante la aceleración del proceso de la independencia de Angola.

Estas son algunas de las características del nacionalismo angolés. También conviene subrayar el papel de los nacionalistas angolesees en la formación de la conciencia nacional de las demás colonias portuguesas.

La Conferencia de Casablanca del 18 de abril de 1961 fué la culminación de los esfuerzos emprendidos por los nacionalistas de Angola para agrupar a todas las fuerzas que se oponen al nacionalismo portugués en Africa. La acción directa como medio eficaz para la destrucción del sistema colonial portugués ha llegado a ser, bajo la inspiración de los nacionalistas de Angola, el principio motor de todas las organizaciones nacionalistas de las colonias portuguesas.

Mario DE ANDRADE

ESPAGNE 1963

Un volume édité par les « Cahiers du Libre Examen »
de l'UNIVERSITE LIBRE DE BRUXELLES

AU SOMMAIRE

- Jaime CAMINO** : La critique cinématographique en Espagne.
Juan CASTELLA-GASSOL : L'antisémitisme dans l'Espagne d'aujourd'hui.
Fernand DEHOUSSE : L'Espagne et le Marché Commun.
Guy DESOLRE : La classe ouvrière belge et la lutte pour la liberté en Espagne.
Joaquim MOLAS : La poésie catalane aujourd'hui.
Julio RODRIGUEZ : La nouvelle littérature espagnole.
Henri ROLIN : L'Espagne et les organisations internationales.
Fernando SANTOS FONTENLA : Les étudiants et l'Université.
F.I.J.L. : L'anarchisme ibérique.
Dr C. S. : La médecine sociale en Espagne.
J. R. : Structure de la société rurale : les paysans et la terre.
PROPOS RECUEILLIS : Isabelle Blum, Mme Brachet, Marthe Deguent-Huysmans, Dr René Dumont, Wilebaldo Solano, Pierre Verstraeten et anciens combattants de la guerre d'Espagne.
UN DOSSIER SUR LA TORTURE — TEMOIGNAGE DES IMMIGRES DOCUMENTS sur : la production industrielle et agricole. La distribution par zones et par classes sociales du revenu national. Démographie. La finance internationale en Espagne.

Editeur responsable : **Christiane LANDSVREUGD**

Directeur de ce volume : **Juan CASTELLA-GASSOL**

Un volume : 300 pages, augmenté de nombreuses photographies :

120 FRANCS BELGES

Christiane Landsvreugd (C.C.P. n° 824.474, Bruxelles)

La cuestión europea

PESE a la crisis actual de la pequeña Europa de los trusts, la cuestión europea sigue figurando en el primer plano de la actualidad internacional y suscitando apasionadas discusiones. Estas discusiones han entrado en una nueva fase desde que el régimen franquista ha adoptado una orientación europeísta sui generis y desde que diversas fuerzas de la oposición antifranquista han encontrado en la «alternativa europea» la fórmula ideal para escamotear la transformación revolucionaria de España y dar la sensación de que al fin tienen una política.

Las organizaciones, los militantes y los intelectuales que se reclaman del socialismo en España mantienen posiciones y actitudes profundamente divergentes ante la cuestión europea. Muchas veces, esas posiciones y actitudes son meramente pasionales. En otros casos, constituyen pura y simplemente el reflejo de una política de subordinación a los bloques en presencia en la arena mundial. Se está por Europa porque se milita, de una forma u otra, en el campo atlántico. Se está contra Europa porque el Kremlin y el movimiento comunista carecen de una perspectiva positiva en este dominio. Por desgracia, son muy pocos los que se pronuncian ante la cuestión europea en función de un análisis serio de los intereses de la clase trabajadora de nuestro país y de la lucha por el socialismo en Europa y en el mundo.

Sea como fuere, la discusión sobre la cuestión europea se impone en una revista como la nuestra. La abrimos hoy con esta breve introducción y con diversos materiales que ofrecen un interés indudable. Presentamos en primer término el artículo titulado «España y Europa» que el joven novelista Juan Goytisolo publicó hace unos meses en la revista parisiense «Les Temps Modernes» y que ha sido ya objeto de animadas polémicas. Damos la versión castellana reproducida por vez primera en «Marcha» de Montevideo. (Precisemos al respecto que publicamos este artículo a petición de numerosos lectores de la revista, principalmente de jóvenes militantes e intelectuales de España.) Publicamos a continuación un largo estudio del joven ensayista Francisco Fernández-Santos, escrito especialmente para «Tribuna Socialista». Este artículo, titulado «España, Europa y el «Tercer Mundo», constituye una crítica de las tesis esenciales defendidas por Goytisolo en «España y Europa».

Como es natural, antes de decidirnos a publicar el artículo de Fernández-Santos, comunicamos su contenido a Juan Goytisolo, el cual nos ha remitido una contrarréplica que, pese a su extensión,

reproducimos íntegramente en este número. Incluimos también unas «Puntualizaciones» que nos ha entregado Francisco Fernández-Santos. Estamos, pues, en plena polémica. Inútil decir que Goytisolo y Fernández-Santos defienden sus posiciones con absoluta libertad y que sus textos han sido respetados escrupulosamente. Lamentamos, eso sí, que la discusión se haya salido en algunos momentos del dominio estrictamente político para entrar en el enojoso terreno de los ataques de tipo personal. Pero sólo podemos hacer eso: lamentarlo. Estamos por la discusión libre y sincera y no hemos querido poner cortapisas a nadie.

Juan Goytisolo y Francisco Fernández-Santos son escritores de la generación que no vivió la Revolución y la guerra civil españolas y que se ha formado intelectualmente en las duras condiciones impuestas por la dictadura franquista. Sus posiciones son bastante representativas de las inquietudes que se dibujan actualmente en los medios de la nueva generación intelectual española. Ahora bien, sus artículos no abordan todos los aspectos del tema ni agotan el problema. Por lo tanto, la discusión se proseguirá con otras aportaciones y otros puntos de vista.

Antes de dar la palabra a Goytisolo y a Fernández-Santos es natural —a nadie podrá extrañarle— que nosotros formulemos una serie de consideraciones sobre el tema, sin perjuicio de que intervinamos más extensamente en el curso de la discusión.

Nuestra posición ante la cuestión europea, esbozada ya en otros números de la revista, puede ser resumida en los siguientes puntos.

1.º España es un país subdesarrollado... pero un país subdesarrollado de Europa. Pese a su atraso en numerosos dominios, la estructura social del país se parece mucho más a la de Italia y Francia que a la de Cuba, y no áigamos a la de Argelia. El Estado español es un Estado capitalista y las clases fundamentales de la sociedad son la gran burguesía y el proletariado industrial. La fuerza revolucionaria decisiva del país es el proletariado, que por lo demás posee una rica tradición de luchas que data de hace un siglo.

2.º A pesar de los lazos que unen nuestro país a África y a América Latina, España pertenece geográfica, histórica, económica y políticamente a Europa. La influencia de la Revolución colonial en España, evidente y más fuerte que en otros países de Europa a causa del atraso del país y de las condiciones particulares que ha creado la dictadura franquista, no ha modificado ni podrá modificar esta realidad capital.

3.º Partiendo de esta realidad —que lo es tanto para la burguesía como para el proletariado, para las fuerzas reaccionarias como para las fuerzas revolucionarias y socialistas— es perfectamente normal que el franquismo trate de salvarse ligando su suerte a las fuerzas capitalistas y reaccionarias de Europa y que la oposición burguesa cifre todas sus esperanzas en el Mercado Común y en la Europa de los trusts. En efecto, solamente la integración a Europa puede permitir a la burguesía resolver algunas de las contradicciones de la economía capitalista española —las más inquietantes y explosivas— e impedir el desarrollo de un nuevo proceso revolucionario en nuestro país.

5.º Una política auténticamente socialista y revolucionaria no puede partir de abstracciones. Frente a la política europea del franquismo y de la burguesía española hay que defender una política europea que se inspire en los intereses de las masas populares del país y el porvenir del socialismo en nuestro continente. Esa política presupone: a) La acción común de todas las fuerzas obreras y revolucionarias de Europa con vistas al derrocamiento de la dictadura franquista y a la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores frente a los trusts capitalistas que dominan el Mercado Común; b) La transformación revolucionaria de España; c) La definición de un programa europeo de transición que abra la vía a los Estados Unidos Socialistas de Europa.

6.º En las condiciones presentes, bajo la propia dictadura franquista, la «integración europea» se ha iniciado ya y reviste las siguientes características: exportación a Europa occidental por el Estado franquista de centenares de miles de trabajadores; instalación en España de importantes capitales de los monopolios del Mercado Común; asociación cada vez más estrecha de las grandes empresas capitalistas españolas a las de Europa occidental; dependencia creciente de la economía española de la economía capitalista europea. Estos hechos obligan ya al movimiento obrero español a adoptar una política europea concreta, inspirada en los puntos indicados más arriba.

7.º El movimiento obrero español —y menos aún los socialistas revolucionarios— no debe limitar su acción y sus perspectivas al terreno estrictamente europeo. Las tendencias autárquicas y proteccionistas de la burguesía de Europa occidental agravan el terrible desequilibrio entre los países avanzados y los países subdesarrollados del mundo y colocan en situaciones dramáticas a las naciones del «Tercer Mundo». Las fuerzas que luchan por una Europa socialista sólo obtendrán éxitos concretos y alcanzarán finalmente la victoria si desbordan el marco estrecho de Europa Occidental, tienden la mano a las fuerzas de renovación socialista de Europa Oriental y sostienen la Revolución colonial en el «Tercer Mundo». El neonacionalismo europeo que preconizan los ideólogos de los trusts del Mercado Común es profundamente reaccionario y antisocialista.

En resumen, para los socialistas revolucionarios, la posición tiene que ser clara: por el derrocamiento del franquismo, por una España Socialista, por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

W. S.

Pierre BROUE - Emile TEMINE

«LA REVOLUCION Y LA GUERRA DE ESPAÑA»

La colección popular del Fondo de Cultura Económica de México acaba de poner a la venta la versión castellana de esta obra, indispensable para comprender el proceso revolucionario español de 1936-1939

Dos volúmenes, 14 F

Los pedidos pueden efectuarse a:

«TRIBUNA SOCIALISTA»
5, rue Aubriot, París (IV)

España y Europa

Por JUAN GOYTISOLO

I

EN un número reciente de la revista madrileña *Índice*, Enrique Ruiz García analizaba la actual situación de España y planteaba con dramática crudeza el dilema de la integración europea. «Nuestro destino, política, económica y socialmente —concluía— no puede ser otro que ese (la incorporación al Mercado Común) a menos que hagamos abstracción de la realidad y, por supuesto, de nuestra balanza de pagos». Para el autor, Europa volverá sus ojos hacia nosotros después de la liquidación del colonialismo y España debe apercibirse desde ahora para el ajuste y la integración. «Cuando llegue ese momento, que viene acelerado por la marcha irreversible de los acontecimientos norteafricanos —añadía— es evidente que los países del Mercado Común, posiblemente ampliados ya por los que forman la Zona de Libre Comercio, no podrán dejar al margen y fuera de la experiencia unificadora a las naciones que componen el cinturón pobre de la Europa meridional».

Los argumentos que abonan las tesis del autor merecen —creo yo— un detenido examen. Ruiz García empieza por contraponer la actitud aislacionista de nuestra oligarquía financiera a la apertura preconizada, según él, por el español medio, para pasar luego a una enumeración de las ventajas que aportaría al país la integración y a la afirmación tajante de que España no tiene otra alternativa que aceptarla. «Los más beneficiados por la impunidad económica —escribe— son los que hacen frente, los que resisten y piden un plazo más al tiempo antes de la inclusión de España en la Comunidad Europea, en tanto que los Sindicatos, las fuerzas populares aceptan, con mayor visión del compromiso histórico, las razones de la apertura.»

Sin pararnos a estudiar ahora la posición de «los Sindicatos» —el autor emplea el plural siendo así que en España hay únicamente un Sindicato oficial vertical, es decir, mixto de patronos y obreros y carece, por tanto, de todo carácter representativo— o de las «fuerzas populares» —que dada la vigente legislación de Prensa, no disponen de ningún órgano para expresarse— está bien claro que la actitud de cierto sector de la oligarquía confirma, a primera vista, sus tesis. Monopolistas y terratenientes, dice Ruiz García, temen perder sus privilegios abusivos y el hecho es tanto más escandaloso cuanto «el sector más amplio y popular del país» sobre el que recayeron las consecuencias de la crisis económica, las había aceptado «porque en lo profundo de su sentimiento tenía la convicción de que era preciso apurar el trance para ver mejores días». En 1960, agrega, «durante el que por primera vez en muchos años, se produjo un descenso de la renta nacional que alcanza al 5,9 %, los beneficios bancarios fueron más elevados que nunca... Si los españoles vieron descender su nivel de vida y su poder adquisitivo en un 6,6 %, no ocurrió lo mismo con la clase superior, con los notables de los sectores económicos de la Banca y el Monopolio que pudieron terminar el año con un suspiro de satisfacción, al obtener beneficios que llegaron a superar el 50 % de sus respectivos capitales».

Tras haber convencido al lector de que, frente a la actitud reaccionaria de los oligarcas, la integración europea supone un progreso histórico y res-

ponde a un anhelo de la mayoría de los españoles, Ruiz García se lanza a la segunda parte de su demostración. Por su naturaleza y el porcentaje de sus exportaciones, dice, España sigue siendo un país agrícola y semi-desarrollado; la renta media fué en 1960 de 14.322 pesetas por cabeza; la agricultura representa el 28% de nuestra renta nacional (en Francia un 13%) y el 70% de las exportaciones; los excedentes de la mano de obra campesina ascienden a casi dos millones de personas. En tales condiciones, habida cuenta de que el 59% de nuestras exportaciones van a los países del Mercado Común y de la Zona de Libre Cambio (frente a un 8,9% en Latinoamérica) España no tiene otra salida que la integración si no quiere ser barrida de estos mercados. El inmovilismo de los grupos de la oligarquía exportadora se adapta mal a las necesidades urgentes del desarrollo europeo. La integración traería consigo una modernización de nuestras estructuras y resolvería el problema del paro. Después de exponer las ventajas el autor advierte que «si a largo plazo el ingreso es absolutamente beneficioso, a corto plazo el país tendrá que pasar por trances de ajustamiento y reconversión». Para ello será preciso un plan de movilización nacional sincronizado a la coyuntura económica europea. Y Ruiz García concluye: «nuestro destino no puede ser otro que ese».

El breve resumen que acabamos de trazar contiene tres supuestos que son, sin duda, las tres columnas básicas de la argumentación europeísta del autor: 1) la integración de España significa un progreso histórico; 2) es absolutamente ventajosa para la nación; 3) España no tiene otra alternativa que aceptarla.

Dentro de los límites de brevedad que este trabajo nos impone trataremos de analizarlos con calma.

II

Por espacio de dos siglos, el problema de las relaciones de España y Europa ha suscitado apasionadas polémicas y ha dividido a nuestros compatriotas en dos bandos opuestos e irreductibles. Desde Meléndez y los afrancesados del siglo XVIII, hasta el hombre de la calle de 1961, enfrentado —con una ignorancia total de la cuestión— al dilema de aceptar o rechazar el Mercado Común Europeo, do corriente intelectual; propugnan y tratan de imponer a la vida nacional dos orientaciones, dos formas de existencia absolutamente inconciliables. Una, tradicionalista, ve la solución en el pasado, en la continuidad de nuestra misión histórica; hostil a las modernas tendencias políticas e ideológicas, atribuye todos los males de España a la **contaminación europea**; a la ironía de lo de «África empieza en los Pirineos» responde cerrándose a cal y canto; el alma ibérica, dice, no admite injertos extraños; para regenerarse, España debe zampuzar en su propia esencia. Otra, por el contrario, predica la apertura a Europa, el fin del proteccionismo inquisitorial, la supresión de los Pirineos; según ella, España debe buscar su salvación destruyendo las barreras que la separan de las otras naciones del continente, abriendo las ventanas, como decía Unamuno en su época liberal de juventud, «a vientos o ventarrones del ambiente europeo» (1). La vida española de estos doscientos años —las Cortes de Cádiz, las fluctuaciones políticas del siglo XIX, la gran conmoción del Noventa y Ocho, etc.— ha sido escenario de una lucha sin tregua entre las dos corrientes. En contra de lo que muchos supusieron en 1939, la historia no ha consagrado el triunfo de ninguna y, si queremos sacar algo en limpio del embrollo actual —la conversión a las tesis europeístas de muchos sectores considerados tradicionalmente reaccionarios— deben estudiar las transformaciones sufridas por Europa estos últimos años y plantear el problema de nuestras relaciones recíprocas sobre bases enteramente nuevas.

(1) «Sobre el marasmo actual de España», en «En torno al Casticismo», IV Edición, pág. 141.

Durante los siglos XVIII y XIX Europa simboliza el progreso respecto del inmovilismo de nuestros gobernantes. Tanto para Espronceda o Larra, como para Donoso y Vázquez de Mella, Europa era la Revolución de 1789 y la Declaración de los Derechos del Hombre, la industrialización y la reforma de nuestras instituciones y fueros. Ni el fervor europeísta de los primeros ni la posición aislacionista de los últimos se explican sino a partir de esta concepción, común a unos y otros. Cuando el joven Unamuno escribe: «Sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en el pueblo, regeneraremos esta etapa moral» (2) no alude, claro está, a la Europa de la Santa Alianza. La identificación de Europa al espíritu de la Revolución y el progreso explica la sorprendente nitidez de las profesiones de fe pro y antieuropeas. Ninguna duda, ninguna sombra de confusión como en los tiempos que corren. Las posiciones aparecen bien definidas, cortantes. Si Europa hubiese simbolizado, por ejemplo, el retorno al sueño de Carlomagno, no resulta aventurado pronosticar que Larra y Espronceda habrían sido aislacionistas y Donoso su partidario entusiasta. Las tesis opuestas seguirían siendo las mismas; simplemente sus defensores habrían mudado de bando. Teniendo esto presente se comprenderá que los espíritus liberales del XIX no podían ser otra cosa que pro-europeos. La posición proteccionista suponía entonces la barbarie cultural y el espíritu ultramontano, el intento de aislar a España de las corrientes de civilización y progreso modernos.

Ninguno mejor que Unamuno ha fustigado la vacuidad de esta tendencia en unos párrafos de la «La tradición eterna» que, por su concisión y exactitud merece la pena recordar: «Los más de los que se llaman a sí mismos tradicionalistas, o sin llamarse así, se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado. Son gentes que por huir del ruido presente que les aturde, incapaces de sumergirse en el silencio de qué es ese ruido, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos. Desprecian las Constituciones forjadas más o menos filosóficamente a la moderna francesa, y se agarran a las forjadas históricamente a la antigua española. Entre ellos, más que en otra parte, se hallan los dedicados a ciertos estudios llamados históricos, de erudición y compulsas, de dónde sacan legitimismo y derechos históricos y esfuerzos para escapar a la ley viva de la prescripción y del hecho consumado y sueños de restauraciones» (3).

Para el Unamuno de 1895 la solución era sencilla. Había que abrir ventanas y crear la patria, europeizarse y poner fin a nuestro aislamiento. Partiendo de la identificación que señalábamos antes, su patriotismo le impulsaba a buscar la salvación de España en su integración al mundo, al ambiente europeo.

III

Con la generación del Noventa y ocho aparece no obstante un anti-europeísmo de nuevo cuño. El individualismo de Ibsen, Nietzsche y Stirner comienza a influir en nuestros escritores. Como dirá Ganivet hablando del primero, «Ibsen vió con gran claridad el cansancio democrático que la sociedad padece» (4). El conservadurismo ñoño de Donoso y Vázquez de Mella no sirve ya y, ante el empuje creciente de la ideología marxista, la reacción muda de táctica. Los opositores de ahora, los Ibsen, los Nietzsche y sus epígonos españoles se bautizan a sí mismos «revolucionarios», como medio siglo más tarde lo harán los teóricos del fascio, la Falange y el nacional-sindicalismo alemán. Su reacción es una reacción consciente, cuya

(2) Idem. pág. 145.

(3) Idem. pág. 31.

(4) «Hombres del Norte», III Edición, pág. 98.

actitud respecto al tradicionalismo recuerda en muchas cosas a la de los conversos en proporción a los católicos. «Un converso —escribía irónicamente Emmanuel Berl— no es un católico, sino la suma de un católico y un no-católico. Católico en cuanto a la sustancia y no-católico en cuanto a la forma. Ello le autoriza a juzgar el universo no-cristiano, que aprehende desde fuera, y el universo cristiano que aprehende desde dentro» (5).

Al divulgar las teorías de Ibsen, Ganivet se ve obligado a precisar: «Nosotros los españoles no comprendemos este novísimo movimiento reaccionario porque en España quedan aún muchos reaccionarios a la antigua que no han querido pasar por el arquillo de las conquistas democráticas; así cuando alguien habla de reacción es inscripto *ipso-facto* en las filas del tradicionalismo, aunque predique la reacción en nombre del progreso» (6). En realidad, como la historia mostrará más tarde, el «revolucionario de nuevo cuño» se apropia tan sólo del lenguaje revolucionario auténtico y, al transplantar el programa a un terreno refractario, lo nula y lo esteriliza. Siguiendo una táctica hábilmente utilizada por la Iglesia romana desde hace siglos, para mejor combatir al enemigo, empieza por anexionárselo (7).

Ganivet ha pasado por el arquillo de las conquistas democráticas y se presenta, pues, como la suma de un conservador y un revolucionario. Al igual que el joven Unamuno habla de reformas sociales y llama «bandidos» a los explotadores (8) pero, simultáneamente, abomina de «la inmunda democracia» (9) y proclama que, en el terreno político, es «verdad inconcusa la de Ibsen en *El enemigo del pueblo*: que estando compuesta de imbéciles la mayoría, la minoría es la que debe gobernar» (10).

La obra entera del autor de *Pío Cid* reposa sobre esta antítesis: por un lado, el autor lúcido, de diagnóstico certero y brillante; por otro el hombre que, después de haber descubierto el mal, se aferra obstinadamente a él. Al cabo de sesenta y pico de años, su lectura nos apasiona y nos irrita, nos decepciona y nos sorprende. Nuestra admiración y nuestra cólera son igualmente ambiguas. En una época en que las potencias europeas discutían el reparto de China, Ganivet condena con severidad al colonialismo y nos pone en guardia respecto de las futuras empresas coloniales: «Se parte de Europa con ideas de redención y se llega a África con ideas de negociante; y al regreso no se aplaude al que ha trabajado más por mejorar la suerte de la raza negra, sino al que ha matado más, o al que ha amasado más crecida fortuna» (11). Pero, a continuación nos propone una unión familiar de los puestos hispánicos fundada en la elaboración común de un concepto de vida que nos permita luchar «contra las modernas ideas europeas».

En «*Idearium Español*», asimismo, analiza de modo penetrante las consecuencias desastrosas de Carlos I y Felipe II, quienes, al lanzarse a aventuras completamente ajenas a los intereses españoles, debían ser los cau-

(5) «Mort de la morale bourgeoise», pág. 98.

(6) «Hombres del Norte», pág. 171.

(7) La anexión del Primero de Mayo, convertido en día de San José Artesano es un botón de muestra.

(8) «Socialismo y Música», obras completas, volumen I.

(9) «Epistolario IX», O.C.

(10) «Epistolario XV», O.C.

(11) «*Idearium español*», O.C. — En una carta a Navarro Ledesma, fechada en Amberes, escribe a propósito del Congo: «Por ascender en cuatro años y no en veinte hay muchos subtenientes que van al Congo a «entregarla», y los que vuelven se dan tono de haber contribuido a una obra civilizadora. En el fondo no hay tal obra, ni tal civilizadora y sí una obra comercial en prensa, encubierta con rótulos filantrópicos. Cualquiera que piense, no ya con la cabeza, sino con los calzoncillos, comprende que no se trata de la felicidad de una raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo: se trata de un negocio en gran escala en el que el buen Leopoldo tiene metidos buenos millones».

santes de nuestra perdición, para añadir, acto seguido: «Habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres y añadir a la tristeza de un vencimiento, acaso pasajero, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores» (12). En ambos casos —podríamos citar otros muchos— la inconsecuencia es la misma. Tras señalarnos la piedra con que tropezamos una vez, Ganivet se arroja de cabeza contra ella.

Su desesperación, a diferencia de la de Figaro, es una desesperación voluntaria. Al anticiparse de manera genial a las ideas de la época, el patriotismo de Larra no podía encontrar ninguna salida práctica inmediata y su suicidio obedece en gran parte a tal imposibilidad. En la época en que Ganivet vivió la salida existía y la lectura de su obra nos demuestra su deliberado propósito de ignorarla. Esta actitud, como la de Drieu de la Rochelle en 1940, equivalía a un verdadero suicidio. Cuando uno y otro pusieron fin a su vida, intelectualmente se habían suicidado ya (13). Visto con la actual perspectiva, el drama íntimo de Ganivet anticipa e ilustra la tragedia del fascismo contemporáneo.

Su doctrina debía, sin embargo, crear escuela y el antieuropeísmo de signo absolutista de los «revolucionarios de nuevo cuño» domina la vida intelectual española de los primeros decenios del siglo XX y, en menor grado, se manifiesta aún en nuestros días. Rectificando la posición europeísta de su juventud Unamuno habla por aquel entonces de «africanizarse a la antigua» o «anticuarse a la africana» y nos propone la empresa de «españolizar a Europa» (14). En su «Defensa de la hispanidad» y «Hacia otra España», Ramiro de Maeztu sienta las bases del fascismo español (15). Sus tesis, desenvueltas por Jiménez Caballero en «El genio de España», reaparecen más tarde en los programas doctrinales de José Antonio, Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo. La evolución posterior de los acontecimientos —la derrota del fascismo mundial en 1945— ha privado a esta tendencia de su razón de ser y, hoy día, numerosos de sus sustentadores de primera hora, como Ridruejo y Lain Entralgo, se han pasado con armas y bagajes al bando de los partidarios de la europeización.

IV

Tras el triunfo de la Revolución rusa en 1917 y el hundimiento de los Imperios Centrales el panorama político europeo sufre honda transformación. Al desafío de Lenin, los «revolucionarios de nuevo cuño» responden con la implantación del Estado autoritario en Italia y Alemania. Frente a la decadencia de Occidente y al peligro amarillo que profetiza Spengler, la unión de los pueblos europeos se perfila en el horizonte como algo a la vez, saludable y necesario. La crisis del liberalismo se traduce en una radicalización política —fascismo por un lado, bolchevismo por otro— que, como acertadamente subraya Menéndez Pidal, haya campo abonado en el proverbial exclusivismo de nuestros intelectuales (16). En España, la generación de escritores conocida por los nombres de Novecentista o Modernista es una generación imbuída de cultura europea. Ortega, Marañón, Madariaga, intentan aplicar a nuestro país las viejas fórmulas liberales del siglo XIX en el instante mismo en que el liberalismo se resquebraja, y su

(12) «Idearium español».

(13) Léase el «Récits secrets» de Drieu de la Rochelle, París, 1961.

(14) «Sobre la europeización» (escrito en 1906).

(15) Sirva de ejemplo esta frase de Maeztu escogida entre otras muchas: «La misión histórica de los pueblos hispanos consiste en enseñar a todos los hombres de la tierra que si quieren pueden salvarse y que su elevación no depende sino de su fe y de su voluntad».

(16) Ramón Menéndez Pidal: «Los españoles en la historia».

fracaso es el fracaso del republicanismo derechista en 1936 bajo el doble fuego de las derechas y el Frente Popular.

Ortega y Gasset es, sin lugar a dudas, el representante más calificado de esta generación. Liberal en su actitud, aristócrata de temperamento, europeo por sus convicciones, su obra encarna ejemplarmente las contradicciones del liberalismo ante el fenómeno de radicalización política que acabamos de señalar. Ortega aborrece por igual el bolchevismo y el fascismo que considera «dos claros ejemplos de regresión sustancial» (17), pero, si su vida pública se ajusta con fidelidad a tal concepción, su doctrina ofrece demasiados puntos de contacto con la de los teóricos del Estado autoritario para que podamos juzgar el hecho como fortuito (18).

La ideología de Ortega aparece determinada, desde su raíz, por el marxismo y presenta todos los caracteres de una ideología de reacción (19). Sin detenernos a estudiar ahora la tesis del autor de «España invertebrada», mencionaremos tan sólo que, cuando Simone de Beauvoir indaga las constantes históricas del pensamiento de la derecha retrata, sin saberlo, a nuestro filósofo (20). Como los «revolucionarios de nuevo cuño» Ortega cree en un Estado nuevo fundado en la ilusión del Imperio y la disciplina de la responsabilidad. La decadencia que anuncia Spengler constituye, en efecto, una de sus preocupaciones fundamentales y, de cara al despertar colonial de los pueblos africanos y asiáticos, preconiza la creación de unos Estados Unidos de Europa. «La posibilidad de un estado general europeo —escribe en «Rebelión de las masas» (21)— se impone necesariamente. La ocasión que lleve súbitamente a término el proceso puede ser cualquiera: por ejemplo, la coleta de un chino que asome por los Urales o bien una sacudida del gran Magma islámico» (Hace años hojeando una polvorienta revista ilustrada de fin de siglo descubrí un antecedente curioso de la doctrina spengleriana en una novela que hoy llamaríamos de Science-fiction. El autor describía la invasión de Siberia por los amarillos, el paso

(17) «La rebelión de las masas», XXXI edición, pág. 144.

(18) «Una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset se ha impuesto a sí misma trágicamente la misión de vertebrar a España... llegará un día en que al paso triunfal de esta generación de la que fué lejano maestro, tenga que exclamar complacido: «Esto sí es.» José Antonio Primo de Rivera, 1935, O.C.

(19) «Yo veo en la construcción de Europa como gran Estado nacional la única empresa que pudiera contraponerse a la victoria del plan de cinco años (se refiere al plan quinquenal soviético)». «La rebelión de las masas», pág. 259.

(20) «Es en nombre de la Persona, es decir, de la Diferencia, que Rougemont predica con el celo sabido la defensa de Europa contra la barbarie... Según Jaspers, el héroe se define por su resistencia a la masa... Si no se dejase engañar un momento por el idealismo interesado de las Personas consagradas al Pensamiento, habría que asombrarse de su extraña concepción de la ética. Para todos los moralistas auténticos, los sabios antiguos y Spinoza, la moral es una determinada manera de ver el mundo. Al contrario, aquí se nos propone falsificar este mundo para mantener unos «valores» prescritos. La masa existe: nuestros ideólogos lo admiten; deberían proponerse, pues, definir una moral de la masa, en lugar de ello toman violentamente posición contra «el mundo moderno», contra el presente y el futuro, en nombre de un pasado imaginario... Con el pretexto de defender los Valores, la «Civilización» veda al conjunto de los hombres los derechos y ventajas que cubre con su nombre... (según Jaspers) la supervivencia de una «nobleza de la humanidad», las exigencias de lo trascendente necesitan el mantenimiento de una sociedad jerarquizada, implican desigualdades materiales; si la élite no tuviese una fuerza económica suficiente para controlar la colectividad ésta se masificaría. El alma noble no reclama, pues, directamente ventajas empíricas: le basta con que se perpetúe, para el bien espiritual de todos, la situación que le aventaja». Simone de Beauvoir, «La pensée de droite aujourd'hui». En el terreno político, social, filosófico y estético Simone de Beauvoir desmenuza las doctrinas orteguianas estudiando la obra de los pensadores que las inspiraron.

(21) «La rebelión de las masas», XXXI ed., pág. 13.

de los Urales, la destrucción de los ejércitos zaristas y la caída de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro. En el límite del Rhin, Europa se salvaba, *in extremis*, gracias a la invención de un arma terrorífica que aniquilaba a la totalidad de los chinos).

El irracionalismo nietzschiano, el pesimismo histórico de Scheler y Spengler, colorean la bella prosa de Ortega cuando escribe: «Si el europeo se habitúa a no mandar él, bastarán generación y media para que el viejo continente y tras él el mundo todo, caigan en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y en la barbarie omnímoda. Sólo la ilusión del imperio y la disciplina de responsabilidad pueden mantener en tensión las almas de Occidente. La ciencia, el arte, la técnica y todo lo demás viven de la atmósfera tónica que crea la conciencia de mando. Si ésta falta, el europeo se irá envileciendo... se hará una criatura chabacana, formalista, huera, como los griegos en la decadencia y como los de toda la historia bizantina». (22).

Como dice Simone de Beauvoir «para los pensadores de la derecha sólo el privilegiado posee una verdadera existencia. En el lenguaje burgués la palabra *hombre* significa *burgués*. Europa, Occidente, es la burguesía de Europa, de Occidente; o más exactamente, es la Idea que se foja el pensador burgués de Europa, de Occidente. En cuanto al no privilegiado, se le designa de ordinario con el término «las masas» y no se le concede más que una realidad negativa.»

Para quienes han conocido —a veces a costa de su sangre— el programa doctrinal de los «revolucionarios de nuevo cuño» la música no es nueva. Muchos años antes, profundizando en la política europea, Ganivet había puesto el dedo en la llaga. «La raza indoeuropea —escribía— ha ejercido siempre su hegemonía en el mundo por medio de la fuerza... los europeos dicen que dominan por sus ideas; pero esto es falso» (23). Más hábil que Ganivet, Ortega prefiere disimular la coacción, invocando un vago proyecto de «nueva vida» (24).

En honor a la verdad recalcaremos aún que, en 1936 —a diferencia de otros europeístas «liberales» como Eugenio d'Ors —Ortega no se desdijo ante el dilema histórico de España. Fiel a su conducta liberal de siempre, se refugió con altivez en un «orgulloso aislamiento» —espectador neutral de una lucha que no reconocía como suya—, abandonado, a un tiempo, por sus discípulos de Falange y por ex compañeros y amigos de la Institución al Servicio de la República.

V

La rivalidad sovieto-americana, la guerra fría, el despertar de los pueblos coloniales, configuran el panorama político europeo a partir de la Segunda Guerra Mundial. En 1929 Ortega aseguraba todavía: «en toda la amplitud de la tierra y en toda la del tiempo, la físico-química sólo ha logrado constituirse, establecerse plenamente en el breve cuadrilátero que inscriben Londres, Berlín, Viena y París... ¡Lucido va quien crea que si Europa desapareciera podrían los americanos continuar la ciencia!» (25). Al cabo de treinta años su afirmación nos parece ya un tanto arriesgada. Sus profecías: «no es verosímil el triunfo de la idea bolchevista en el Imperio del Centro (se refiere a China)» (26), «Rusia necesita siglos para

(22) «La rebelión de las masas», XXXI ed. pág. 209.

(23) Ganivet: «El porvenir de España», parte primera.

(24) «La rebelión de las masas», XXXI ed., págs. 258-259.

(25) «La rebelión de las masas».

(26) «El problema de China», O. C. tomo IV, pág. 504.

optar al mando» (27) o «es ilusorio pensar que (Estados Unidos) puede poseer las virtudes del mando» (28) muestran menos su proverbial miopía política que el hecho incontestable, de que la Europa que entonces contemplaba no es la misma que contemplamos nosotros (29).

América, Asia, Africa, han evolucionado rápidamente en las últimas décadas y el Viejo Continente no encarna ya, como antes, el espíritu de libertad y de progreso. En una época en que Europa semejaba dueña y señora del Mundo, Ganivet había intuído sagazmente las causas de su regresión. Bajo la máscara de su misión cultural adivina que su poder radica tan sólo en la fuerza y su hondo conocimiento de la Historia le advierte que todo poder fundado en la violencia es efímero. Invirtiendo el planteamiento clásico de los términos columbra que, no es España quien imitará a Europa sino que es Europa quien, fatalmente, imitará a España. El poder de aquélla se eclipsará, como un día se eclipsó el nuestro y, una tras otra, las potencias coloniales del Continente nos seguirán en nuestra decadencia: «España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios... Nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar a perderlas) nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cual dirección le está marcada por sus intereses actuales y sus tradiciones» (30).

Al escribir estos párrafos proféticos, llenos de fina agudeza y comprensión histórica, Ganivet predicaba en el desierto. Lo que entonces barruntó él, ahora basta abrir los ojos para comprobarlo. Las potencias coloniales del Continente se han españolizado en el sentido estricto de la palabra y, cuando el Jefe del Estado Español dice: «muestras diferencias con los países occidentales provienen del hecho de que estamos más avanzados que ellos» su afirmación no es en modo alguno una fanfarronada como alguien pudo creer; responde, al contrario a un análisis de la situación real y objetivo.

La imagen actual de las potencias occidentales concuerda cada vez menos con la que admiraron el pasado siglo nuestros liberales (31). Sus gobiernos no representan ya el progreso histórico, sino más bien y cada día de manera más acusada —campos de exterminio nazis, Hiroshima, persecución racial de norte a sur de Africa, asesinato de Lumumba— la nostalgia de su antiguo poder, el racismo ciego, la opresión colonial injustificable. La política exterior de algunos países llamados «civilizados», en los últimos años, parece una parodia de la nuestra en el siglo XIX. Creemos leer los discursos de Cánovas del Castillo y son los de M. Guy Mollet o M. Félix Gaillard. «Precursores de la decadencia», según la terminología de Ganivet, al ojear la retórica de nuestros conservadores en las páginas de la antigua *Ilustración Española y Americana* al producirse el

(27) «La rebelión de las masas», XXXI ed., pág. 202.

(28) «La rebelión de las masas», XXXI ed., pág. 203.

(29) Compare el lector curioso las profecías orteguianas con las de Lenin en 1913: «La Europa civilizada y avanzada, con su brillante desenvolvimiento técnico, con su rica y múltiple cultura y su Constitución ha llegado a un momento histórico en que la burguesía imperante sostiene por temor de un proletariado cuya fuerza y número crece de día en día, todo lo que es atrasado, agonizante, medioeval». A la inversa de Ortega, Lenin dice: «Asia avanza, Europa retrocede». Estas palabras yuxtapuestas parecían entonces una paradoja. Hoy encierran —como indicaba Lenin— «amarga verdad». Lenin, *Oeuvres Choisies*, Moscú 1954, tomo I - Segunda parte, pág. 311.

(30) Ganivet: «Idearium español».

(31) Mariano José de Larra: «La policía», O. C.

levantamiento de Cuba, descubrimos, con estupor, que parece inspirar directamente a los modernos líderes radicales y socialistas (32).

El oportunismo ha sido siempre uno de los caracteres distintivos de la derecha. La izquierda, escribe el filósofo polaco Leszek Kolakowski, aspira a fundar sus perspectivas sobre el desenvolvimiento de la historia, mientras que la derecha es la expresión de la capitulación ante la situación del momento histórico. «Por esta causa, la izquierda puede tener una ideología política, en tanto que la derecha no posee más que una táctica» (32 bis).

Tras el derrumbe del nazismo en 1945, la Unión Europea aparece, de pronto, como una garantía de estabilidad, como un medio de asegurar el orden existente. La derecha se dice enamorada de Europa y, en realidad, su amor es el mismo que, diez años antes, la había arrojado en brazos de Hitler y Mussolini: un amor a cuanto constituya un dique, una barrera, contra todo lo que amenaza sus privilegios injustos. Idéntico proceso, en suma, al que, por las mismas fechas, canalizó los votos de los burgueses anticlericales hacia el molino de la democracia cristiana. El europeísmo de los «revolucionarios de nuevo cuño» —como su conversión religiosa— son actos oportunistas e interesados. Catolicismo y Unión Europea son las banderas que enarbolan hoy sin vergüenza alguna los viejos aislacionistas anticlericales.

¿Cómo extrañarse, entonces, de la súbita conversión al europeísmo de los sectores que antes se esforzaban en aislarnos? Su mismo apego a esa «España taurina, zaragatera y triste» que execraba Antonio Machado les determina ahora —para perpetuar su inmovilismo— a aliarse con los imitadores de nuestra decadencia. Es Europa quien ha cambiado, no ellos. Y tan consecuentes son en sus propósitos, como debemos serlo nosotros con los nuestros. Pues esta Pequeña Europa —de la que excluyen, obvio es decirlo, la U.R.S.S. y los países de «democracia popular»— a la que pretenden uncir nuestro destino, ¿qué progreso histórico significa?, ¿qué solución representa?

Durante más de siglo y medio la intelectualidad avanzada española ha tratado de suprimir los Pirineos y barreras que nos cortaban de Europa, y el conservadurismo de nuestras clases rectoras dió al traste con sus esfuerzos. Actualmente, cuando los viejos enterradores nos proponen la unión, no debemos caer en la trampa de una concesión fingida, ni dejarnos embarcar por su retórica huera. Respondamos, simplemente: «Demasiado tarde».

Como Enrique Ruiz García sabe muy bien, en la Europa «avanzada» de hoy, sólo el proletariado es una clase avanzada. La otra Europa que nos imita no puede aportarnos nada nuevo. Las mismas razones que nos hubieran hecho amarla un siglo atrás, nos obligan a desolidarizarnos de ella. Hoy, nuestras miradas deben volverse hacia Cuba y los pueblos de América, Asia y África que combaten por su independencia y su libertad. Europa simboliza ya, históricamente, el pasado, el inmovilismo. Hora es, quizás, de africanizarse, como diría Unamuno y convertir en bandera reivindicativa la ironía trasnochada de lo de «África empieza en los Pirineos».

(32) La de los periodistas españoles de 1895, también ha creado escuela. Sirvan de ejemplo estos títulos: «Levantamiento filibustero», «Pequeña, descabellada e impopular conspiración descubierta en la leal isla de Puerto Rico», «Refuerzos a defender la civilización contra la dinamita», «Manifestación de supuestas madres de soldados en Zaragoza», «Insurrección en Filipinas de algunos malos hijos de aquellas islas», «Elementos extraños influyen sobre una parte de la juventud escolar de Barcelona», «Saludable severidad del General Polavieja», etc., etc. ¿No le recuerda algo al lector?

(32 bis) Leszek Kolakowski: «Quest-ce que la gauche», Paris 1957.

VI

Don Antonio Machado es, sin discusión alguna, el único autor del Noventa y Ocho que estuvo —en tanto que hombre y en tanto que escritor— a la altura de las exigencias de su tiempo. Su concepción de la cultura como «creadora de libertad», su hermosa obra poética, su vida y muerte igualmente ejemplares, sirven de guía y modelo a las nuevas generaciones intelectuales españolas. En una conferencia pronunciada en Segovia en abril de 1922 había expuesto estos conceptos precursores de la evolución que señalamos: «Los pueblos que alcanzaron un alto grado de prosperidad material —Francia, Alemania, Inglaterra, Italia— y también un alto grado de cultura (lo uno no va sin lo otro) tienen un momento de gran peligro en su historia, peligro que sólo la cultura misma puede remediar. Estos pueblos llegan a padecer una grave amnesia, olvidan el dolor humano, su civilización se superficializa»... Y, cuando desde la Barcelona bombardeada de 1938, juzga la política de las naciones que se venden por civilizadas, su conclusión es más precisa aún: «El Oriente se occidentaliza, al par que el Occidente parece cada vez más desorientado. Cada día, en verdad, sabemos menos por dónde va a salir el sol. La técnica de Occidente y con ella, su cultura harto dinámica, yo diría —mejor— cinética, está obrando horrores fuera y dentro de su casa. Porque, no sólo «se asesinan los hombres en el Extremo Este» como cantaba el gran Rubén Darío (mucho más grande que todo cuanto se ha dicho de él), sino que, también, en el «Extremo Oeste» se está ensayando con el más vil asesinato de un pueblo que registran los siglos, la reducción al absurdo y al suicidio, más o menos totalitario, de la cultura occidental. Y cuando ésta fallezca, como dicen que muere el alacrán cercado por el fuego ¿qué va a pasar? De bueno y de mal grado, habrá que orientarse un poco. Esperemos que, antes, lleguen los pueblos a un mediano acuerdo sobre la rosa de los vientos, y posición aproximada de los cuatro puntos cardinales». (*La Vanguardia*, 7 de julio de 1938.)

Los españoles no olvidaremos nunca la honda lección de Machado.

VII

Volvamos otra vez a las tesis europeas de Ruiz García. Habiendo respondido al primer punto de su argumentación, nos detendremos ahora en los restantes.

De la misma manera que el pueblo español no es partidario de la integración por la razón sencilla de que carece de toda clase de órganos adecuados para informarse y expresar válidamente su voluntad, la resistencia de algunos oligarcas que con tanta oportunidad enarbola **tampoco** encubre una verdadera oposición, sino más bien la lógica prudencia del comerciante habituado a calcular los pros y contras antes de lanzarse a una empresa de gran envergadura. Ruiz García cita más tarde un informe del Banco Central —una de las cabezas visibles de la oligarquía española— según el cual, el ingreso de España en el Mercado Común sería «altamente beneficioso». Altamente beneficioso, sin duda. Pero, ¿para quién?

El lector nos perdonará si nos vemos en la precisión de recurrir al lenguaje desnudo de las cifras. Frente a una Europa supercapitalizada, obligada —a causa de la pérdida de sus colonias y de la creciente competencia extraeuropea— a buscar nuevos mercados a los productos de su industria, ¿en qué situación se halla España?

Dejemos la palabra al jefe del Servicio de Estudios del Consejo Económico sindical: «La realidad es que sólo en Madrid, en Barcelona y en Vascongadas se ha alcanzado un nivel de ingresos medios de 400-500 dólares por habitante-año; es decir, la mitad que en el núcleo europeo for-

mado por Francia, Alemania e Inglaterra; Valencia con su rica agricultura y activo comercio está en los 300 dólares. En el resto de España una veintena de provincias descienden a los 200-250 dólares, es decir, la cuarta parte del nivel europeo. Otras veinte están en los 150-200 dólares. Y cinco alcanzan apenas la cifra de 150 dólares» (33). Si se estiman países subdesarrollados aquellos cuya renta media por habitante no sobrepasa la cifra de 200-250 dólares, hay que deducir que 45 de las 50 provincias españolas lo son.

Pero esto no es todo. De los 11,7 millones de habitantes que forman la población activa española, 4,7 millones, un 42,8 %, viven de la agricultura. De ellos, 51.283 propietarios poseen el 53 % de la superficie total (34). En lenguaje fiscal, mientras el 2,7 % de los propietarios representa el 48,6 % de la renta imponible, el 65 % no representa más que el 14 % de la misma. 3,9 millones no poseen ninguna tierra y 1,9 millones trabajan sólo de modo ocasional. Según datos de la FAO, el paro encubierto afecta en España a un 45 % de la población activa, frente a un 35 % en Grecia y a un 30 % en Turquía (35).

«En Badajoz —escribe el ensayista Fernández de Castro— 1.600 propietarios se reparten el 45 % de la provincia. En Sevilla, 980 poseen el 43 %. En Córdoba, un solo propietario tiene una propiedad de 79.000 hectáreas. Son datos que impresionan más todavía si se les une a las cifras que el Banco de Bilbao nos ofrece en su informe sobre la renta per capita de los obreros agrícolas: 100.000 obreros agrícolas de La Coruña y Alicante superaron escasamente las 7.000 pesetas de renta per capita. 80.000 de Jaén no llegaron a las 6.500, y 100.000 de Murcia se tuvieron que conformar con unos ingresos anuales de 5.500 pesetas. La extrema miseria convive en nuestro campo con una riqueza desproporcionada. Y el campo, realidad vivida, es mucho más que media España.»

Si de la agricultura pasamos a la industria el panorama es idéntico. En tanto que 307.000 empresas emplean menos de cincuenta trabajadores por término medio, 623 empresas, que constituyen el 0,20 % del total, dan trabajo a 783.000, es decir, el 21 % de toda la mano de obra. La productividad industrial en el ramo textil, en el químico, en las minas de carbón, no llega nunca al 40 % de la productividad media de los países del Mercado Común (36).

La situación del comercio exterior no es más brillante. Estudiando las cifras de la exportación total en dólares que corresponde a cada español por año, el Director General de Expansión Comercial del Ministerio del Comercio la describe en estos términos: «En tanto que Dinamarca, Bélgica y Suiza están en los alrededores de 300 dólares por habitante y año, ocho países entre 200 y 300 dólares y cinco más entre 50 y 100, España sólo da una cifra inferior a 20 dólares por habitante y año. Entre 19 países de la OEECE España ocupa el lugar décimo octavo» (37). El atraso de nuestros transportes ferroviarios y por carretera con proporción a los de Europa es del orden de unos 30 años.

A la escasez de productividad industrial y agrícola, a la renta nacional de país subdesarrollado, a los salarios de dos a cuatro veces inferiores a los salarios medios de Europa, Ruiz García contraponen, a justo título, el aumento de los beneficios del capital desembolsado que, de un 9,7 % en 1915, un 16,3 % en 1922 y un 12,4 % durante la República ascendieron a un 47,7 % en 1955 y a más de un 50 % el pasado año. Tales beneficios, en

(33) Antonio Robert: «Hacia una nueva etapa de expansión». Madrid 1960, pág. 17.

(34) Gabriel Bedel: «La distribución de la propiedad agrícola en España», Madrid 1960.

(35) «La agricultura en Europa Meridional», Ediciones de la F.A.O.

(36) Siempre según las fuentes oficiales españolas.

(37) Manuel Quintero: «Comercio, industria y navegación de España», abril-mayo 1960.

cifras absolutas, son cinco veces superiores a los que consigue, por ejemplo, la Banca francesa (38).

Resumiendo: mientras ni por el nivel de vida, ni los salarios, ni la productividad industrial o agrícola, ni las exportaciones, podemos competir con Europa, los grupos bancarios y oligárquicos son los únicos capacitados para hacerlo desde una posición de fuerza.

VIII

Llegados a este punto advertimos que, cuando Ruiz García nos propone la integración europea como medio de superar unas situaciones «irremediamente viejas», escamotea, sin darse cuenta, el fondo de la cuestión. Cualquier lector, después de dar una breve ojeada a las cifras que hemos expuesto, tiene derecho a preguntarse: tales situaciones «irremediamente viejas» ¿por qué no se resuelven antes?

Ruiz García parece haber previsto la objeción cuando escribe; «no se puede... acometer la obra de integración en Europa partiendo de unas estructuras estáticas, fosilizadas e incapaces de variar» y, a continuación, cita las palabras del Generalísimo durante el recorrido andaluz de mayo último: «En este viaje, como en otros, me he apercebido de la persistencia de muchas injusticias sociales, de grandes diferencias irritantes y por ello invoco al señorío de Andalucía, a la generosidad de los hombres de esta tierra a los que les hemos salvado en sus posesiones y en sus bienes para que con espíritu cristiano colaboren en la justicia social». Pero la duda le asalta, como a nosotros, y añade: «¿está capacitado este señorío para comprender, desde su atalaya, las modalidades y necesidades imperiosas a que obliga el cambio?»

Ruiz García sabe perfectamente que ninguna clase o cuerpo social renuncia de manera espontánea a sus privilegios y que, confiar en ello equivale a pedir pajaricas al aire. Sin embargo, después de haber formulado la pregunta, el articulista nos propone como remedio y panacea de todos los males el elixir mágico de la integración. Y —lo que es más grave aún— asegura que no tenemos otra alternativa frente a ella.

La alternativa existe no obstante y no es otra que la transformación político-social de España. Si nuestro país reúne todas las características de un país subdesarrollado el hecho se debe única y exclusivamente a la supervivencia de esas estructuras «irremediamente viejas» que impiden el desenvolvimiento de la vida económica nacional. El sistema de latifundio es directamente responsable de la extremada pobreza del campesino español y el bajo nivel de vida de éste lo es, a su vez, de que, por falta de mercado interior, nuestra industria desmedre raquíta y anémica. La reforma agraria y un aumento general de salarios resolverían en breve plazo esta situación y nos permitirían salir del círculo vicioso en que hoy nos asfixiamos.

Tengo ante mí las estadísticas de la recesión económica motivada por el Plan de Estabilización de 1959. En regiones enteras de España, pequeñas fábricas y talleres han cerrado masivamente sus puertas; en condiciones a menudo dramáticas, millares de españoles se han visto en la precisión de emigrar. La integración —sin una reforma radical de nuestras estructuras— no haría sino acelerar y amplificar dicho proceso. Mientras el gran capital —habiendo podido pactar con los monopolios del Mercado Común desde una posición de fuerza—, salvaguardaría sus intereses, las pequeñas industrias y talleres artesanales serían barridos de modo inevitable y la emigración obrera tomaría proporciones catastróficas. En una monografía

(38) Véase el artículo de J. Gómez «Algunas verdades elementales sobre la integración», Madrid, julio de 1961.

publicada bajo la dirección del ex ministro de Hacienda señor Larraz, el ingeniero textil Juan B. Puig resume las consecuencias de la integración en esta industria: «Sector algodonero — Cierre de innumerables fábricas pequeñas. La eliminación de industrias equivaldría a la merma de un 60 % de la actual producción. De todos modos quedarían sin trabajo 80.000 personas. En el sector lanero quedarían en paro 10.000. El sector rayon sufriría un retroceso del 25 al 30 % como mínimo» (39). En las otras ramas de la industria el resultado sería igualmente ruinoso.

Por lo que a la agricultura se refiere, nos remitimos a las conclusiones de la Cámara de Comercio de Madrid, publicadas en el número de octubre de la revista «Índice»: «Sorprende, en general, que se emita tenazmente el juicio de que la agricultura española resistiría a la integración en el Mercado Común Europeo y la industria no... En conjunto, y supuesta una integración económica total, resistiría mejor la industria que la agricultura, según nuestro parecer».

Ante semejantes perspectivas no parece aventurado pronosticar que la integración nos llevaría en derechura a un desastre. Ruiz García lo presiente y aduce el ejemplo de Grecia. Según él «la presunción de que las relaciones entre los países tienen que estar aseguradas o reguladas por la ruina de uno de ellos arranca de las ideas del siglo XIX y no de las necesidades y urgencias del día de hoy». La emigración colectiva de nuestros técnicos y obreros especializados a Alemania y otros países de Europa occidental, nos prueba, por desgracia, lo contrario. En tanto que España se desangra de día en día en provecho de sus rivales más fuertes, la oligarquía española, por boca del último Congreso Nacional de Emigración, proclama solemnemente que el derecho de emigrar «es un derecho natural derivado de la libre disposición de la persona humana» y propone nada menos que un reconocimiento «como derecho fundamental» por el Fuero de los Españoles.

Todo está claro, terriblemente claro. Si por un lado, como destaca Ruiz García, la expansión industrial de las Naciones del Mercado Común les obliga a volver los ojos hacia los países que, como España, componen el cinturón pobre de Europa Meridional, por otro, el interés de nuestra oligarquía le orienta a buscar en la integración un medio de resolver el problema agrícola, favoreciendo la emigración de los excedentes de mano de obra a las fábricas y minas europeas. En otras palabras, **integración en lugar de Reforma Agraria.**

En el campo económico, como en el cultural y en el político, la apertura europea es una **solución reaccionaria.**

IX

Podemos imaginar fácilmente lo que sería España mañana supeditada a la influencia material y moral europea, contemplando el doble movimiento turístico-emigratorio que de unos años a esta parte atraviesa los Pirineos. Mientras la prensa habla del derecho de emigrar y ensalza las virtudes turísticas de nuestra tierra, millares y millares de españoles se ven obligados a buscar en el extranjero el pan que no se les ha sabido dar en casa. España se ha convertido en el primer país exportador de peones obreros y chicas de servicio. A la ventura de mis viajes he topado con españoles por toda la geografía de Europa. En la temporada de la vendimia, la estación fronteriza de Cerbère es un gigantesco campo de refugiados en el que centenares de familias aguardan mansamente Dios sabe qué, abrumadas por el miedo y la fatiga. Los domingos por la tarde la

(39) Reproducido por J. Gómez en el artículo antes citado.

Avenue Wagram, el metro Pompe, parecen islotes españoles dentro del suelo parisiense. Corros chillones de mujeres colorean de trecho en trecho la calma gris de las calles de Frankfort. El número de trabajadores españoles en Alemania rebasa la cifra de treinta mil y, ante el creciente flujo de emigrantes, algunos Estados se han visto forzados a adoptar medidas discriminatorias contra ellos. En Suiza, los españoles debemos enseñar las manos para acreditar nuestra condición de turistas. La hermosa lengua de Cervantes resuena hoy en el fondo de las minas, canta en los andamios de las construcciones, rompe el sacrosanto silencio de las mansiones burguesas. Donde quiera que haya trabajo duro o labor ingrata allí oíréis hablar español. Paseando por las calles de unas ciudades ricas y tristes, extremeños, murcianos, andaluces, sueñan en su patria chica atormentados por una incurable nostalgia. Ningún pueblo en el mundo se adapta menos al exilio que nuestro pueblo. No obstante, el número de emigrantes aumenta de día en día. España lleva el camino de ser criada y peón de Europa y, entre tanto, millones de europeos caen como nubes de langosta sobre nuestro país y se maravillan y extasian ante la hermosura de su alma.

El pasado año, tuve la desdicha de asistir a una corrida de toros en el pueblo catalán de San Feliu de Guíxols. Había empezado ya la temporada turística y el noventa por ciento de los espectadores eran extranjeros. Antes de sonar los clarines un hombre dió la vuelta a la plaza portando un letrero escrito en francés, inglés y alemán, en el que se advertía al respetable que no arrojase almohadillas a la arena. Los turistas bebían coca-cola, compraban banderillas y «corridos» con toreritos de plomo, fotografiaban a troche y moche y aplaudían rabiosamente las astracanadas de los diestros. Todos se habían congregado allí a contemplar el alma de España y los españoles vivíamos una horrible agonía.

El europeo admira el atraso de España como un **motivo estético** y, a la manera de nuestros conservadores del siglo XIX, nos pide que permanezcamos **tal cual somos**. Acá también el interés de nuestras clases altas coincide con el apetito casticista de Europa. El egoísmo de aquéllas encuentra un aliado imprevisto en el placer de nuestros visitantes. España —sirvienta de Europa, de Pirineos arriba, se trueca en España — refugio y remanso espiritual Pirineos abajo. El español no puede examinar su examen de conciencia a solas. Unos y otros le empujan a repastarse en sus vicios pasados y a buscar su originalidad en las pasiones que le han perdido. Las invectivas de Unamuno contra el patrioterismo se ajustan a ellos como el anillo al dedo. «Apena leer libros de historia —escribía— en los que se llama glorias a nuestras mayores vergüenzas... El estudio de la propia historia, que debería ser un implacable examen de conciencia, se toma, por desgracia, como fuente de apología... como medio de defensa contra la penitencia regeneradora» (40).

Los europeos nos han impuesto un personaje y exigen que lo representemos con fidelidad. Los españoles somos valientes, orgullosos, hidalgos y muchas otras cosas, pero no debemos salir nunca de los límites de una pobreza ascética. El europeo busca en España el alma que ha perdido. Nuestra misión, dicen, es una misión espiritual... Cada vez que escucho este lenguaje, yo, ciudadano pacífico, incapaz de hacer daño a una mosca, tengo ganas de encañonar a mi interlocutor con un revólver y vaciar el cargador sobre él. El lector debe comprender piadosamente que escribir en España es llorar y que no hay castigo peor al de encarar nuestra realidad sin excusas ni componendas. El intelectual español es víctima de una neurastenia profunda. La desesperación de Larra le persigue como un espectro y ¿cómo escapar a ella si todos los días son grises? Perdónensenos, pues, nuestros instintos homicidas. Pero es difícil vivir y conservar siempre la calma.

(40) Unamuno: «La tradición eterna», «En torno al casticismo». IV edición de Espasa Calpe, pág. 35.

Objetivo actual de los intelectuales españoles debería ser la elaboración rigurosa de una cultura nacional y popular de signo radicalmente opuesto a la cultura oficial europea. No se trata en modo alguno de romper las amarras que nos unen a la Pequeña Europa, sino de plantear el problema de nuestras relaciones políticas, culturales y económicas con toda Europa desde un plano de absoluta igualdad. Por su estructura económico-social, España se asemeja más a los países subdesarrollados que a los Estados miembros del Mercado Común. En un momento en que las naciones atlánticas ejercen violencia sobre los demás pueblos no ya en nombre del progreso, como antes, sino de la reacción, nuestra suerte anda estrechamente ligada a la lucha liberadora de Asia, Africa y América. Los españoles tenemos que rechazar con firmeza la trampa de la integración. La España nueva podrá aceptarla un día si el país lo decide así, libremente. Ahora, equivaldría a construir la casa por el tejado.

Objetará alguno que no se puede comparar un país de vieja cultura como España a naciones horras de pasado, recién salidas apenas de la ignorancia y la esclavitud. A ello responderé que, si una cultura, en lugar de servir de ayuda, constituye un obstáculo, sería, en el supuesto de que ello fuese posible, una cultura muerta. La verdadera cultura es necesariamente dinámica y, en ningún caso, puede convertirse en un lastre pesado e inútil. Siguiendo el método crítico de Larra, el intelectual espigará en la rica tradición del pasado aquellas ricas obras que sirven de guía y estímulo en la preparación de nuestro futuro (41).

No se me oculta que tal empresa requerirá de nuestra parte esfuerzos sobrehumanos. Sin embargo, lo ingente de la tarea no debe servir de excusa a la pereza ni al desaliento. En presencia de la ruina espiritual de España es preciso ponerse, como decía Ganivet, «una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos si no queremos arrojarnos todos a los puercos» (42).

(41) «Existe un equívoco frecuente, muy nefasto, cuando se habla de «defensa de la civilización». Cuidemos de no encubrir, bajo tal fórmula, algo inmóvil y no algo en movimiento. Como si la civilización consistiese tan sólo en lo que se ha hecho. Como si fuese la meta alcanzada y no, por encima de todo, la meta a alcanzar... del mismo modo que, cuando se habla de defender «el arte», se quiere, en realidad, salvaguardar el academicismo y, de igual manera que los defensores del academicismo artístico son los enemigos del arte, los defensores del academicismo en lo que a la civilización respecta, son los enemigos de ésta». Elio Vittorini, «Diario im publico», París 1961, págs. 89-90.

(42) Ganivet: «Idearium español».

España, Europa y el « Tercer Mundo »

Por FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS

HAY una serie de preguntas, respecto a la relación España-Europa, que ningún español que se preocupe por su sociedad puede dejar de hacerse. No todos los españoles, claro está, se hacen todas esas preguntas; la derecha económico-política se guardará muy mucho de plantearse ciertas cuestiones y ciertas alternativas. Globalmente, la «solución europea» no puede ser para ella, como máximo, más que una ayuda —no importa a qué precio humano— al desarrollo del capitalismo español sobre la base de un *statu quo* social inmutable. Muchas de esas preguntas se las hace la izquierda, y sólo ella puede hacérselas; precisamente porque su perspectiva propia exige la modificación fundamental de ese *statu quo* feudal-capitalista y porque la «solución europea» no representa una simple maniobra de tipo técnico —o tecnocrático— sino un «engagement» político que puede contribuir a reforzar aquel *statu quo*. Entre la «solución europea» de un banquero madrileño, de un gran terrateniente andaluz, de un industrial catalán o vasco y de un burócrata del régimen y la de un intelectual socialista, de un sindicalista más o menos clandestino y de un obrero con conciencia de clase, hay una divergencia cualitativa fundamental que impide que se pueda hablar de una única «solución europea» para España: hay varias, divergentes y aun tajantemente contradictorias.

Esto desde el punto de vista de la realidad interior de España. Desde el punto de vista de la realidad europea, la contradicción y la ambigüedad aumentan de grado al existir en realidad varias Europas divergentes: la Europa política de Occidente (que para muchos españoles de izquierdas es hoy el reino político de los monopolios neocapitalistas en el interior y neocolonialistas en el exterior); la Europa económica, social y cultural (que no se asimila ni mucho menos a la anterior: a menudo la contradice) e, incluso, una futura Europa más democrática y hasta socialista que en una perspectiva dinámica es imposible descartar. Existe además, naturalmente, la Europa que, pese a las pretensiones interesadas de la derecha anticomunista, también es Europa: la oriental, cuyo socialismo podrá o no gustar, pero que en todo caso es un dato europeo de primera importancia del que no concibo cómo podría desinteresarse una izquierda europea y española auténtica. Y aún cabe distinguir una Europa más, la formada por los países que, a pesar de las grandes diferencias que presentan entre sí, podemos caracterizar por su relativa marginación respecto a uno u otro de los dos bloques europeos: Yugoslavia, Austria, Suiza, Finlandia y Suecia.

Ante esta diversidad de eventuales «soluciones europeas» para España y ante esta variedad de Europas reales o posibles, el joven español de izquierda (hablo aquí sobre todo de los jóvenes porque me son personalmente los más próximos y porque su mayor «virginidad» política e intelectual les libra más fácilmente de los reflejos perturbadores propios de la guerra fría) se siente incómodo y perplejo. Perplejidad e incomodidad que suben de punto cuando el Régimen franquista mismo se declara, verbalmente, «europeísta» y pide el ingreso en el Mercado Común. Si el franquismo puede afirmar su vocación europea impunemente, sin que de Europa

venga una repulsa airada y categórica, piensa el español de izquierda, ¿no será la «solución europea», en general, una solución reaccionaria que hay que descartar sin vacilaciones? Por otra parte, el joven socialista español, abierto a Europa a pesar del Régimen desde hace ya bastantes años, ha seguido atentamente, a veces con pasión, la evolución de la política europea occidental en la postguerra: aumento del nivel de vida de las masas populares, sí, pero unido a un creciente autoritarismo tecnocrático, a una descolonización a veces guerrera (con algún «percance» que costó un millón de muertos... coloniales), a una política exterior de bloque y de guerra fría, a una tolerancia creciente para con el Régimen de Franco y otras dictaduras semejantes... ¿Hay que unirse y solidarizarse con esa Europa? Planteada así la pregunta, la reacción perfectamente sana y natural del español de izquierda es: ¡No! De ahí un cierto «antieuropeísmo» creciente entre la juventud española de izquierda.

Pero, si el español es reflexivo, si no se deja arrastrar fácilmente por los slogans y por las sonoras simplificaciones, si tiene sobre todo una educación intelectual de tipo marxista, comprenderá inmediatamente que lo que no se puede hacer es precisamente plantear la pregunta en tal forma. Porque la Europa que se nos propone, la Europa que está ahí como realidad o como posibilidad concreta, no es una, sino múltiple y ambigua, y porque, sobre todo, una cosa es la opinión que a un español (o, para el caso, un europeo) de izquierda le merece la Europa política occidental de hoy y otra muy distinta la cuestión de los efectos estructurales que una apertura a Europa pueda o no tener sobre la sociedad española en general y sobre el régimen y las fuerzas sociales en que se apoya en particular. ¿Es la apertura a Europa —la del Mercado Común— un acicate o un obstáculo para lo que podemos llamar la «dinámica de liberación» de las fuerzas de producción españolas? Y, en todo caso, ¿existe una segunda, una tercera o hasta una cuarta solución real y concreta (no imaginativa) que sea más eficaz que la europea desde ese punto de vista: por ejemplo, la solución autárquica, la de tipo más o menos soviético, con apoyo del bloque correspondiente, o la de apertura al «Tercer Mundo»? En este plano es donde se sitúa el verdadero problema y donde surge la contradicción real. Porque en él nos colocamos no al simple nivel *superestructural* de lo político o lo ideológico, sino al del desarrollo de las estructuras socioeconómicas (o, en términos de análisis marxista, de las fuerzas y relaciones de producción de un país); es decir, en el nivel que para un pensamiento y una acción socialistas es el decisivo y determinante.

UN TRATAMIENTO PURAMENTE LITERARIO

Este nivel, decimos, debe ser el decisivo. Pero ¿lo es verdaderamente en las tomas de posición y en las polémicas españolas en torno al tema España-Europa? Tenemos que confesar que no, al menos en gran parte de los casos.

El tema, que ya venía cociéndose desde hace años en algunos círculos minoritarios, ha «estallado» de repente, como una bomba político-intelectual de gran radio de acción, en el ámbito nacional. Lo que antes constituía una preocupación más bien puramente intelectual se ha convertido hoy, en virtud de una serie de urgencias nacionales imposibles de escamotear, en un problema social. Se multiplican los estudios, las conferencias, los seminarios, las tomas de posición, las polémicas... Las revistas dedican a la cuestión números enteros: citaremos como muestra el muy interesante publicado por la revista madrileña *Índice* del que tendremos ocasión de hablar más adelante.

El debate es general, pero también, reconozcámoslo, aparece marcado por graves confusiones y aun por diparates intelectuales. La confusión se manifiesta en la derecha: la del Régimen o la que comienza a apartarse de él (aquí la confusión es a menudo deliberada, como era lógico esperar).

Pero asimismo —y quizá sobre todo— en la izquierda. Y es principalmente de ésta de la que quiero hablar.

La oposición izquierdista española, lo mismo en su tendencia reformista que en la revolucionaria, carece en general de una visión clara del problema y no se decide aún a agarrar al toro por los cuernos y a desembarazarse de mitos que impiden el enfrentamiento a cuerpo limpio con la realidad. Muy a menudo, la pasión o el sentimentalismo (europeísta o antieuropeísta) hacen las veces de ideas, y el slogan más o menos sinceramente sentido sustituye al análisis de la realidad. Así, un europeísmo vacío se enfrenta con un antieuropeísmo no menos vacío.

Tomemos un ejemplo de la posición antieuropeísta (ya ofreceremos otras muestras de la posición contraria), ejemplo que ha tenido fuerte resonancia por el nombre de su autor, Juan Goytisolo, uno de nuestros novelistas jóvenes más conocidos. Su artículo «España y Europa», publicado en la revista parisiense *Les Temps Modernes* (1), se ha comentado lo suficiente para que se le pueda conceder por lo menos el mérito de haber contribuido a redoblar el interés ya vivo por estas cuestiones entre los intelectuales españoles.

Pues bien, el trabajo de Juan Goytisolo resulta característico como muestrario de los slogans, las confusiones y las futilidades idealistas con que cierta parte de la izquierda española de tendencia revolucionaria —o seudorrevolucionaria— se enfrenta con el problema candente de la relación España-Europa. Desde el punto de vista en que yo mismo me sitúo, que en lo esencial es el de Marx, me parece evidente que buena parte de sus análisis y de sus conclusiones (explícitas o implícitas) son fundamentalmente erróneos y, por decir todo, ilusorios y aun dispartados.

Esto, desde un punto de vista ideológico general. Porque, además, en el plano privativamente español, las especulaciones de J. G. se basan frecuentemente en una concepción errónea de la especificidad histórico-cultural de España y en un supuesto «nacionalismo revolucionario» español en el que, por momentos, resuenan extraños ecos pequeñoburgueses y, me atrevería a decir, francamente «poujadistas».

En definitiva, bien puede decirse que el tratamiento que J. G. da al tema es puramente literario. Con lo que quizás nuestro autor demuestre, una vez más, sus talentos de escritor y sus buenos sentimientos de español sublevado contra la explotación de su pueblo, pero en modo alguno su capacidad y su responsabilidad como intelectual, como hombre de ideas.

FORMALISMO «EUROPEÍSTA» Y FORMALISMO «ANTIEUROPEÍSTA»

Es bien difícil que ningún español auténticamente socialista (2) se sienta hoy europeísta si por europeísmo hay que entender adhesión a la política presente de la Europa Occidental, en particular de la «pequeña Europa» del Mercado Común. Las democracias burguesas de Occidente han traicionado demasiadas veces la causa de la democracia y del socialismo españoles, desde 1936 hasta la fecha, para que ningún español demócrata o socialista pueda sentir inclinación sentimental o intelectual por ellas. Además, los mismos motivos de repulsa que mueven a la auténtica izquier-

(1) «L'Espagne et l'Europe», en *Les Temps Modernes*, julio de 1962. Aunque el artículo ha aparecido en América Latina, citaré de la versión francesa por carecer de la original.

(2) Cuando en este artículo se habla de socialistas españoles, no se alude sólo al socialismo en sentido estricto, sino a todas las diversas tendencias del movimiento obrero (comunistas, socialistas, sindicalistas, P.O.U.M., F.L.P., grupos dispersos...). La verdad es que, sobre todo entre los jóvenes, resulta frecuentemente difícil hacer distinciones radicales, particularmente en lo que respecta a las posiciones ideológicas generales.

da europea —la radicalmente inconformista— ejercen su acción sobre el socialista español. No es el neocapitalismo monopolista y tecnocrático, la política de guerra fría, la descolonización sangrienta, el neocolonialismo más o menos hipócrita o el autoritarismo de Herr Adenauer y demás gerontes «eurócratas», lo más indicado para despertar el entusiasmo europeísta de la izquierda española. Bien puede decirse que, si Europa no es —ni fuera a ser en el futuro— más que eso, contará con pocos amigos incondicionales en las filas del socialismo español. Pero ¿es Europa, en sí misma y vista desde España, sólo eso?, ¿puede Europa reducirse, para un español socialista, a la política que se decide en Bonn, París, Londres y Roma?

Para contestar a esta pregunta habría que tratar de desbrozar un poco la ambigua situación histórica de la Europa Occidental y de configurar una perspectiva auténticamente socialista frente a otras posiciones desechables por su fascismo abierto o latente, su conservadurismo más o menos aderezado de pretensiones humanistas o su tontería manifiesta. Hay dos posiciones extremas que podrán servirnos para enmarcar la cuestión. Para los europeos (o no europeos) que sostienen la primera, la Europa occidental, tal como está hoy intelectual, social y políticamente constituida, sigue siendo el centro del mundo, el modelo de valor universal e incluso, para los más reaccionarios, una especie de isla privilegiada en medio del océano caótico que la circunda y que pretende bárbaramente destruirla para hundir al globo entero en la noche de la inconsciencia y la brutalidad (léase comunismo o anticolonialismo). Para los teorizadores del bordo opuesto, Europa es ya hoy una tierra «dejada de la mano de la Historia», francamente ininteresante desde el punto de vista de la creación y el futuro humanos, en fin. una especie de trasto viejo superado y arrinconado por la marcha del mundo. A los primeros, una revolución como la china, una reforma agraria como la cubana o una insurrección nacionalista como la de Argelia, no les parecen sino sucesos bárbaros e incoherentes que nada añaden a la verdadera historia del mundo, brutales manotazos de una aviesa anti-Europa que, bajo la capa del anticolonialismo, oculta el puñal de su odio nihilista. Para los segundos, es como si toda la sustancia de la Historia se hubiera trasladado a China, Cuba y Argelia, convirtiendo a este apéndice asiático que es Europa en el rabo más que desollado del mundo, en una casa de retiro lujosa para países envejecidos o marginados por la vida de la Humanidad.

De la primera de estas posiciones no merece que hablemos mucho: en su peor aspecto, el francamente fascista, parte de un racismo contra el que es inútil polemizar con razones intelectuales. En su aspecto aparentemente más moderado, no es más que una variación del pensamiento conservador de todos los tiempos, formalista y antidinámico por definición: la Historia ha hecho de Europa, para siempre, el motor del mundo, el hombre está y se hace en Europa y al resto del mundo no le quedará sino obedecer a quien le es en todo superior. (Mientras tanto, añadamos nosotros, en virtud del derecho natural de su superioridad, Europa seguirá explotando la miseria de miles de millones de hombres).

Quizá el ejemplo más típico de este formalismo europeísta claramente mixtificador nos lo da Ortega y Gasset cuando dice: «Es deplorable el frívolo espectáculo que los pueblos menores ofrecen. En vista de que, según se dice, Europa decae y, por tanto, deja de mandar, cada nación y nacioncita brinca, gesticula, se pone cabeza abajo o se engalla y estira dándose aires de persona mayor que rige sus propios destinos. De aquí el vibrónico panorama de «nacionalismo» que se nos aparece por todas partes... Era natural que si ese modo de ser (el hombre-masa) predomina dentro de cada pueblo, el fenómeno se produzca también cuando miramos al conjunto de las naciones. También hay, relativamente, pueblos-masa resueltos a rebelarse contra los grandes pueblos creadores, minorías de estirpes humanas que han organizado la historia. Es verdaderamente cómico contemplar como esta o la otra republiquita, desde su perdido rincón, se pone

sobre las puntas de sus pies e increpa a Europa y declara su cesantía en la historia universal». (La Rebelión de las masas).

Los hechos, las realidades más vivas de nuestra época, la libertad activa en el mundo no europeo, son hoy tan evidentes que por sí mismos, sin necesidad de argumentación racional alguna, se bastan para poner en ridículo semejante utopía reaccionaria. Si la «creación humana» está dando hoy grandes pasos cualitativos, no es precisamente en Europa donde los da —o al menos no en la Europa del capitalismo tecnocrático—, por mucho que poeticen en torno al Mercado Común los «europeístas formales».

El hecho hoy incuestionable es que Europa no manda en el mundo simplemente porque quienes hasta ahora obedecían se han dado cuenta de repente que también son hombres y, en cuanto tales, no están dispuestos a seguir obedeciendo. Ortega, el aristocraticista, despacha el fenómeno, lamentándolo, con el comodín peyorativo de «rebelión de los pueblos-masa». Un socialista, y hasta un liberal auténtico, de hoy no puede dejar de pensar que con esa rebelión el hombre está dando un paso gigantesco hacia su autorreconocimiento universal, es decir, hacia su auto-creación.

Una forma más suave, y más insidiosa, de «formalismo europeísta» es el que, basándose en el movimiento actual hacia la unidad económico-política de Europa, trata de elevar a la categoría de valor humanista esa unidad por sí misma, independientemente de su contenido. Esta interpretación puramente «culturalista» de la unidad europea tiene su origen en el cosmopolitismo distinguido y fútil de un Keyserling y en el aristocraticismo de un Ortega y se encarna hoy en hombres como Denis de Rougemont, pontífice de la «cultura europea» o de la «aventura occidental del hombre». Cuando Denis de Rougemont afirma: «He aquí por qué los partidarios de la Europa unida están convencidos de que sirven a lo humano» (3), o bien dice una bobada «humanista» (ese «humanismo» que hoy tenemos que poner entre comillas, tras haber servido de tapadera a tantas inhumanidades) o bien desorienta al lector. Porque a nadie se le puede hacer creer que las relaciones humanas entre los europeos, y entre éstos y el resto del mundo, van a cambiar automáticamente de modo fundamental en cuanto exista un solo pasaporte y aun un solo parlamento europeo. ¿No sería tal cosa tomar el rábano por las hojas? La unidad europea es un puro continente que puede llenarse con diversos contenidos: desde una política fascista o reaccionaria hasta una política socialista. Hacer pasar el continente por el contenido es una superchería. Porque ¿serviría a lo humano una Europa unida autoritaria y supermonopolista, gran potencia de guerra fría y de explotación neocolonial? Esto es algo que nuestros culturalistas no nos aclaran. ¿Creen que el Mercado Común y la subsiguiente super-Europa política son ese «yo no sé qué misterio de civilización» hacia el que, según Balzac, «tienden todos los esfuerzos de la gran familia continental»? Y, sin embargo, la tendencia hacia la unidad europea no es una creación artificial de la derecha (su origen es concretamente de izquierda y aun socialista), sino que responde a una necesidad básica del mundo industrial contemporáneo: la de crear grandes conjuntos económico-políticos, inmensos mercados de capitales y de consumo, como base para el desarrollo industrial moderno (lo que los economistas llaman «economy of scale»). Por ello, la frase de Montesquieu «Europa es una sola nación formada por varias», es hoy más real que nunca, puesto que responde a tendencias económico-sociales irrefrenables. Pero esa realidad es sólo un dato bruto que en sí mismo no constituye toda una política y toda una visión de Europa y de su mundo humano; sobre esa base cabe construir varias políticas y varias culturas, incluso radicalmente contradictorias. Para un socialista, pues, la «Europa unida» no es nada; lo que cuenta es una Europa socialista. Es decir, «lo importante es el contenido de la

(3) «L'Aventure Occidentale de l'Homme», Albin-Michel, París, 1957, página 245.

unión, no su forma» (Gilles Martinet, *Le Marxisme de notre Temps*, Julliard, París, 1962).

Partamos pues de esta base evidente: Europa ha perdido su situación de privilegio, al menos por lo que se refiere al mando histórico, y tiene aún que encontrar su camino. ¿Quiere esto decir que, como afirman ciertos «formalistas antieuropeos» de que antes hablábamos, Europa es hoy una tierra «dejada de la mano de la Historia», reino ahito de la cantidad donde ya no hay nada que hacer que sea cualitativamente importante con vistas al esfuerzo de autocreación del hombre? La tentación de crear tal cosa es fuerte, pero es mala y, sobre todo, es ininteligente y responde, en ciertos europeos, a una actitud de facilismo intelectual y moral. Lo mismo que hay un «formalismo europeísta» vacío o hipócrita, hay un «formalismo antieuropeísta» que, en boca de ciertos europeos, me parece no menos desdeñable como interpretación histórica y como posición moral.

La tentación tiene, en el europeo de izquierda, una base de desilusión amorosa: Europa ha «fallado» su revolución socialista y, en los últimos años, su descolonización. No es cuestión ahora de analizar por qué Europa —la Europa occidental, quiero decir— no ha hecho aún su revolución socialista. El tema es formidablemente difícil y la interpretación inagotable. En todo caso, parece que las causas son de dos tipos: **superestructurales** (errores políticos e ideológicos de los partidos obreros) y **estructurales** (desarrollo de la sociedad capitalista en un sentido que en parte no había previsto el esquema marxista clásico). Pero no es éste, como decimos, el lugar para que intentemos ni siquiera hacer un esbozo de la cuestión. Contentémonos simplemente con dejar constancia del hecho de que las fuerzas socialistas de la Europa occidental no se han mostrado hasta ahora capaces de transformar radicalmente la sociedad en un sentido socialista, limitándose en la práctica a hacer el papel de acicate del capitalismo empujándole a ser lo que hoy es: un sistema de explotación muchísimo más complejo y huidizo que el capitalismo clásico patronal de Marx e incluso que el capitalismo monopolístico de Lenin.

Refiriéndonos aquí exclusivamente a la perspectiva socialista en la Europa actual, no hay más remedio que reconocer que se ha vuelto difícil. Ante la nueva estrategia y los cambios de estructura del capitalismo avanzado, ante las complejidades y las ambigüedades de la guerra fría, ni la teoría ni la práctica de la mayoría de los partidos comunistas, y menos aún de los socialdemócratas, ofrecen una perspectiva clara y eficaz (a corto o largo plazo) de transición al socialismo a partir del alto nivel de desarrollo de las sociedades capitalistas de Occidente. Y hoy nos encontramos ante la aparente paradoja de que, precisamente cuando en la Europa occidental se dan más que nunca las condiciones económico-sociales de desarrollo y concentración capitalistas que, según Marx, facilitarían una rápida transición hacia el socialismo, no existen en cambio (*) la visión teórica ni la voluntad política general capaces de convertir esa propicia situación estructural en dinamismo histórico suficiente para derribar al capitalismo. Parece pues a primera vista como si, en un momento en que técnicamente el socialismo es más fácil de realizar, resultara políticamente más difícil de alcanzar que nunca.

La situación del socialismo europeo es, pues, ambigua. ¿Qué postura adoptar ante esa ambigüedad? Por mi parte, creo que la única actitud verdaderamente lúcida y eficaz consiste en asumir en sus raíces, para buscar los medios de superarla, la situación de incertidumbre, de ambigüedad y de abandono de la izquierda socialista europea, paralizada entre la buena conciencia burguesa y la rendición casi incondicional de la mayor parte de los partidos socialdemócratas y la falsa seguridad, meramente dogmática y caída del cielo (cuando no insincera), de los partidos comunistas que aún no se han desestalinizado y «europeizado». Sólo reconociendo francamente esa ambigüedad, podrá superársela en un futuro más o menos próximo.

(*) O no existen todavía con la claridad y la energía requeridas.

Ni la respuesta socialdemócrata ni la comunista de tipo soviético son capaces hoy por hoy de abrir las puertas del futuro a la izquierda europea. Pero aún hay una respuesta menos válida por puramente negativa y desmovilizadora: la solución de facilismo que adoptan ciertos intelectuales europeos (incluyo en esta categoría a los españoles del mismo pelo, que, aunque quizá lo nieguen, viven esencialmente en y del ámbito cultural europeo) para quienes Europa ha perdido todo interés histórico: político, cultural, creador... Curiosamente, y aun sin admitirlo, estos intelectuales que se dicen de izquierda piensan en términos mucho más spenglerianos que marxistas: para ellos, Europa entró ya en su decadencia y hoy sólo es, como antes decíamos, el rabo archidesollado del mundo, un bloque reaccionario e inmóvil del que hay que huir a toda costa como de la peste. La salvación está exclusivamente en el «Tercer Mundo»: toda posibilidad revolucionaria ha huído de la Europa capitalista. Sólo las masas hambrientas de los países pobres pueden salvar al mundo, Europa comprendida, de la dominación del capital (4). No me parece que quepa duda de que, para un pensamiento serio y poco inclinado a darse facilidades, semejante posición responde a una simple tendencia subjetiva a la evasión revolucionaria o seudorrebelde, propia frecuentemente de señoritos burgueses con mala conciencia, o a un oportunismo moral que busca siempre arrimarse al sol que más caliente políticamente. En el plano intelectual, una concepción como esa es cualquier cosa menos socialista.

El esquema «Europa frente al Tercer Mundo» es falso si con él se quiere inmovilizar intelectualmente a Europa en la situación político-social por que hoy atraviesa. Sería absurdo pensar que los países de Occidente forman un bloque sin fisuras, cerrado al «Tercer Mundo», fatalmente capitalista y, consiguientemente, condenado por la historia. Si tal cosa fuera cierta, habría que abandonar el marxismo por no explicar la situación contemporánea.

Pero un análisis realista puede fácilmente demostrar que el marxismo sigue perfectamente vivo en ese aspecto y que la Europa occidental en que vivimos no es una «tierra maldita», sino una sociedad llena de contradicciones y antagonismos sociales y, por tanto, en movimiento. Una visión marxista consiste no en adoptar una actitud de evasión y de moralismo revolucionarista, sino en analizar concretamente esos antagonismos y orientarlos teórica y prácticamente en un sentido socialista. En cuanto al intelectual europeo de izquierda, su enérgico deber de solidaridad para con los movimientos liberadores y revolucionarios del «Tercer Mundo» no debe ocultarle que su tarea fundamental (incluso y sobre todo pensando en esos movimientos) está en la Europa capitalista y consiste en tratar de reconstituir una perspectiva socialista clara y concreta a partir del nivel histórico de las sociedades burguesas de Occidente (nivel que es muy distinto del del «Tercer Mundo») y en esforzarse con los medios que le son propios por reconstruir la unidad de la izquierda europea, desgarrada por la política de los bloques y por lo que Sartre ha llamado la «militarización de la cultura», denunciando para ello sin contemplaciones las graves responsabilidades respectivas del stalinismo en los partidos comunistas occidentales y del infrarreformismo y la rendición política incondicional en la socialdemocracia.

(4) Este tipo de razonamiento recuerda bastante al de los anticomunistas europeos más o menos profesionales que afirmaban —y aún siguen muchos de ellos afirmando— que nada podía evolucionar en Rusia, que el stalinismo era la estructura fundamental e inamovible del régimen y que lo único que le cabía hacer a una izquierda socialista europea era desentenderse de ese régimen y de sus peripecias. Tanto en uno como en otro caso, formalismo antidialéctico, pereza intelectual. Pero la realidad, que no es perezosa aunque sea lenta, rompe un día todos los moldes que le imponen la comodidad y la rutina y ofrece la sorpresa dialéctica de lo nuevo. En Rusia empieza a haber algo nuevo; ¿es que, por raro azar, la dialéctica ha dejado de funcionar en la Europa Occidental?

No me cabe duda de que esta tarea es a largo plazo, oscura, incómoda, y que exige una paciencia, una lucidez y un coraje no demasiado extendidos en la izquierda. No me cabe tampoco duda de que es mucho más espectacular, y literariamente más rentable, la actitud del «antieuropéismo formalista». Pero el intelectual que viva el socialismo como una inmensa tarea de liberación universal que le desborda pero a la que se siente vitalmente unido, como un esfuerzo penoso y complejo de identificación de la verdad personal con la verdad del mundo, elegirá sin vacilar la segunda postura y desdenará por frívola, literaria u oportunista la otra. Un intelectual de ese talante, profundamente consciente de las responsabilidades intelectuales y morales que el marxismo impone a quien a él se acoge, no opondrá a un formalismo otro formalismo, al europeísmo que hoy es moneda contante y sonante para la derecha y un mito de recambio para la izquierda el antieuropéismo comodón e ininteligente de quienes prefieren las palabras sonoras a las ideas profundas; sino que a una y otra inepticia opondrá algo mucho más poderoso, aunque también más exigente: el socialismo, disciplina intelectual y política a la que un intelectual tiene que dar bastante más de lo que de ella puede recibir (a corto plazo al menos).

MARXISMO Y FILOSOFIA «ANGRY»

Me temo mucho que J. G. haya adoptado la primera posición: la del facilismo. Y es una lástima, porque en su artículo hay cosas justas que cualquiera de nosotros podría suscribir. No seré yo quien le reproche sus ataques contra el espíritu *pequeñoeuropeo*: me parecen perfectamente justos y aún habría que radicalizarlos. Pero de su artículo se desprende una idea muy pobre de la Europa capitalista, carente de profundidad y, diríamos, puramente «superestructural». Para J. G., formalista antieuropéico, Europa es un bloque inmóvil, incapaz de un impulso progresivo y socialista. Y, aunque hace una excepción a su desprecio antieuropéico en favor del proletariado, es una excepción de carácter puramente idealista y gratuito, ya que no nos explica si y de qué modo ese proletariado —y sus correspondientes partidos— escapan a la corrupción neocapitalista y en qué perspectiva y con qué medios de lucha constituyen una fuerza progresiva.

Para un intelectual marxista europeo, la toma de conciencia fundamental tiene que basarse precisamente en el conocimiento de la situación del proletariado de la Europa capitalista, con su ambigüedad y su mutación profunda, pero también con sus inmensas potencialidades, cualitativamente nuevas y ya en parte actualizadas en la lucha de clases. Del intelectual que no haga el esfuerzo de comprender esa situación nueva no cabe esperar que nos diga nada realmente válido sobre el estado presente y futuro de la Europa occidental y sobre sus relaciones con el resto del mundo.

Si el lector desea conocer un contraejemplo de la actitud de J. G. y demás antieuropéistas formales, no tiene más que leer el número 196-197 de *Les Temps Modernes*, casi consecutivo al en que apareció el artículo de nuestro novelista. Un grupo de intelectuales franceses e italianos, socialistas y comunistas, analizan lúcida y valerosamente, sin slogans ni palabras sonoras, con profunda comprensión dialéctica, los problemas y las perspectivas de la clase obrera europea. Esta Europa, la que nos presentan Lucio Magri, Vittorio Foa, G. P. Belleville, Amendola, B. Trentin, Gorz, G. Mathieu..., es la Europa socialista viva, con su especificidad histórica irreductible y su carácter cualitativamente nuevo y original. Una visión inteligente, no formalista, de Europa tiene que partir de lo que estos marxistas nos dicen. Ellos nos demuestran que, entre las homilias dulzarronas del europeísmo y las estrategias exteriores o las parrafadas literario-moralistas del antieuropéismo, hay lugar anchísimo para una tercera posición, no ecléctica, sino cualitativamente distinta: la del que podemos llamar «socialismo de la interioridad». Ni negación en el vacío y desde fuera (que es pura evasión subjetivista), ni aceptación incondicionada;

sino transformación desde dentro. El intelectual europeo que se coloque, psicológica e ideológicamente, fuera de Europa, difícilmente puede contribuir al socialismo europeo, que es, no lo olvidemos, una piedra fundamental en el edificio del socialismo mundial.

Pero, quizá me replique Juan Goytisolo, es que yo no me considero un intelectual europeo, sino español; y como España no pertenece a Europa, lo que me interesa esencialmente no es una posible revolución socialista europea, sino la revolución española cuanto antes. Después veremos el problema de la relación España-Europa. Ahora me interesa sólo observar que dudo mucho de que nuestro novelista pueda sentirse, sinceramente, en su profundidad, fuera de Europa (aparte de que física y literariamente vive en ella). Y ahí está su mismo artículo para demostrarlo: J. G. no habla como hablaría un intelectual del «Tercer Mundo» (un Fanon, por ejemplo), sino como un europeo rebelde; y me permitirá que precise aún más diciendo que su actitud es una actitud sonoramente europea de «angry young man», de «joven furioso». Añadiré que la filosofía o seudofilosofía «angry» puede tener un valor de protesta o de acicate (en el actual contexto europeo), pero sospecho que no tiene gran cosa que ver ni con el socialismo ni con la realidad y los problemas del «Tercer Mundo» (ni, desde luego, de España) (5).

ESPAÑA Y EL «TERCER MUNDO»

Pero planteémonos ya la cuestión objetiva que motiva este artículo: la relación de España con Europa y, naturalmente, con el resto del mundo. Sigamos para ello las consideraciones de J. G., que nos servirán para concretar, por contradicción, los hechos tal como nosotros los vemos.

¿Es España un país típicamente subdesarrollado y pertenece, en consecuencia, a ese gran sector pobre y explotado de la humanidad que llamamos «Tercer Mundo»? He aquí una pregunta que puede parecer difícil de contestar, por dos razones: 1) no es fácil definir hoy claramente la figura sociológica de España; y 2) sobre todo, el concepto «Tercer Mundo» es muy lato y comprensivo y, consiguientemente, vago y aun ambiguo. Entre el Congo o Angola (que aún no son naciones, o no lo son en el pleno sentido de la palabra) y Cuba o España, naciones ya hechas y derechas (España lo es con siglos de historia y cultura propias), existe una diferencia que no dudaré en calificar de abismática, mucho mayor en todo caso que entre estos últimos países y Europa. Si del Congo es fácil decir

(5) Para que mi afirmación no quede a humo de pajas, citaré un ejemplo de clásico «angry young man»: A principios de octubre de 1962, el famoso dramaturgo inglés John Osborne escribía en la revista «Tribune» una violenta diatriba contra la Europa de los Seis, a la que calificaba de «casa de lenocinio», y contra la entrada en ella de Inglaterra, cuya conciencia, escribía, «estaba desde hace tiempo en alquiler y ahora está sencillamente en venta» («Le Monde» de París, 11 de octubre de 1962). Estoy convencido de que el ataque contra la Europa política actual —«sórdida cámara de comercio», «monumental estafa», etc.— es justo y necesario y de que existen quizá algunas razones de peso, desde un punto de vista socialista, para que Inglaterra no entre en el Mercado Común; pero dudo mucho de que los argumentos y las explosiones verbales de Osborne (cuyo eco encontramos en el artículo de Juan Goytisolo), como la oposición al Mercado Común del difunto Hugh Gaitskell, respondan a una visión socialista de la Europa actual. Más bien son eco de un nacionalismo risible y restos del naufragio de una izquierda europea que hoy tiene que reconstruirse entera y modificarse sobre la base de las nuevas realidades y con un gran esfuerzo teórico y práctico de clarificación y de apertura al futuro del mundo. Con proclamaciones «furiosas» no se cambiará nada en Europa; en realidad, los «angry young men» que hoy pululan por Europa no son más que un lujo folklórico que el neocapitalismo se permite para digerir con mejor conciencia su enorme festín. ¡Ahí se las den todas!

que pertenece al «Tercer Mundo», ya es bastante más difícil afirmarlo de Cuba y muchísimo más de España. A menos que se utilice el concepto como saco en que meter indiscriminadamente a todos aquellos países que no pertenezcan al mundo capitalista desarrollado de Occidente y al mundo soviético avanzado. Pero me pregunto qué valor operatorio podría tener una noción puramente negativa, formada a partir de simples exclusiones. A decir verdad, la noción «Tercer Mundo» tiene una realidad (una realidad profunda y poderosa, quizá la más poderosa del mundo contemporáneo) que responde a dos rasgos fundamentales: la «infranacionalidad» desde el punto de vista histórico-sociológico, y la «infracapitalización» desde el económico. Es decir, que los países del auténtico «Tercer Mundo» necesitan constituirse una conciencia nacional interior y exteriormente (frente a sus viejas estructuras tribales o feudales y frente a las potencias colonialistas o neocolonialistas) e iniciar su acumulación o capitalización primitiva, lo que los economistas llaman el «despegue», para industrializar el país. Ambos procesos van íntimamente unidos y el uno sin el otro quedaría en el vacío. De esos dos rasgos creo que pueden deducirse fácilmente los demás que caracterizan el subdesarrollo.

¿Se ajusta España a esa definición? Según Juan Goytisolo, no cabe la menor duda. «Nuestro país —afirma— reúne todas las características de un país subdesarrollado». Y cita toda una serie de cifras que, según él, autentifican su aserto. La renta nacional *per capita* es de unos 300 dólares; ergo, España es un país subdesarrollado —así podría resumirse el argumento de Goytisolo—. Puede argüirse que en todo caso la renta española es bastante superior al nivel medio de los países subdesarrollados típicos (que se sitúa alrededor de los 100-150 dólares) (6). Pero es que, en lo esencial, el argumento me parece falaz porque responde a una concepción puramente *economista* e inerte que procede no precisamente de pensadores socialistas, sino de positivistas norteamericanos. Como no soy experto en economía, no voy a discutir aquí si el criterio de Colin Clark es valedero, como regla absoluta, para distinguir los países subdesarrollados de los desarrollados. En cuanto a España, me remito simplemente, sin entrar en detalles, a la opinión más generalizada entre los mismos economistas españoles, para los cuales España es un país semidesarrollado o con economía desequilibrada donde se dan todas o casi todas las condiciones económicas del «despegue» (lo que en cambio sí falta son las condiciones sociopolíticas del desarrollo, que el Régimen actual asfixia e impide). Así, por ejemplo, economistas burgueses como los del Banco Mundial declaran en su reciente Informe sobre España, nada suave para con el Régimen: «Las perspectivas son muy favorables para la economía española. El país posee los recursos humanos y naturales para desarrollarse rápidamente.» Otro testimonio tanto más interesante desde mi punto de vista cuanto que proviene del más destacado entre los jóvenes economistas españoles de tendencia progresista es el de Ramón Tamames. A la pregunta de si en España «existen las posibilidades de un desarrollo económico similar al que ya se ha operado en Europa occidental», Tamames responde (7): «Por mis estudios de estructura económica creo que España cuenta con recursos y con potencial humano suficientes, en cantidad y calidad, para dar un gigantesco paso adelante; pero también pienso que para ello es preciso derribar todos los obstáculos que hoy inmovilizan gran parte de las

(6) En un artículo publicado en 1961 en la *Review of Economical Statistics* por el economista norteamericano Rosenstein Rodan, en el que revisa científicamente basándose en los precios nacionales y no en los norteamericanos los resultados obtenidos por el método de Colin Clark para los países atrasados, a España le corresponde una renta *per capita* de 520 dólares, lo que le acerca bastante más a los niveles de la Europa Occidental (la diferencia con los países del «Tercer Mundo» no cambia, naturalmente).

(7) En el número 161-162 (junio-agosto de 1962) de la revista madrileña *Índice*, al que ya nos referimos al principio.

fuerzas creadoras de riqueza del país. Y esos obstáculos — todos ellos interiores — no se pueden eliminar más que con un conjunto de reformas y actitudes, en cuya necesidad hay que insistir aquí y en todas las ocasiones posibles y tantas veces como sea preciso, sin miedo a pecar de reiteración. Del estudio de Tamames se deduce claramente que esos «obstáculos» interiores (no europeos o internacionales) al desarrollo español no son tanto económicos como, en lo esencial, sociales y sobre todo políticos. Pero no es precisamente esa la situación de los auténticos países subdesarrollados, donde los obstáculos son, antes que políticos, estructurales, es decir de la base económica y sociológica.

La base de que tiene que partir el desarrollo español está, afortunadamente para los españoles, muy por encima de la del «Tercer Mundo». Nuestro país posee una infraestructura económica de la que en general carecen los países típicamente subdesarrollados; aunque sea verdad que su economía sigue siendo predominantemente agrícola. Por lo demás, el buen sentido elemental nos indica que un país donde existen tres millones y medio de obreros industriales (es decir, más del 11 % de la población y casi el tercio de la población activa) difícilmente puede ser un país subdesarrollado. Por otra parte, el hecho de que España se halle geográfica y económicamente enclavada dentro de una de las regiones más desarrolladas del globo constituye un factor económico real que imprime un sello cualitativo peculiar a la situación española (hasta el punto de que para el caso de España habría quizá que inventar el término de «economía suburbial» o «provincial», en el mismo nivel que otras zonas marginales europeas como el Mezzogiorno italiano o la Bretaña y parte del Midi francés). En resumen, me parece evidente que, si bien España no se halla a un nivel europeo, tampoco está a un nivel de país subdesarrollado. Para zanjar la cuestión, no me importaría recurrir a una perogrullada — que sin duda no lo es tanto — diciendo que España se halla a un nivel español. Y en este nivel específicamente español cohabitan sectores de producción subdesarrollados y aún feudales, como ocurre con gran parte del campo (latifundios inexplorados y minifundios inexplorables) con otros sectores desarrollados, como ocurre con ciertas concentraciones industriales y financieras (monopolios, bancos, industria eléctrica, zona industrial catalana, vasca e incluso madrileña, que pueden compararse con las de los países desarrollados). Para evitar confusiones, creo que debería aceptarse la expresión de «país económicamente atrasado» que propone el escritor español Manuel Tuñón de Lara en su recentísimo libro *Panorama actual de la economía española* (Librería Española, París, 1962). Con ello dejaríamos a España en el nivel que es el suyo: distinto al mismo tiempo de los países industriales avanzados y de los típicamente subdesarrollados. Este puede ser también el caso de otros países como Yugoslavia, Grecia, Portugal, Argentina y algún otro país de Iberoamérica). Tuñón expresa con toda claridad la diferencia económica entre España y los países subdesarrollados cuando afirma, tras calibrar las diferencias respecto al nivel europeo: «No obstante, dado que la descapitalización por succión del extranjero no ha sido más que relativa, no se puede comparar España a un país colonial, que tiene que partir de cero en capitales, equipo industrial, formación técnica e incluso organización de cultivos. En verdad, lo escaso en España... es el excedente económico real, pero no el excedente económico potencial» (Op. cit., pág. 293). En España la acumulación primitiva del capital está ya en gran parte realizada; no puede decirse lo mismo de los países subdesarrollados. De lo que se trata es de desarrollar esa acumulación de capital mediante la inversión de un excedente potencial que hoy se pierde en ahorro improductivo. Y esa inversión en gran escala de las potencialidades económicas del país sólo puede lograrse mediante una decisión política fundamental que rompa los frenos sociales que sujetan el desarrollo e imponga una planificación y una socialización profundas de la economía. Es decir, volvemos a lo que antes nos decía Ramón Tamames.

El automatismo económico de las cifras a que J.G. recurre para meter a España en el «saco» del «Tercer Mundo» me parece pues fundamental-

mente erróneo y desorientador. Y si del aspecto económico pasamos al histórico-sociológico, salta aún más claramente a la vista que la impronta del «Tercer Mundo» aplicada a España resulta absolutamente falsa. España no sufre precisamente de «infranacionalidad» o de «nacionalidad humillada»; la nacionalidad española está constituida con sus rasgos específicos desde hace siglos (somos la primera nación de Europa en el tiempo). Y si hoy existen problemas de nacionalidad en el país no son precisamente de la nación en su conjunto frente al exterior, sino de la nación frente a algunas de sus nacionalidades integrantes (problemas catalán, vasco, etc.). Por eso, porque la nacionalidad española no está por hacer o por redimir, el nacionalismo dejó en España de ser creador hace ya mucho tiempo y viene sirviendo repetidamente de arma ideológica a la derecha (igual en este aspecto a lo que ocurre en los demás países de Europa occidental); Juan Goytisolo debe saber cuáles fueron las fuerzas que enarbolaron la bandera del nacionalismo en la guerra civil. ¿Se han modificado desde entonces las condiciones estructurales de la vida histórica española? Lo dudo mucho.

También desde el punto de vista de la cultura España se diferencia radicalmente de los países subdesarrollados típicos. Nadie dudará de que existe una cultura o, mejor dicho, «culturación» española tan vieja como su nacionalidad. Sin duda tiene entera razón J. G. cuando afirma que una cultura está muerta si, «en lugar de constituir una ayuda, se convierte en un obstáculo» (un obstáculo, se entiende, para el desarrollo histórico). Es el caso de los pueblos «fella» de que habla Spengler, cuya cultura fosilizada les mantiene al margen de la dinámica de la Historia. Pero ¿es éste el caso de la cultura española? Si por cultura española se entiende la que hoy domina en España, es decir, la superestructura ideológica del tradicionalismo católico e integrista español —de Menéndez Pelayo a Maeztu—, no cabe duda de que esa cultura constituye un grave obstáculo para la modernización de España contra el que han luchado y luchan las fuerzas progresivas del país. Pero la cultura española es una cultura profundamente escindida, con tendencias que se repelen mutuamente desde hace siglos. ¿Y podrá negar nadie que, frente a esa cultura petrificada del tradicionalismo, existe otra cultura dinámica, creadora, a veces quizá sólo en embrión, que se ha manifestado en las más altas obras del arte hispánico y en los momentos supremos de la historia del pueblo español? Basta conocer bien a las gentes del pueblo llano —su humanismo instintivo, su aspiración a veces conmovedora hacia la cultura, su sentenciosidad y hasta su «esprit»— para comprender que España es cualquier cosa menos un país «aculturado», sin cultura dinámica, como son la mayoría de los del «Tercer Mundo». Y esa cultura española dinámica y profundamente vivida no es hoy, como no lo era ayer, antieuropea: lo que de culturalmente antieuropeo existe en el ámbito español no es patrimonio del pueblo y de las minorías progresistas, sino de sus explotadores seculares.

J. G. ha leído sin duda el hermoso libro de Frantz Fanon *Les Damnés de la Terre*. A muchos nos ha conmovido profundamente esta vibrante denuncia del colonialismo y del neocolonialismo, esta apasionada reflexión sobre el destino y la rebeldía del hombre colonizado, verdadero «Manifiesto Comunista del Tercer Mundo». Hemos comprendido que su grito: «Quittons l'Europe», obedecía a una profunda realidad humana en rebeldía y que ese grito debía provocar en el europeo un grave examen de conciencia frente a su acción pasada y presente y frente a su pretendido humanismo, «exquisita justificación del pillaje», según Sartre. Cuando los argelinos, los negros, los chinos o los indonesios se sublevan, en nombre del nacionalismo, contra una cultura europea que para ellos no ha sido más que un arma de guerra y de explotación, contra esos «valores humanos» que en la realidad eran sólo la coartada fetichista de unas prácticas inhumanas, ejecutan un acto fundamental creador, destruyendo por la violencia un aspecto más de la alienación colonial y abriendo brecha para la toma de conciencia nacional, primera fase de una cultura auténtica.

Pero ese grito tan auténtico en boca de Fanon ¿no es un disparate en labios de un español? No me cabe la menor duda. Y cuando J. G. nos recomienda implícitamente a los españoles que «abandonemos Europa», se deja llevar por un mimetismo seudorrevolucionario que no responde a ninguna realidad vivida por los españoles, ni de ayer ni de hoy. Si a alguien se le ocurriera lanzar la fórmula de Fanon en la plaza de un pueblo español o en una fábrica del país, dudo mucho de que no recibiera por toda respuesta las burlas o las protestas indignadas de la asistencia. ¿Por qué? Sencillamente, porque ningún obrero ni campesino español ha sentido jamás que su miseria física e intelectual tuviera su origen en una explotación de tipo colonial por parte de Europa y en una reificación provocada por la cultura europea. J. G. observa que el nacionalismo es un fenómeno positivo y creador en países subdesarrollados y coloniales como Argelia, Guinea, Cuba, etc. A renglón seguido, deduce que, puesto que España es también un país subdesarrollado, el nacionalismo tiene en nuestro país un papel positivo que desempeñar. Comprendo perfectamente que nuestro novelista quiera estar al lado de los justos acusadores de Europa (yo también lo estoy); pero es absurdo que para ello se invente una interpretación disparatada de la especificidad histórica de España. Si quiere ser acusador, le basta con ser hombre de izquierda o, más simplemente, hombre honrado: no necesita mejor título.

Finalmente, desde un punto de vista político, afirmar que España debe inspirarse fundamentalmente en los países del «Tercer Mundo», tendría sentido si se admitiera que el motor de una gran izquierda socialista española ha de ser un movimiento nacionalista basado más bien en los campesinos que en el proletariado industrial. En cuanto al nacionalismo, ya hemos visto que carece de toda base real que pudiera hacerle progresivo. En cuanto al segundo elemento (el campesinado como motor de la revolución), la historia y la sociología de España nos muestran que tampoco responde a la realidad concreta y vivida. En España el movimiento obrero no está por inventar: existe desde hace un siglo un poderoso movimiento proletario, con arraigadas tradiciones revolucionarias y de lucha de clases; en ese movimiento, los campesinos han constituido siempre un factor subsidiario e inestable, como quedó demostrado en la guerra civil, cuyo peso hubo de soportar esencialmente la clase obrera (pocos fueron los obreros que apoyaron a Franco, que en cambio pudo reclutar muchos campesinos en las zonas rurales). Hoy día, el proletariado español ha crecido grandemente, al ritmo de la expansión capitalista realizada bajo Franco, formando una clase compacta de tres millones y medio de miembros activos. Que en ellos, y no en los campesinos, radica el impulso motor de un futuro movimiento de emancipación lo muestran palpablemente las huelgas de la pasada primavera. En definitiva, el cuadro sociológico-político de la estructura de clase española se parece mucho más al de un país europeo como, por ejemplo, Italia que al de un país típico del «Tercer Mundo», incluida Cuba (*).

(*) Lo absurdo de la fórmula de J. G. se pone claramente de manifiesto si la confrontamos con algunas de sus implicaciones políticas prácticas. Por ejemplo, la que se refiere al partido único. Por una serie de razones económicas y sociológicas que me es imposible analizar aquí con detalle (exigencia prioritaria de integración nacional frente al tribalismo y al feudalismo y de acumulación económica primitiva, sobre una base humana muy poco diferenciada, formada por una inmensa mayoría de campesinos y de subproletarios hambrientos y analfabetos, un pequeño sector de clases medias raquíticas y una pálida burguesía que bien podemos calificar de lumpen-burguesía), me parece indudable que en los países subdesarrollados el partido único responde si no a una necesidad absoluta sí por lo menos a una tendencia fuertemente arraigada en la situación histórico-social: una superestructura política fuertemente centralizada y unificada constituye el contrapeso natural a la dispersión reinante. (Obsérvese que esta tendencia se manifiesta no sólo en los países revolucionarios del «Tercer Mundo», sino incluso en los más conservadores, como las antiguas colonias francesas). Pero ¿se dan en

En resumen, cuando J. G. afirma que «nuestro destino se halla estrechamente unido a la lucha liberadora de Asia, Africa y América», o bien quiere expresar una idea que cualquier europeo de izquierda puede y debe suscribir: la de una solidaridad profunda e ineludible entre el socialismo europeo (y consiguientemente el español) y los movimientos de liberación coloniales y neocoloniales, o bien nos presenta una pura «vue de l'esprit», es decir un disparate en términos de análisis marxista. Y, en todo caso, se deja una vez más arrastrar por la espectacularidad de las sonoras palabras en el vacío.

Todo esto no quiere decir ni mucho menos que el socialismo español no tenga que tener en cuenta la experiencia revolucionaria de ciertos países del «Tercer Mundo», como Argelia, o de sus alledaños, como Cuba. ¿Cómo no va a ser, por ejemplo, importante para una izquierda española una reforma agraria como la cubana, que partió de una base bastante parecida a la española (salvo el aspecto de emancipación nacional, pues en España los grandes terratenientes no son extranjeros, sino exclusivamente españoles)? Pero ello hay que hacerlo pensando a España en su propia especificidad histórico-social y renunciando a todo mimetismo mecánico y a la facilidad ilícita de fórmulas tan gruesamente falsas como «España = país subdesarrollado = campesinos y nacionalismo = revolución cubana, argelina...» Armado de fórmulas como ésta, hay en España más de un joven «superrevolucionario» que trata de burgués reaccionario a todo el que no crea que el deber de la izquierda española es dejarse crecer la barba y marcharse a la «Sierra Maestra española» (nunca se precisa de qué sierra se trata) para imponer a tiro limpio el socialismo a «los capitalistas granujas y sus cómplices socialistas y comunistas» (fórmula textual oída por mí de labios de uno de estos irresponsables más o menos barbados). A este grado de infantilismo puede llegarse cuando se renuncia a un pensamiento revolucionario serio y complejo por las lindas formulitas seudorrevolucionarias o por el «wishful thinking», que en el intelectual no es más que pereza y pura «consolatio phylosophiae», es decir idealismo. En el mejor de los casos, se trata de impaciencia juvenil; pero, como decía Lenin (que sabía tener paciencia), citando una frase de Engels: «¡Qué ingenuidad infantil supone convertir la propia impaciencia en argumento teórico!»

ESPAÑA Y EUROPA

«En el plano económico, como en el cultural y en el político, la apertura europea es una solución reaccionaria», afirma J. G. La rotundidad de la afirmación, sin matizaciones, sin distinguir entre varias soluciones europeas y entre diversas Europas reales o posibles, sorprende al lector. Y la sorpresa llega al colmo cuando, en apoyo de esta afirmación, J. G. escribe lo siguiente: «Las potencias coloniales del Continente se han españolizado en el sentido estricto del término y, cuando el Jefe del Estado Español dice: «Nuestras diferencias con los países occidentales provienen de que estamos más adelantados que ellos», su afirmación no es en modo alguno una fanfarronada como ha podido creerse, sino que por el contrario responde a un análisis real y objetivo de la situación». El lector se restriega los ojos: ¿Ha leído bien? Desgraciadamente, no es ilusión de sus ojos: J. G. lo escribe con todas las letras, impávidamente.

cambio en España las condiciones históricas, sociológicas y económicas que puedan hacer progresivo el sistema del partido único? No planteo la cuestión desde el punto de vista de la teoría leninista de la revolución (ese sería otro tema a tratar en otro lugar), sino desde el del «Tercer Mundo», que es el que J. G. nos propone. La falta de espacio me impide explicar aquí las razones evidentes que me llevan a contestar negativamente a esa pregunta. De todos modos, el lector puede imaginarlas fácilmente: están en la constitución histórico-sociológica de España y en la durísima historia de los 27 años últimos.

Entonces, el lector se pregunta cuál es la idea que nuestro novelista se hace de la situación española y de la europea y de ambas en relación. Sin duda, es la suya una visión de Sirio: desde el fondo del cosmos todas las diferencias se borran; o una visión nocturna: en la noche todos los gatos son pardos. Pero si el lector se coloca humildemente al nivel de nuestra Tierra, de las mezquinas realidades cotidianas, y abre bien los ojos para ver en plena luz del día, no tendrá más remedio que reconocer que las afirmaciones de J. G. son un puro disparate, salido directamente de su probada capacidad fabuladora de novelista.

Así pues, según Juan Goytisolo y el general Franco, «nuestras diferencias con los países occidentales provienen de que estamos más adelantados que ellos». ¡Bonita frase que habría que ir a repetir en las estaciones fronterizas de los Pirineos a los miles de españoles que vienen a buscar trabajo a esta Europa «más atrasada que España»: hay que convencerles de que cometen una estupidez abandonando España por algo peor, y así quizá se acabe este éxodo español hacia Europa que tanto le duele a J. G.

¿En qué se basa J. G. para asestarnos tan explosiva afirmación? Partiendo de un texto aislado de Ganivet, nuestro autor considera que, puesto que España descolonizó —a la fuerza— hace sesenta años, es decir, mucho antes que Europa, nuestro país lleva medio siglo de adelanto histórico respecto a ésta. Todo lo demás —la historia entera de estos cincuenta años y de los siglos últimos, las realidades políticas, sociales, económicas y culturales en Europa y España— no cuenta. Se me ocurre que, puestos en la vena de este análisis desde Sirio, podría también legítimamente afirmarse, por ejemplo, lo siguiente: Hitler tenía razón cuando decía que la Alemania nazi iba por delante del resto de Europa en cuanto a desarrollo histórico ya que había perdido sus colonias en 1919 y no tenía ya por tanto que matar a ningún negro. En cuyo caso, habría que concluir que los comunistas, socialistas y demócratas europeos que murieron por combatir la barbarie nazi se sacrificaron por una causa falsa y vana: Europa estaba de todos modos condenada al fascismo y, sobre todo, no había descolonizado. Ya comprendo que J. G. no cree esto; pero ¿se da cuenta adónde le llevan las consecuencias de sus afirmaciones?

Pero volvamos a España: ¿Estamos realmente más adelantados que Europa? La pregunta parece absurda, pero J. G. nos obliga a planteárnosla. Para afirmar tal cosa, habría que hacer tabla rasa de la historia europea y española en estos últimos siglos, especialmente desde la Revolución Francesa. Y esto es lo que parece hacer J. G. Hagámosle una concesión: supongamos que la política que hoy se hace en Bonn, París, Londres o Roma no se diferencia cualitativamente de la que se hace en Madrid (cosa que resulta difícil de tragar). ¿Es esto todo? ¿No cuentan para nada en el juicio de J. G. cosas como las libertades políticas y religiosas, los sindicatos libres, el derecho de huelga, los salarios mucho más elevados, la industrialización avanzada, la tierra generalmente en manos de quien la trabaja, la inexistencia de analfabetos, la Universidad libre, la enseñanza laica, la libertad de prensa y de asociación política, los partidos obreros, las garantías jurídicas de la persona..., en resumen, todo eso que para unos es la democracia sin más y para los marxistas la democracia burguesa? Pues bien, todo eso y mucho más son cosas que, con más o menos altibajos, aun con restricciones a veces graves (obra de ciertos gobiernos reaccionarios), existen en Europa y que en cambio brillan por su ausencia en España. Quizá a J. G. le parezca floja la diferencia. Dudo mucho de que pueda pensar lo mismo un socialista o un obrero español.

¿Qué piensa el pueblo español de Europa?, ¿qué experiencia tiene de ella? Es éste un dato bruto, pero un dato importante que no podemos dejar de tener en cuenta en nuestras reflexiones ulteriores. Para ilustrar el tema, comenzaré por referir un caso de experiencia personal que me parece significativo: Pasaba yo este verano con unos amigos franceses por tierras de Zaragoza cercanas a Soria y una avería del coche nos obligó

a detenernos en plena carretera. Un muchacho huertano vino solícitamente a ayudarnos y entabló fácil conversación con nosotros, atraído sin duda por el hecho de que viniéramos de Francia y de que mis amigos fueran franceses. Yo le hice hablar de la situación social en el pueblo (Ariza), que me resumió así: tres grandes propietarios se reparten un enorme bocado del término municipal (uno de ellos, con más de 8.000 hectáreas); los demás se reparten el hambre. El nos preguntaba insistentemente por la vida en Francia, contándonos que cientos de personas de la comarca se marchaban a Europa; él también quería irse. Yo quise ponerle reparos ennegreciendo un poco la vida europea y entonces él tuvo esta salida: «Mire usted, esto es como Africa y yo quiero escaparme de Africa. ¿Adónde quiere que vaya?»

Instantáneamente, se me vino a las mientes una frase del artículo de J. G. que había leído unos días antes y que me había parecido particularmente curiosa: «Quizá sea tiempo de africanizarse, como diría Unamuno, y de hacer de la vieja ocurrencia: «Africa comienza en los Pirineos», la divisa de nuestra reivindicación».

Curioso paralelismo y curiosa divergencia: mi campesino español y J. G. coinciden en que España es Africa, pero se diferencian en que el primero quiere huir de Africa hacia Europa mientras que el segundo toma, o mejor invita a los españoles a que tomen, el camino contrario.

Veamos primero la posición de J. G.: ¿debe España africanizarse? El simple hecho de enunciar una pregunta como esta puede parecerle al lector extravagante. Pero ¿es que no es ya España, en sus peores aspectos, bastante africana? Los españoles de izquierda no pueden olvidar que la república democrática fué vencida por un ejército en buena parte africano, que la dictadura la ejerce hoy un general de escuela africana rodeado de otros generales de la misma procedencia, que frecuentemente la estructura y la vida rurales no se diferencian mucho, por lo menos en el aspecto material primario, de las africanas, que las costumbres y prejuicios sociales presentan un carácter de rigidez y de fanatismo que quizá sea excesivo calificar de africano, pero que en todo caso está muy lejos de ser europeo, que el «tribalismo social» de los españoles está más cerca quizá de la dispersión sociológica de muchos países africanos que de la integración social de los países europeos... ¿Quiere decir J. G. que lo que debemos hacer los españoles no es destruir esos rasgos maléficos sino acentuarlos? Quizá esta idea responda a una concepción (no explícita en J. G.) de una posible revolución española, pero me permitirá decirle que en todo caso se trata de una concepción muchísimo más anarquista que marxista: la del «cuanto peor, mejor» de Bakunin («Catecismo del revolucionario»). Es decir, cuanto más pobres, más revolucionarios; empeoremos la situación española y tendremos... una revolución violentísima; lo que cueste y lo que de ella resulte importa poco. Naturalmente, estoy convencido de que de esa «africanización» de España no puede salir ninguna revolución (salvo en la cómoda subjetividad de algunos intelectuales como J. G.), sino el mantenimiento del *statu quo*. Por otra parte, ¿en qué Africa deben inspirarse los españoles?, ¿en el conjunto del continente; en el Marruecos feudal e inquisitorial o en la Argelia revolucionaria; en la Sudáfrica racista o en el Ghana de dictadura semirreligiosa, en la dispersión tribal del Congo o en el neosocialismo «sin lucha de clases» de la R.A.U.? Como vemos, los arduos dilemas y las posiciones embarazosas a que nos aboca el «imperativo de africanización» propuesto por J. G. son numerosos. Pero ¿es que nadie puede pensar en serio que una política basada en la africanización de España (suponiendo que pueda formularse con alguna coherencia, lo que dudo) no suscitaría el asombro burlón o indignado del pueblo español?, ¿se puede predicar a ese pueblo como meta aquello de lo que precisamente huye? ¿A quién se dirige pues J. G.: a los campesinos y obreros españoles o a unos cuantos intelectuales «antieuropeos formalistas» para quienes la «africanización de España» no supondría ningún empeoramiento de su *status* social y material por la sencilla razón de

que seguirían viviendo en Europa o en niveles europeos? Me pregunto si una actitud como la de nuestro autor no es un caso típico de esa **superchería de la subjetividad** tan rudamente denunciada por el pensamiento marxista (8).

Como diría mi campesino de Ariza: ¿adónde quiere usted que vaya? Porque éste es el hecho decisivo: el pueblo español siente, en sus entrañas, que el aislamiento de su país es un mal, que sólo ha favorecido y favorece a las fuerzas españolas más reaccionarias (terratenientes, capitalismo perezoso y rapaz, integristas, Iglesia, ejército, cavernicolismo intelectual...) y que para salir de la ciénaga hay que romper con las estructuras económicas, sociales y culturales en que se basa ese aislamiento y que él a su vez protege. Pero ¿cómo salir? Me parece evidente que hoy por hoy, bajo la dictadura feudal-capitalista que oprime a las masas populares españolas, éstas no tienen otra salida, otro foco de atracción más real, más eficaz que Europa. Los países capitalistas avanzados de Occidente aparecen a los ojos de los españoles como una realidad cercana, tangible, tentadora, a la que un número cada vez mayor va teniendo acceso. Cientos de miles de trabajadores van a Europa para salir del cerco del paro y el hambre, palpan los niveles de vida europeos (de los que ellos sólo en pequeña parte se benefician), vuelven a España, cuentan lo que han visto a sus parientes y amigos... Resultado de esto es que en España existe hoy un verdadero «contagio europeo» que, si existiera la posibilidad, haría emigrar a Europa a millones de españoles. He aquí uno de esos **efectos estructurales primarios** (de que hablábamos al principio) que Europa produce sobre la realidad española: **la ruptura del aislamiento por huida.**

La clase obrera vive de realidades, de problemas concretos: la opresión que sobre ella ejerce la producción de bienes la hace vivir como ninguna otra clase la sustancia de la estructura material de la sociedad. Por ello no se le pueden proponer soluciones abstractas, que no tengan arraigo profundo en la realidad económico-social que vive. El terreno de las opciones ideológicas abstractas le está vedado. Lógicamente, una «salida de intelectual» como la que propone J. G. a los obreros españoles (supongo que a ellos también se dirige, y si no, tanto peor) no podría por menos de dejarlos fríos: ¿qué significa para ellos, en la realidad opresora de sus problemas cotidianos, esa «apertura al Tercer Mundo» o esa «africanización de España»? Absolutamente nada: palabras, palabras y palabras. En cambio, hablarles de Europa es hablarles de algo tangible, cada vez más concreto, para los que emigran o para los que oyen a los emigrantes... Esta sí que es una ruptura real, estructural, del aislamiento español. Una prueba concreta: quienes han analizado las huelgas de la pasada primavera coinciden en afirmar que uno de los factores psicológicos que más han contribuido al nuevo despertar de la conciencia obrera ha sido la influencia europea, por un doble canal: el del «europeísmo» hipócrita del Régimen (los obreros piensan sin duda que, si el Gobierno habla de «europeizarse», ellos deben europeizarse los primeros y, para ello, empezar por... hacer huelgas); y el de los emigrantes a Europa (a los que hay que añadir los turistas europeos), a través de los cuales el proletariado y los campesinos españoles pueden conocer su situación de base por comparación con la

(8) «De la pandereta de Mérimée al elogio de la chilaba», podría titular un humorista remedando la «africanización» a lo J. G. Por mi parte, no me cabe la menor duda de que esta superquijotesca «salida africana» cae de lleno en esa «mitología de la miseria española» que he denunciado en otro lugar (*El hombre y su historia*, Ediciones Arión, Madrid, 1961). Parece casi inimaginable que un escritor como J. G. que tan bien conoce la miseria de las clases populares españolas (la ha descrito fielmente en algunos de sus relatos) se deje atrapar en las redes de esa mitología y nos ofrezca en vez de soluciones reales y tangibles, fantasmas literarios a lo Uná-muno.

de sus colegas europeos. En cambio, una comparación con los niveles africanos o en general del «Tercer Mundo» quizá hiciera pensar a las clases populares españolas que después de todo su suerte no es tan desgraciada. Y si una política socialista ha de basarse primordialmente en la promoción de la conciencia proletaria, ¿cómo puede afirmarse que, al menos en este nivel estructural, «la apertura europea es una solución reaccionaria»? (9).

Nadie que esté en su sano juicio puede pensar que este contacto con la Europa no oficial sino real —la de los altos niveles de vida, los sindicatos y los partidos obreros, las luchas de clases, las libertades democráticas, las universidades, las fábricas, la cultura...— vaya a corromper no sé qué «pureza revolucionaria» del español popular. Y, sin embargo, esto es lo que parece darnos a entender J. G. ¿Es que supone que los obreros y campesinos españoles que entran en contacto con Europa —personalmente o de oídas— se van a convertir a las tesis neocapitalistas y al espíritu de guerra fría de los gobernantes europeos? Si queremos atenernos a una concepción no «intelectualista» sino concreta de la mecánica de un posible desarrollo revolucionario español, habría que razonar del siguiente modo: la presencia, entre otros factores, de la Europa real —esa que antes enumerábamos, no la de sus gobiernos conservadores, que no son eternos— representa en la conciencia del español popular una grave denuncia de las estructuras feudales y rapazmente capitalistas que le aplastan. En tales condiciones, proponerle un acercamiento real a Europa es proponerle un proyecto revolucionario en la práctica. Porque no hay que olvidar que, para conseguir en España en un plazo relativamente breve un nivel de vida europeo, son necesarias una serie de reformas económicas, sociales y políticas de carácter muy radical; ahora bien, dada la petrificación clasista y la relación de fuerzas en España, esas reformas radicales sólo pueden realizarse **revolucionariamente**, es decir, a través de una aguda tensión entre las clases (provocada por la resistencia encarnizada de los poseedores) y sobre la base de una enérgica movilización política de las masas populares; en una palabra, mediante una política auténticamente socialista. He aquí un esquema que, discutible o no, parte por lo menos de un imperativo socialista fundamental: el del desarrollo de la conciencia obrera como motor revolucionario. Y, en este sentido, es a mi juicio infinitamente más importante desde el punto de vista político que esa conciencia avance aunque sólo sea a la velocidad de la tortuga que el hecho de que un intelectual se plante a la velocidad de la luz en Sirio (10).

(9) El único factor extraeuropeo —procedente del «Tercer Mundo» o, mejor dicho, de sus alrededores— que ejerce su influencia sobre las masas populares españolas —no sólo sobre los intelectuales— es sin duda la Revolución cubana, por tantos conceptos admirable, original y fecunda. La influencia de Castro, personaje tan hispánico en sus virtudes como en sus excesos, y del castrismo es evidente. Ello se explica por diversas razones: primera, se trata, con todos sus errores, de una revolución popular y socialista y de una revolución que se hace —dato importantísimo— en español; segunda, Cuba tenía una estructura rural parecida a la española (colonialismo económico aparte); tercera, la simpatía popular por la Revolución cubana es además una reacción automática a los furiosos ataques del Régimen contra ella; cuarta, la lucha antinorteamericana de los cubanos tiene un eco en la reacción popular española contra los Estados Unidos en cuanto valedores del régimen actual...

(10) He aquí un juicio que quizá me recuse J. G., a juzgar por lo que dice en el número de octubre de la revista italiana *L'Europa Letteraria*. Contestando a unas malévolas acusaciones del profesor Chiti-Batelli, que defiende a Dionisio Ridruejo frente a otras no menos malévolas insinuaciones de J. G., nuestro autor afirma: «Si Ridruejo habla como político está en su derecho, como yo estoy en el mío al hacerlo como intelectual. El político... acepta determinados compromisos con la realidad en beneficio de la eficacia de su acción. Pero la ideología es una cosa y otra la táctica. Si, como intelectual, admito que el político siga una táctica, en ningún caso le concedo el derecho a forjar una ideología al servicio de esa táctica, un arte, una literatura al servicio de esa táctica». (Los subrayados

Pero a J. G., en su santo horror antieuropeo, le indigna que los obreros españoles atraviesen los Pirineos en busca de trabajo. Yo comparto su indignación en lo que atañe a nuestro Gobierno, que no sabe ni dar trabajo a su pueblo; pero no veo en qué es responsable Europa de esta situación, ni en qué la agrava. Al fin y al cabo, unos cuantos cientos de miles de españoles comen y aun ahorran algún dinero gracias a ella. Que el capitalismo europeo les explota (aún más que a sus propios obreros), no cabe duda; pero, como me decía un campesino malagueño que volvía de Alemania: «Aquí a veces comemos mantequilla mientras que en Málaga ni siquiera teníamos aceite». Esta respuesta, en su ingenuidad, nos señala claramente el norte de nuestra indignación: de sentir vergüenza por este éxodo forzoso (¡y cómo no sentirla!), debemos avergonzarnos de España y del Gobierno que le hace posible.

Pero aún hay otra indignación de J. G. que me parece más disparatada: la que le producen los millones de turistas que todos los años invaden España. A esos turistas parece que quisiera nuestro autor cerrarles las puertas de los Pirineos. En lugar de pensar que suponen un enorme ingreso en divisas que algún día aprovechará al pueblo español y que, sobre todo, llevan a España ese «aire viciado de Europa» (la expresión no es de J. G., sino del general Franco) que, en la atmósfera asfixiante de España, a mí me parece un aire más bien revolucionario (comparación de niveles a que antes aludía), J. G. considera que lo que hacen es humillar a España, «extasiándose» ante su miseria como un «motivo estético» o buscando en ella un «refugio o asilo espiritual». De existir ese tipo de turistas, imagino que, si son franceses, deben estar cerca de la O.A.S. o del «poujadismo», en todo caso de la derecha. ¿Los millones de obreros o de hombres de izquierda que van a España se ponen también esas gafas para contemplar a nuestro país? ¿Y si juzgáramos por un caso límite que yo conozco: el de un francés medio que se echó a llorar de indignación la primera vez que vió por dentro cómo se vivía en una aldea española? (11).

Son muchos los aspectos de la relación España-Europa que aún nos quedan por analizar. Nos vamos a limitar aquí, para terminar, a uno de los más característicos: el de la cultura española frente a la europea.

«El objetivo actual de los intelectuales españoles —afirma J. G.— debería ser la elaboración rigurosa de una cultura nacional y popular de signo radicalmente opuesto a la cultura europea oficial». Afirmación que

son míos.) He aquí unas afirmaciones que podríamos aplaudir complacidos por su tono claramente antistalinista si no fueran también claramente antimarxistas. Ya es grave que J. G. distinga tan tajantemente entre lo político y lo intelectual, entre la táctica y la ideología (como si, para un pensamiento dialéctico, no estuvieran profundamente unidas). Pero ¿qué decir de la pretensión de hablar intelectualmente, es decir extrapolíticamente, de una política, extratácticamente de una táctica? Porque a ningún lector se le ocurrirá dudar de que en su artículo «España y Europa» J. G. propone precisamente una política y una táctica. Lo que pasa es que esa política y esa táctica tienen poco que ver con la clase obrera y el socialismo e incluso —a pesar de las malévolas insinuaciones del profesor Chiti-Batelli— con el comunismo (aunque no conozco las tesis oficiales sobre Europa del P.C.E., me atrevo a suponer que son mucho más realistas y mucho más inteligentes que las de J. G., aunque sólo sea porque aquél sí tiene que contar con la enorme realidad que suponen treinta millones de españoles). No, la política y la táctica de J. G. son las de un intelectual que «no acepta compromisos con la realidad»... Ya se ve que J. G. ha optado, como intelectual (malo), por la ideología, superestructura fetichista en el sentido de Marx. He aquí un ejemplo claro de mentalidad «pequeño intelectual».

(11) Esta quijotesca «salida» de nuestro autor contra «las nubes de saltamontes» turísticas que se abaten sobre nuestro país le sugiere una defensa de la pureza hispánica de las corridas de toros que, en la pluma de un escritor progresista, resulta verdaderamente fantástica. He aquí la escena que nos describe: la plaza de toros de San Feliu de Guixols estaba llena de extranjeros que «bebían coca-cola, compraban banderillas y corri-

quizá pudiéramos suscribir si la vaguedad de las expresiones no nos impidiera saber de qué se trata realmente. Porque ¿qué hay que entender por «cultura europea oficial»? ¿las teorías neocapitalistas, la embrutecedora civilización del «gadget», el fascismo o el racismo franco o encubierto, la mentalidad pequeñoeuropea, la seudofilosofía de los «valores morales de Occidente» como antídoto contra la cultura marxista...?, ¿o bien entran también en el concepto los valores democráticos reales, la libertad dialéctica en el plano ideológico, el marxismo de Gramsci y Lukacs, el existencialismo de Heidegger y la filosofía dialéctica de Sartre, la Sorbona y Heidelberg, la sociología y el psicoanálisis, el surrealismo, el «nouveau roman» y el realismo novelístico italiano, la pintura abstracta y la música dodecafónica...? Si por «cultura europea oficial» hay que entender lo primero, no cabe duda: los españoles debemos luchar contra ella. Pero, en tal caso, ¿por qué ir a buscar su antídoto en una problemática y vaga «cultura nacional y popular» cuando tan fácil es encontrarlo en la cultura europea no oficial, la que hemos enumerado en segundo término? En cuanto al concepto mismo de una «cultura nacional y popular» española, que antes he calificado de problemático y vago, es además peligroso. Todos los teóricos españoles de la reacción —desde Donoso Cortés hasta Maeztu, Pemán y los escritores falangistas o neofalangistas— han hablado siempre, y siguen hoy hablando, de una «cultura nacional española», anclada en el pasado, «hostil a las tendencias políticas e ideológicas modernas» y a la «contaminación europea» (la frase es del mismo Goytisolo). Frente a esa corriente existe la corriente progresista, abierta a Europa y al resto del mundo: ¿hay algo en esta última corriente que se oponga «radicalmente» a la cultura europea no oficial —que es prácticamente el ochenta o noventa por ciento de la cultura europea a secas—? Es cierto que existe un particularismo histórico-cultural español (como existe, menos acentuado, otro italiano, francés, inglés...), y no es cuestión de que los intelectuales españoles renuncien por entero a él —su deber es adaptarlo a las necesidades generales de una sociedad industrial moderna. Pero, por lo mismo que es un particularismo y no una cultura sustantiva, su desarrollo no tiene por qué oponerse al de la cultura europea viva, de la que en definitiva es un aspecto más, como la cultura rusa, la inglesa... De hablar de una cultura europea —que hoy es en gran parte cultura moderna universal—, hay que hacerlo entendiendo por ella aquel espacio intelectual que va desde Dostoiévsky, Cholojov y Lenin hasta Bertrand Russell, William Faulkner, Miguel de Unamuno y Pablo Neruda, pasando por Marx, Freud, Pirandello, Sartre, Proust y otros miles de espíritus que han enriquecido «el mundo de las ideas y de las formas».

J. G. añade a su «cultura nacional» un calificativo más: «popular», palabra de bellas resonancias pero, me temo, demasiado vaga. Si J. G. dijera «cultura proletaria», el concepto resultaría más preciso (aunque no lo bastante preciso, porque aún quedaría por averiguar cómo se entiende esa «cultura proletaria»: si a la manera de Jdanov, como una dogmática del mal gusto y de los valores anquilosados de la burocracia stalinista —que hoy ya empiezan a rechazar los mismos intelectuales soviéticos—, o bien a la manera de Trotsky (en *Literatura y Revolución*), como transición efímera hacia una cultura universal).

das con torerillos de plomo..., reían las payasadas de los diestros», etc.; en cambio, «los españoles que allí estábamos —dice J. G.— vivíamos una terrible agonía». Confieso que esta «agonía» inverosímil me deja boquiabierto: ¿no hubiera sido mucho más lógico alegrarse? Por mi parte, el día que a las corridas de toros no acudan más que turistas extranjeros —como a la Torre Eiffel o a Pigalle en París— pensaré que España empieza a salir de su marasmo (no porque crea que la corrida es la causa de nuestra decadencia, sino porque es un signo revelador y una estructura social y cultural protectora de ella). Me pregunto quién se extasia de verdad ante ese «alma de España» (concepto reaccionario a lo Unamuno): los turistas o J. G. Donde menos se espera, salta la... «mitología de la miseria española».

En definitiva, creo que este «nacionalismo cultural» no le puede servir de nada al pueblo español en su lucha por librarse de los demonios de su historia; y, por otro lado, en el plano de la cultura universal, supone un obstáculo más frente a ese esfuerzo «por devolver al mundo de las ideas y de las formas su unidad, sus contradicciones fecundas, sus competiciones pacíficas y, en última instancia, su potencia creadora» que Sartre proponía a los intelectuales del mundo en su discurso a la Conferencia del Desarme, de Moscú. Por lo demás, ya dijimos antes que el «nacionalismo cultural», como el político, no puede tener ningún arraigo en la conciencia de las fuerzas populares españolas, que no se sienten, como las argelinas o las cubanas, colonizadas por Europa y reificadas por su cultura oficial. El error fundamental de J. G. —el emparejamiento de España junto a los países coloniales y subdesarrollados— se reproduce en el terreno de la cultura.

Llegados a este punto, habría que abordar el examen de un problema al que nos hemos ido acercando poco a poco y que es como el corolario político de este artículo: el del posible ingreso de España en el Mercado Común Europeo y sus consecuencias a corto y largo plazo en relación con el desarrollo económico y las perspectivas socialistas en España. Pero el tema es suficientemente sustantivo para que merezca un artículo aparte; queda pues su examen para una ocasión próxima. Adelantaré aquí de todos modos una conclusión general que me parece se desprende con suficiente claridad de lo que hasta ahora llevo dicho: ni la Europa del Mercado Común resolverá el problema de España, ni lo resolverá el mundo soviético, ni menos el «Tercer Mundo». La solución la tiene en sus manos la propia España —es decir, los españoles en un gran esfuerzo de socialismo y desarrollo—. Mas para ello España no debe encerrarse en una miseria hermética cuyos estragos ya conocemos, sino abrirse con su propia energía interior a Europa (que es su paisaje natural e histórico), a Iberoamérica (que es su paisaje familiar y entrañable) y al resto del mundo (que es su paisaje posible). Así, quizá esta España nuestra, ya tan vieja pero aún haciéndose vuelva un día a «servir a lo humano».

Francisco FERNANDEZ-SANTOS

LES CAHIERS DU CENTRE D'ETUDES SOCIALISTES

- Nº 1. — MARXISME ET PENSEE SCIENTIFIQUE (L. Schwartz)
 Nº 2. — DE L'EMANCIPATION NATIONALE A LA REVOLUTION SOCIALISTE EN AFRIQUE NOIRE (Th. Munzer)
 Nº 7-8. — LES NOUVELLES REALITES SOCIALES (S. Mallet)
 A REALITES NOUVELLES, ORIENTATION POLITIQUE NOUVELLE (Y. Craipeau)
 Nº 11-11 bis. — LES CONDITIONS DE LA RECHERCHE SCIENTIFIQUE ET LE MARXISME (J. Langevin)
 — MARXISME ET PENSEE SCIENTIFIQUE (L. Schwartz)
 Nº 12. — L'ARMEE ET L'ETAT EN FRANCE (P. Naville)
 Nº 13-14. — STRUCTURES SOCIALES ET ACTION DE MASSE (A. Hauriou, P. Naville).
 Nº 20. — IDEOLOGIE ET VERITE (Henri Lefebvre, François Chatelet)
 Nº 21-22. — PROBLEMES DU SOCIALISME INTERNATIONAL (Lelio Basso)
 Nº 23-24. — LES TRAVAILLEURS PEUVENT-ILS GERER L'ECONOMIE ? (débat entre Pierre Naville, Serge Mallet, C. Lefort, Pierre Mendès-France)

ABONNEMENTS (par numéro) : France : 15 cours, 15 F ; 30 cours, 29 F ; 55 cours, 53 F. — Etranger : 15 cours, 21 F ; 30 cours, 40 F ; 55 cours, 66 F.

Rédaction et Administration : 17, rue de Chaligny, Paris (12^e)
 C.C.P. PARIS 18.462-71 — Tél. : DOR. 23-96

Respuesta a F. Fernández-Santos

Sr. Director de «Tribuna Socialista»

P A R I S

Distinguido amigo:

Acaba de llegar a mis manos el ensayo de Francisco Fernández-Santos «España, Europa y el Tercer Mundo» escrito, aparentemente, con la intención de contestar a otro titulado «España y Europa» que publiqué en la revista *Les Temps Modernes* en el número de julio del pasado año. Como lector no puedo menos que felicitar a Fernández-Santos por la brillante exposición de sus ideas respecto al tema y el laudable propósito de deshacer los terribles entuertos que me atribuye. Desde el confuso moralismo camusiano —mimético hasta la transparencia— que impregnaba su primero y único libro de ensayos «El hombre y su historia» hasta su actual punto de vista histórico que «en lo esencial es el de Marx», nuestro ensayista ha profundizado seriamente el análisis de la realidad que le circunda. Su artículo contiene indudables aciertos y observaciones muy finas —como la denominación, aplicada a España, de «economía suburbial»— al lado de muchos tópicos y aplicaciones mecánicas de las tesis de un Marx todavía mal digerido. Una de las características más simpáticas de F.-S. es, por otra parte, el sincero entusiasmo con que defiende, a dos años de intervalo, criterios y causas completamente opuestos (1). A su antigua interpretación del marxismo a través de Camus y Teilhard de Chardin opone ahora el empleo del «método dialéctico de análisis de la realidad histórico-social y el punto de vista del proletariado o más generalmente de las clases trabajadoras» sin incomodarse en lo más mínimo por el cambio. Por ello no nos causó excesivo asombro ver que, situado por obra y gracia de su apresurada lectura de Marx, en el nivel del «desarrollo de las estructuras socioeconómicas» fulminase contra los pobres idealistas gaseosos, pseudomarxistas y partidos políticos de izquierda —comunistas o no— de Europa Occidental que permanecemos al simple «nivel superestructural de lo político o lo ideológico» (2). Habiendo quemado tantas etapas en un lapso de tiempo tan breve, F.-S. en su ardor de neófito, asegura a sus lectores que mi ensayo es un muestrario de «slogans, confusiones y futilidades idealistas», mezcla siniestra de «poujadismo» y mentalidad de señorito «angry young man». Para emplear los propios términos del autor: «un ejemplo claro de mentalidad pequeño-intelectual».

(1) Confrontemos, por ejemplo, las reflexiones sobre la política en el siglo XX tituladas «Individuo e historia» a su posición actual de negar la distinción entre político e intelectual, entre táctica e ideología. «Cuando oye hablar de los principios —escribía, entonces, F.-S.— el «político realista», el táctico, se ríe —para sus adentros al menos— y habla de «señoritos delicados» y de «idealismo gaseoso». Y, tras analizar las consecuencias funestas de la no separación entre táctica e ideología, concluía: «Rebajar la verdad al papel de lacayo de la política es fatal para la política y no digamos para la verdad». («El hombre y su historia», páginas 56-62).

(2) F.-S. perdona la vida —con reservas, es verdad— a los partidos obreros italianos. ¿Habrá advertido en ellos el «socialismo de la interioridad» que postula?

Sus apreciaciones me parecerían dignas del respeto que me merece toda opinión crítica —por muy adversa que sea— si no partieran al mismo tiempo —por desgracia— de una grave deshonestidad inicial. El artículo que F.-S. me atribuye y que denodadamente se esfuerza en demoler tiene, en realidad, un parecido muy remoto con el artículo que publiqué en *Les Temps Modernes*. Deformando continuamente mis intenciones, truncando las citas, edificando suposiciones absolutamente fantasiosas, silenciando algunas de mis observaciones fundamentales, F.-S. se aplica a destruir concienzudamente un castillo de naipes que, de modo arbitrario, ha edificado él mismo.

La táctica es conocida: para combatir mejor al enemigo nuestro ensayista se inventa uno a su medida. Si el artículo real no cuadra con el esquema de la respuesta tanto peor para el artículo real. F.-S. no es hombre atormentado por falsos escrúpulos: decidido a llevar a cabo su demostración mutila, deforma, falsifica o silencia cuanto estorba a sus fines. De tal suerte que, al cabo y a la postre, en lugar de escribir su respuesta en función de mi artículo, reescribe mi artículo en función de su respuesta. Admirable jugador de solitarios sin duda, teje y desteje hipótesis «reales» que existen tan sólo en el reino de su fantasía (curiosamente pobre, por el contrario, cuando se trata de novelas). Parafraseando una fórmula que le es muy cara: mi artículo y su respuesta proceden igualmente de la «cómoda subjetividad»; son, en sentido estricto, «un caso típico de la superchería de la subjetividad».

Poner de manifiesto la doblez y mala fe del adversario es una tarea tan engorrosa como molesta: el juego limpio es un principio admitido por los intelectuales de todas las castas y pelajes que nadie puede violentar impunemente. Por desdicha el método desenfadado y tan poco intelectual de enjuiciar el trabajo ajeno propio de nuestro ensayista me obliga a hacerlo a fin de restablecer la verdad a través de sus silencios tácticos, deformaciones voluntarias e hipótesis gratuitas.

Para alcanzar su objetivo —fabricarse un enemigo a su medida— F.-S. recurre, como veremos, a tres procedimientos clásicos. El primero —y menos grave— consiste en silenciar sistemáticamente cuanto amenaza deslucir la nitidez de su «respuesta». Mi artículo contiene una serie de puntos esenciales que, al no ajustarse al esquema mental de nuestro ensayista, Fernández-Santos estima prudente ignorar. A riesgo de fatigar al lector reproduciremos algunos ya que F.-S., no contento con omitirlos, escribe y argumenta como si no hubieran existido jamás. Veamos unos cuantos: «Cuando Ruiz García nos propone la integración europea como medio de superar unas situaciones «irremediamente viejas» escamotea el fondo de la cuestión... tales situaciones «irremediamente viejas» cabe preguntarse ¿por qué no se resuelven antes?». «La alternativa (a la integración a la Pequeña Europa) existe no obstante y no es otra que la **transformación político-social de España**. Si nuestro país reúne todas las características de un país subdesarrollado el hecho se debe única y exclusivamente a la supervivencia de esas estructuras «irremediamente viejas» que impiden el desenvolvimiento de la vida económica nacional... «La integración —sin una reforma radical de nuestras estructuras— no haría sino acelerar y amplificar dicho proceso (recesión económica originada por el Plan de Estabilización)». «Si por un lado... la expansión industrial de las naciones del Mercado Común les obliga a volver los ojos hacia los países que, como España, componen el cinturón pobre de Europa meridional, por otro, el interés de nuestra oligarquía le orienta a buscar en la integración un medio de resolver el problema agrícola, favoreciendo la emigración de los excedentes de mano de obra a las fábricas y minas europeas. En otras palabras, **integración en lugar de Reforma agraria**». «Los españoles tenemos que rechazar con firmeza la trampa de la integración. La España nueva podrá aceptarla un día si el país lo decide así, libremente. Ahora equivaldría a construir una casa empezando por el tejado... «No se trata en modo alguno de romper las amarras que nos unen a la Pequeña

Europa, sino de plantear el problema de nuestras relaciones políticas, culturales y económicas con toda Europa desde un plano de absoluta igualdad», etc. Estos y otros muchos extremos —como mi análisis del pensamiento progresivo español desde el siglo XVIII hasta Machado (3) F.-S. los suprime por arte de birlibirloque. En aras de la brillantez de su «demostración» en vez de acomodar el zapato al pie, mutila los dedos del pie para que calce el zapato. Según nuestro ensayista mi referencia a Europa es ambigua, puesto que hay «en realidad varias Europas divergentes» (4). En mi artículo, dice, no se aprecia a qué Europa me opongo (5). (De mis referencias a la Pequeña Europa del Mercado Común y a las necesarias relaciones con toda Europa ni una palabra.) Mi análisis de la situación española, añade más lejos, obedece a una «concepción puramente economista e inerte» (que es, oh dioses del cielo, positivista americana y no marxista), siendo así que depende, ante todo, de la eliminación de los obstáculos interiores que no son tanto «económicos, como en lo esencial, sociales y sobre todo políticos»... «La Europa del Mercado Común —arguye frente a mi «silencio» Fernández-Santos— no resolverá el problema de España... la solución la tiene en sus manos la propia España... para conseguir en España un nivel de vida europeo son necesarias una serie de reformas económicas, sociales y políticas de carácter muy radical... esas reformas radicales sólo pueden realizarse **revolucionariamente**», etc., etc. (Gracias, Fernández-Santos, muchas gracias). El método de nuestro ensayista —como el lector habrá podido apreciar— es el resultado de tres operaciones de alto contenido marxistas consistentes en: 1º) silenciar un punto cualquiera del artículo «enemigo»; 2º) desenvolver una tesis idéntica a la del pasaje eliminado; 3º) reprochar seguidamente la «omisión» a su autor. Después de mutilarme de pies y brazos exclama: «Miren. Es cojo y manco». ¿Se habrá propuesto acaso F.-S. tomarnos el pelo?

Su segundo procedimiento —más propio, me temo, de Tartufo que de Carlos Marx— radica en deformar a sabiendas las intenciones del «adversario», ya sea mediante la reproducción de citas truncadas —que inserta de modo mecánico en contextos enteramente distintos— ya sea mediante la interpretación falaz o abusiva de sus tesis que trata de hacer encajar en el esquema previamente elaborado de su «respuesta». Preciso es confesar aquí que F.-S. se revela una vez más maestro consumado en el

(3) Pasando por alto toda la primera parte de mi artículo —inexistente en virtud de una decisión sin recurso de nuestro ensayista— F.-S. escribe: «La cultura española es una cultura profundamente escindida con tendencias que se repelen mutuamente desde hace siglos. ¿Y podrá nadie negar que, frente a esa cultura pñrificada del tradicionalismo existe otra cultura dinámica, cradora, a veces quizá sólo en embrión, que se ha manifestado en las más altas obras del arte hispánico y en los momentos supremos de la historia del pueblo español?» Una vez más F.-S. nos da un botón de muestra de su «cómoda subjetividad».

(4) «La unidad europea es un puro continente que puede llenarse con diversos contenidos: desde una política fascista o reaccionaria hasta una política socialista», me lanza F.-S. a la cara. En mi respuesta a Chiti-Batelli y que cita luego —y que conoce por lo tanto— nuestro ensayista ha leído sin embargo: «Al emplear la palabra europeísmo el señor Chiti-Batelli debe darse cuenta de que maneja un término hueco que cada cual usa a su manera. Hitler y Mussolini eran europeístas tan sinceros como lo son hoy, pongamos por caso, De Gaulle y Adenauer, los líderes de la internacional socialista y —¿por qué no?— los partidos comunistas de Europa Occidental. El problema está en saber qué clase de Europa se trata; esto es qué intereses se defienden» ¿Superchería subjetiva u olvido involuntario?

(5) «En el plano económico, como en el cultural y en el político, la apertura europea es una solución reaccionaria, afirma J. G. La rotundidad de la afirmación, sin matizaciones, sin distinguir entre varias soluciones europeas y diversas Europas reales o posibles, sorprende al lector». (F.-S.) Y al autor también. Al releerme «a través» de F.-S. confieso haber sido el primer sorprendido.

juego de la «cómoda subjetividad». La gama de sus atropellos a la verdad va desde el pormenor insignificante (verbigracia: como imputarme la frase «contaminación europea» aplicada a los obreros españoles que emigran en busca de trabajo siendo así que la empleo para fustigar, al revés, la corriente tradicionalista decimonónica que «atribuye todos los males de España a la contaminación europea») hasta la asignación gratuita, malévola o descabellada de cualquier disparate solemne forjado por su mente de (pequeño) intelectual. Excusándonos de nuevo ante el lector examinaremos varios ejemplos (sólo unos pocos) de la «objetividad» de nuestro ensayista: 1) Al mencionar el retroceso continuo de las fuerzas democráticas en los países de Europa Occidental —fenómeno que admite también F.-S. en su respuesta— aludía en mi artículo a la «españolización» del Continente y comentaba: «Cuando el Jefe del Estado español dice: «nuestras diferencias con los países occidentales provienen del hecho de que estamos más avanzados que ellos», su afirmación no es en modo alguno una fanfarronada como alguien pudo creer; responde, por el contrario, a un análisis de la situación real y objetivo» para cualquier lector de mediana capacidad el sentido y la intención de mis palabras estaban bien claros: este «avance» es un ejemplo anticipado del actual proceso de regresión de las fuerzas democráticas en la mayor parte de los países miembros del Mercado Común Europeo. Por si cupiera alguna duda escribía unas líneas después: «Precursores de la decadencia, según la terminología de Ganivet... descubrimos con estupor que (la retórica de los colonialistas del siglo XIX) parece inspirar directamente a los modernos líderes radicales o socialistas (los Guy Mollet, Felix Gaillard, etc.). Veamos, ahora, la interpretación de Fernández-Santos. «Así pues —escribe— según Juan Goytisolo y el general Franco «nuestras diferencias con los países occidentales provienen de que estamos más avanzados que ellos». Bonita frase que habría que ir a repetir en las estaciones fronterizas de los Pirineos a los miles de españoles que vienen a buscar trabajo a esta Europa «más atrasada que España»; hay que convencerles de que cometen una estupidez abandonando España por algo peor, y así quizá se acabe este éxodo español hacia Europa que tanto le duele a Juan Goytisolo». Como el lector podrá apreciar F.-S. toma el «avanzado» por moneda cantante y sonante. Su cerrazón mental hubiera podido inspirarme indulgencia si, unas páginas antes, analizando mi frase «en la Europa «avanzada» de hoy sólo el proletariado es una clase **avanzada**» el propio Fernández-Santos no me hubiese dado la prueba evidente de su doblez (6): mientras en esta ocasión juzga el entrecuillado de «avanzada» como una ironía, tratándose de mi interpretación de las palabras del Jefe del Estado finge aceptarlo como una realidad. En una oportunidad, avance es para él avance, en otra, lo toma como sinónimo de retroceso. ¿Nos hallamos ante un caso de mala fe o de desdoblamiento de la personalidad?; 2) Pero sigamos con la lista. En mi ensayo de T. M. escribía textualmente: «Mientras la prensa habla del derecho de emigrar y ensalza las virtudes turísticas de nuestra tierra, millares y millares de españoles se ven obligados a buscar en el extranjero el pan que no se les ha sabido dar en casa. España se ha convertido en el primer país exportador de peones obreros y chicas de servicio. A la ventura de mis viajes he topado con españoles por toda la geografía de Europa, etcétera» F.-S., instalado en la verdad de sus «estructuras socio-económicas» resume mi posición de este modo: «A J. G., en su santo horror antieuropeo, le indigna que los obreros españoles atraviesen los Pirineos en busca de trabajo... pero no veo en qué es responsable Europa de esta situación ni en qué la agrava. Al fin y al cabo, unos cuantos cientos de miles de españoles comen y aun ahorran algún dinero gracias a ella». Entre el artículo real y el imaginado por nuestro ensayista cualquier parentesco es pura coincidencia. No, Fernández-Santos, no me indigna que los españoles pue-

(6) «Y aunque (Juan Goytisolo) hace una excepción a su desprecio antieuropeo en favor del proletariado...» Aquí «avance» (entrecuillado) ha sido tomado en su justo sentido: como sinónimo de regresión.

dan comer y ahorrar gracias a Europa. Me indigna como a ti que deban buscar fuera el pan que no se les ha sabido dar en casa, que es cosa muy distinta como tú sabes bien. En mi artículo no culpo para nada a Europa sino a las estructuras político-sociales españolas. Como en el ejemplo anterior emites una afirmación puramente gratuita que responde, mucho me temo, a «una actitud de facilismo intelectual y moral»; 3) En mi ensayo de T. M. escribía: «España lleva el camino de ser criada y peón de Europa y, entre tanto, millones de europeos caen como nubes de langosta sobre nuestro país y se maravillan y se extasían ante la hermosura de su alma». Traducido al estilo de F.-S. el párrafo se convierte: «Hay otra indignación de J. G. que me parece más disparatada: la que le producen los millones de turistas que todos los años invaden España. A estos turistas parece que quisiera nuestro autor cerrarles las puertas de los Pirineos. En lugar de pensar que suponen un enorme ingreso de divisas que algún día aprovechará el pueblo español... J. G. considera que lo que hacen es humillar a España», etc.) Por todos los diablos ¿de dónde habrá sacado F.-S. mi «indignación», mi propósito de «cerrar los Pirineos» a los turistas, mi desprecio a las divisas que nos aportan? ¿La escena que describo en la plaza de toros de San Feliu de Guíxols y que F.-S. «interpreta» a su manera unas líneas más abajo es, honradamente, una defensa quijotesca de «la pureza hispánica de la corrida» y de la manoseada «alma de España» (7)? Nos hallamos de nuevo en plena «superchería de la subjetividad» de nuestro ensayista. Pero —nos atreveríamos a preguntarle— ¿acaso es éste un método digno de un intelectual «profundamente consciente de las responsabilidades morales e intelectuales que el marxismo impone a quien a él se acoge»? 4) De cabo a rabo de su artículo F.-S. manipula, deforma, mutila e interpreta a placer el ensayo imaginado sin inquietarse en ningún momento de la existencia del ensayo real. En su pluma mi «hora es, quizás, de africanizarse, como diría Unamuno» se trueca en «el imperativo de africanización propuesto por J. G.» (Dicho sea entre paréntesis, ¿se trata de una proposición o de un imperativo?) Empezar la transformación de España con nuestras propias fuerzas puesto que nadie nos puede ayudar desde fuera (8) —sentido que daba Unamuno a la «africanización»— es, para él, invitación al tribalismo y la barbarie, etc... Si mi visión de la realidad española es la de un habitante del planeta Sirio habrá que concluir entonces que entre la verdad y nuestro ensayista existe un abismo mayor que la Vía Láctea.

Pero analicemos todavía, aunque sea a vuelapluma, su tercer procedimiento: el de la hipótesis. Pues F.-S. no se limita a silenciar y deformar a su antojo sino que, dando rienda suelta a una fantasía que, desgraciadamente, no se manifiesta jamás en sus relatos, aventura suposiciones cómicas respecto a mis propósitos y me convierte en un verdadero personaje de fábula. El lector habrá podido observar la utilización frecuente de fórmulas tales que: «Pero, quizá me replique Juan Goytisolo...» «Naturalmente esta solución no nos la propone Juan Goytisolo (y seguramente no la aceptará); pero es la consecuencia que...» «Para afirmar tal cosa habría que hacer tabla rasa de... y esto es lo que parece hacer Goytisolo.

(7) En mi ensayo «Actualidad de Larra» —que F.-S. conoce— escribía por el contrario: «Si la belleza de la corrida supone un régimen de latifundio responsable de la miseria del bracero andaluz; si el brillo del sol sirve de justificación a nuestra pereza y nos incita a cruzarnos de brazos, en buena hora desaparezcan sol y toros».

(8) La esperanza en una milagrosa intervención americana, o británica, originada por un cambio en la administración del State Department o por un triunfo electoral del Labour Party paraliza aún incomprensiblemente a un gran sector de la oposición española. Para cualquier persona algo realista se trata de una esperanza sin fundamento alguno, completamente ilusoria. Si los americanos intervienen un día en nuestros asuntos está bien claro que lo harán para salvaguardar las fosilizadas estructuras que garantizan sus intereses.

Hagámosle una concesión: supongamos que...» «Quizá esta idea responda a una concepción (no explícita en J. G.) de una posible revolución española, pero me permitiré decirle que...» «Y sin embargo esto es lo que parece darnos a entender J. G. ¿Es que supone que...?» «A estos turistas parece que quisiera nuestro autor...», etc., etc. Recurriendo a estas frases (quizá, habría que, parece que, supongamos), omitiendo y deformando el artículo real en su deliberado y claro proceso de intenciones, F.-S. me amalgama indiscriminadamente (la indiscriminación «implícita» que tanto me reprocha) con John Osborne, Gaitskell y el general Franco, me hace predicar la africanización al pueblo español («asombrado» e «indignado» por mis palabras), me imagina en las estaciones fronterizas de los Pirineos arrendando a los obreros emigrantes acerca del adelanto de España, me paga un viaje (a la velocidad de la luz) al planeta Sirio. Si aplicara a su artículo el mismo tratamiento que emplea con el mío me comprometo a escribir igualmente una «respuesta» tan divertida como la suya (y que, como la suya, tenga muy poco o nada que ver con la verdad) comparándole con el negus de Abisinia, el abbé Pierre y Johnny Halliday, predicando (con una taza de té en la mano) el «socialismo de la interioridad» a los esquimales y ofreciéndole el precio de un trayecto en taxi hasta cualquier centro (serio) de estudios marxistas (9). El uso de semejantes procedimientos invalida una buena argumentación y se vuelve fatalmente contra quien los utiliza. Es una lástima que F.-S. haya cedido a la tentación del subjetivismo que, con tanta razón, denuncia en sus páginas. Su artículo contiene, como dijimos al principio, precisiones sumamente interesantes, objetivas, que voy a intentar rescatar ahora entre la triste hojarasca de sus deformaciones, hipótesis y falsedades.

Examinaremos algunas: para F.-S. mi referencia a Cuba, al Tercer Mundo es una «salida de intelectual». «¿Qué significa para ellos (los obreros españoles) —escribe— en la realidad opresora de sus problemas cotidianos, esa apertura al Tercer Mundo, esa africanización de España? Absolutamente nada: palabras, palabras y palabras. En cambio hablarles de Europa es hablarles de algo tangible, cada vez más concreto, al alcance de la mano para los que emigran o para los que oyen a los emigrantes. Esta sí que es una ruptura real, estructural, del aislamiento español». Y, a lo largo de su artículo intenta convencernos de que: 1.º ninguna transformación radical de las estructuras políticas, sociales y económicas españolas es posible en las presentes circunstancias; 2.º proponer al proletariado español un acercamiento real a Europa (capitalista) es proponerle «un proyecto revolucionario en la práctica»; 3.º el cambio se producirá a través de Europa o no se producirá; 4.º Europa se podrá orientar algún día hacia el socialismo y orientar por lo tanto a España.

Su análisis es muy razonable: tan razonable cuando menos como el de los políticos cubanos —no pretendo con ello amalgamar situaciones distintas sino citar un ejemplo— que en la época del asalto al Moncada juzgaban que: 1.º la posibilidad de un socialismo en Cuba era una salida de intelectual... Palabras, palabras y palabras; 2.º ninguna solución era posible desde dentro (esto es, sin la ayuda de los EE.UU.); 3.º la emigración laboral a los EE.UU. de millares y millares de cubanos constituía una fuente de divisas para el país; 4.º Estados Unidos podía «mejorar» algún día y «democratizarse». Como F.-S. contaban con la aprobación de la gran mayoría de la clase trabajadora de su país —para la cual la posibilidad de buscar empleo en el Norte era un proyecto revolucionario en la práctica— y su análisis se fundaba —como el de nuestro ensayista— en el nivel

(9) «De la pandereta de Mérimée al elogio de la chilaba» podría titular un humanista remedando la africanización a lo J. G.» escribe Fernández-Santos. Utilizando el mismo tipo de humor podría escribir igualmente: «De la Santidad Camusiana a la Estructura Socio-Económica», remedando el sarampión ideológico de F.-S. ¿Se da cuenta nuestro ensayista del facilismo de semejantes procedimientos?

de las fuerzas y relaciones de producción existentes en Cuba. Como él, igualmente, confundían la mayoría con la totalidad y preconizaban la solución popular y más fácil frente a la no popular y más difícil. «Pero la realidad, que no es perezosa aunque sea lenta —la frase no es mía, sino del propio Fernández-Santos— rompe un día todos los moldes que le imponen la comodidad y la rutina y ofrece la sorpresa dialéctica de lo nuevo». Si F.-S. dice: la solución europea es infinitamente más tangible y cuenta con el apoyo de la mayoría de los españoles estaremos de acuerdo con él. Si dice, en cambio, que es la **única** solución posible para todos los españoles le responderemos que somos bastantes quienes consideramos el europeísmo actual de algunos izquierdistas —la integración de la España de hoy en la pequeña Europa de hoy— la expresión de una política oportunista de «arrimarse al sol que más caliente». Ni la integración en la Europa de los trusts nos parece una fatalidad histórica ni nos asusta ser una minoría. Que la empresa es ardua y las posibilidades de éxito reducidas no son razones suficientes para hacernos capitular ideológicamente ante una ineluctabilidad falsa.

Dejando a un lado el juego de las probabilidades —que la historia zanjará a su debido tiempo— aclararé los motivos por los cuales el salto cualitativo de Cuba y otros países del Tercer Mundo me parece más apto a nuestra realidad española que el anhelado ingreso en el Mercado Común, no sin dejar antes constancia de que éste —el contacto con la pequeña Europa— significa también un progreso —lento y pequeño, es verdad— para la España de hoy y que, al apostar por él, los defensores de las actuales estructuras optan por la política del mal menor: mal menor que es mejora menor para la gran mayoría del pueblo español, pero mejora en suma que sería insensato rechazar en nombre de la política de Todo o Nada. Esperando el salto cualitativo el obrero español y el campesino y el intelectual tienen el derecho y el deber de progresar dentro de la perspectiva neocapitalista europea, aunque este progreso se limite —el ejemplo de Italia y Grecia lo demuestra— a determinados núcleos y sectores industriales y agrícolas y no suponga para los restantes ninguna modificación esencial —contrariamente a lo que ocurre en Cuba. En otros términos: la lucha por una solución avanzada (difícil y lejana en el tiempo) no implica ni mucho menos, renunciar a las ventajas de la solución reaccionaria o menos avanzada (pero más fácil y más próxima). Como veremos más lejos importa no confundir sobre todo —como hace F.-S.— ideología y táctica política del momento.

Para comprender alguna cosa de los males que afligen a España es preciso tener en cuenta la diversidad de nuestro calendario. En el instante en que en Francia o Inglaterra por ejemplo la burguesía adquiría conciencia de sí misma y asumía sus responsabilidades, en España demostró una incapacidad enfermiza en el desempeño de la función rectora que la evolución del mundo moderno le imponía. En 1900 había fracasado ya en tanto que burguesía por no haber sabido llevar a buen término la industrialización y la reforma agraria necesarias para la liquidación de las estructuras medioevales de nuestro país. Más tarde, al originarse el gran desenvolvimiento del sistema bancario y la formación de los primeros monopolios, estos fenómenos característicos del siglo XX se produjeron paralelamente a un conjunto de situaciones y tensiones sociales propias del XIX. La interrelación de hechos económicos pertenecientes a siglos distintos explica a la vez nuestras contradicciones políticas y la debilidad de la clase burguesa. Poco a poco se habían ido creando en España una serie de problemas de producción y conflictos sociales sin que surgiesen al mismo tiempo —como en Francia o Inglaterra— los factores susceptibles de mitigarlos. Así nació un desajuste de las situaciones históricas —mal endémico de los países subdesarrollados— que impidió la estabilidad del sistema de democracia parlamentaria y pluralidad de partidos.

En España el capitalismo de tipo monopolista coexiste junto a una

agricultura feudal. La simultaneidad de los fenómenos —capitalista uno, medioeval otro— aclara la actual confusión: mientras la burguesía catalana, demos por caso, lucha contra el feudalismo centrista para imponer su política de monopolio industrial, el bracero andaluz lo hace enarbolando la bandera de la reforma agraria; al mismo tiempo —y el ejemplo ilustra la yuxtaposición de que hablábamos— el proletariado catalán y el proletariado andaluz de Cataluña combaten frente a la explotación a que les somete la burguesía catalana antilatifundista. Los españoles padecemos una grave amnesia voluntaria respecto a la época en que vivimos. Nos comportamos como europeos de 1963 cuando, en realidad, vivimos anclados un siglo atrás. En tanto que los «notables» de los monopolios y la banca discuten los pros y contras de la entrada de España en el Mercado Común, los problemas planteados por Jovellanos en el siglo XVIII y Flores Estrada y Pí y Margall en el XIX siguen sin resolver. Leyendo los artículos «europeístas» recientemente publicados por algunos colegas de cuya buena fe no puedo dudar he llegado a la conclusión de que los españoles nos deberíamos psicoanalizar respecto a nuestro actual comportamiento histórico.

Una democratización eventual como en Italia o la incorporación al Mercado Común europeo no resolverían ninguno de nuestros problemas. El ejemplo de Sicilia y demás zonas subdesarrolladas del Mezzogiorno lo prueba de modo concluyente. Bajo el fascismo y durante los primeros años de la postguerra estas regiones «suburbiales» sufrieron un verdadero proceso de desindustrialización. Desde 1952 hasta ahora su incremento industrial ha sido del orden de un 16 % pero, en realidad, el desequilibrio económico con respecto al Norte —cuyo progreso en el mismo período se eleva a un 38 %— ha aumentado aún. Por encima de todo la clase dirigente meridional italiana ha demostrado —como la española— su absoluta incapacidad frente a las exigencias de la época. El problema básico de España es un problema de estructuras. El 90 % de nuestras provincias necesitan ante todo —junto a la aportación masiva de capitales— una reforma agraria, bancaria y fiscal que permita la industrialización del país y el progreso social de sus habitantes. Como Fernández-Santos dice muy bien: «Es bien difícil que ningún español auténticamente socialista se sienta hoy europeísta si por europeísmo hay que entender adhesión a la política presente de la Europa Occidental, en particular de la pequeña Europa del Mercado Común» y, unas páginas después, añade: «la perspectiva socialista en la Europa actual no hay más remedio que reconocer que se ha vuelto difícil». Por esta razón también —dificultad por dificultad— estimamos que, en vez de esperar la hipotética conversión europea al «socialismo de la interioridad» mejor vale seguir el ejemplo de Cuba y el Tercer Mundo emprendiendo la labor de transformar las estructuras económicas, políticas y sociales españolas con nuestras propias fuerzas.

Otro punto del ensayo de F.-S. que me interesa aclarar es su interpretación del problema cultural español tal como lo planteaba yo en mi artículo. Para nuestro ensayista la terminología gramsciana de «cultura nacional-popular» es una concepción no solamente «vaga», «problemática» y «peligrosa» sino también, francamente poudjadista. Confundiendo de modo lamentable la cultura nacional popular con la cultura nacionalista —cuyas diferencias señalé en otra ocasión (10)— F.-S. demuestra una vez más su profundo desconocimiento de los textos marxistas clásicos. Al proponer una cultura nacional popular de signo radicalmente opuesto a la cultura europea oficial no predicaba una política de aislamiento o de ruptura sino todo lo contrario. Europa ejerce desde siempre gran influencia sobre nosotros y la confrontación con sus ideas y estilos de vida nos ayuda sin duda a realizar el examen de conciencia que tanto necesitamos. El contacto íntimo con lo francés, lo italiano, lo alemán, nos revela la verdadera originalidad de lo español. Sin embargo me parece imposible comprender la encrucijada histórica en que vivimos en toda su complejidad sin haberse aventurado antes

(10) «Para una literatura nacional popular», *Insula*, enero de 1959.

por las dehesas manchegas, los trigales extremeños, los campos murcianos y andaluces. La España oficial —la de las grandes ciudades industriales y provincias ricas del Norte— no es sino la cabeza flotante de un iceberg cuyas cuatro quintas partes permanecen inmersas en el mar de la intrahistoria. Zampuzar la cabeza en este mar, embeberse de sus dolorosas verdades es una experiencia fundamental para los hombres interesados por el porvenir y la regeneración de nuestro país.

Por espacio de muchos años los intelectuales hemos vivido desvinculados de las realidades políticas, sociales y económicas de España. Mientras, en contraposición a la cultura académica y huera de las Universidades, las mejores plumas del siglo XVIII y Flores Estrada, Larra, Fernando Garrido, Pi y Margall, Costa en el XIX elaboraron una cultura enraizada en los problemas concretos de nuestra sociedad, a fines del siglo pasado y comienzos del presente se opera un fenómeno cuyo alcance habrá que examinar algún día con mayor detenimiento: por obra del Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza primero y de Ortega y «La Revista de Occidente» después, la vida intelectual española sale del provincialismo mediocre en que vegetaba y se incorpora a las corrientes filosóficas y artísticas inglesas, francesas y alemanas; pero, al mismo tiempo, los intelectuales vuelven la espalda a los verdaderos problemas de nuestra sociedad —la reforma agraria, el desenvolvimiento industrial, la formación de una cultura nacional y popular— y pierden su contacto con ella, convirtiéndose en simples portavoces de una cultura ligada a los movimientos filosóficos y estéticos de las «élites» europeas. Esto es: en tanto que económica y socialmente España se mantenía en un nivel de país subdesarrollado, sus intelectuales forjaban una cultura cosmopolita extraña a nuestra realidad de país subdesarrollado. No siendo producto natural de las estructuras sociales y económicas —como lo era, por ejemplo, en Francia o Alemania— la cultura española —en líneas generales— no podía ser otra cosa que una cultura mimética.

La estremecedora situación del campo español, el hecho de que 45 de las 50 provincias españolas se mantengan en el nivel de vida de los países subdesarrollados debiera de ser para nosotros una lección de modestia y humildad. Como escribía Machado desde Baeza en una de sus cartas a don Miguel de Unamuno: «esto es España más que el Ateneo de Madrid... Yo no me atrevo a decir en público ciertas cosas por miedo a que se me crea defensor de la barbarie nacional, pero temo también que se forme en España una superstición de la cultura que puede ser funesta. Me parece muy bien que se mande a los grandes centros de cultura a la juventud estudiosa, pero me parece muchísimo mejor la labor de usted cuando nos aconseja sacar con nuestras propias uñas algo de nuestras mismas entrañas. Esto, que no excluye lo otro, me parece esencial. Yo he vivido cuatro años en París y algo, aunque poco, he aprendido allí. En seis años rodando por poblaciones de quinto orden, he aprendido infinitamente más.»

He dejado expresamente para el final una afirmación de Fernández-Santos que me parece particularmente peligrosa. Comentando mi respuesta al profesor Chiti-Batelli, publicada en el número de octubre de la revista *L'Europa Letteraria*, nuestro ensayista escribe: «Es grave que J. G. distinga tan tajantemente entre lo político y lo intelectual, entre la táctica y la ideología (como si para un pensamiento dialéctico ambas cosas no estuvieran profundamente unidas). Pero ¿qué decir de la pretensión de hablar **intelectualmente**, es decir, **extrapolíticamente**, de una política, **extratácticamente** de una táctica?». Es decir: para F.-S. las adhesiones morales a la causa revolucionaria, el papel necesario de la utopía en la revolución, la ideología política no sujeta a la táctica del momento son sólo fantasmas surgidos de la «superestructura fetichista». Según se desprende de sus afirmaciones el intelectual está obligado como el político (de derecha) a una actitud oportunista ante el mundo existente, a forjar una ideología que corresponda a las conveniencias de la táctica del instante. De tal suerte —y por

su decisión inapelable— toda la ideología de un Rousseau o un Montesquieu en el siglo XVIII, los escritos de Larra y Fernando Garrido, etc., etc. se convierten en otros tantos ejemplos de «mentalidad pequeño-intelectual». Si el intelectual, para expresarse, debe saltar a la arena de la política, F.-S. condena a los infiernos al 99% de sus colegas, desde el difunto Wright Mills hasta mi amigo Jean-Paul Sartre (y a sí mismo, igualmente, a menos que ande yo equivocado).

No, la táctica y la ideología no se unen en un pensamiento dialéctico sino que —cosa muy distinta— la filosofía marxista —y esta es su gran diferencia con las teorías filosóficas anteriores— aspira a fundar sus perspectivas sobre las experiencias de la historia y las tendencias que se pueden prever en el proceso de su desenvolvimiento. Como dice el filósofo marxista Leszek Kolakowski: «la izquierda no rechaza los compromisos con la realidad; exige tan solo que se les llame compromisos. La izquierda se opondrá a acomodar una ideología a las exigencias del momento, a las concesiones realmente necesarias, a las medidas tácticas... Un movimiento cuya forma de existencia es la táctica desnuda y que se permite abandonar sus principios morales e intelectuales originales deja de ser un movimiento de izquierda». En el mismo ensayo (12) cuya lectura recomiendo vivamente a F.-S. Kolakowski escribe asimismo: «El deseo de la revolución no puede nacer solamente en el instante en que la realidad está ya madura para la revolución, dado que una de las condiciones de esta madurez radica precisamente en formular reivindicaciones revolucionarias respecto a una realidad todavía inmadura. Una acción a largo plazo de la conciencia forma parte de las condiciones indispensables para que la historia madure y alcance el estadio de las transformaciones radicales; la utopía es la condición de los trastornos sociales; las aspiraciones irrealizables, la condición necesaria a la existencia de los deseos realizables. Por esta razón la conciencia revolucionaria no puede contentarse con participar en las transformaciones que se operan ya, no puede contentarse con seguir el curso de los acontecimientos, sino que los debe preceder cuando todavía son imposibles de prever y planificar». El tema es sin embargo excesivamente complejo para que podamos desenvolverlo aquí y, si el lector nos lo permite, dejaremos su examen para mejor ocasión.

Cuando F.-S. —después de haberme reprochado duramente mi falta de programa político y de soluciones prácticas— concluye su artículo escribiendo: «España no debe encerrarse en una mismidad hermética cuyos estragos ya conocemos, sino abrirse con su propia energía interior a Europa (que es su paisaje natural e histórico), a Iberoamérica (que es su paisaje familiar y entrañable) y al resto del mundo (que es su paisaje posible)» el lector se frota los ojos para convencerse de que no sueña. ¿Qué significa esta fraseología hueca de mismidad, paisaje natural e histórico, paisaje familiar y entrañable y paisaje posible? Mucho nos tememos que el orteguismo involuntario que configuraba la obra anterior de nuestro ensayista le haya jugado —alevosamente— una mala pasada. En «El hombre y su historia» la frase hubiera encajado perfectamente en el contexto general del libro; aquí nos encontramos ante un paso demasiado brusco de Marx a Ortega, de la estructura socioeconómica a la retórica de don José para que el lector no se pregunte con inquietud: ¿pero dónde demonios está Fernández-Santos?

Quiero aclarar finalmente que mi respuesta a F.-S. está por encima de toda consideración personal. Como él, creo «en la crítica ideológica libre y sin complejos; en la polémica tal cual se practica en los países de cultura densa y dinámica». Y, si se tercia la oportunidad, estoy dispuesto a continuar con él amigablemente el diálogo. Nuestras diferencias, en apariencia abismáticas, son seguramente mucho menores de lo que él imagina.

Juan GOYTISOLO

(11) «Qu'est-ce que la gauche», *Les lettres nouvelles*, marzo de 1957.

Puntualizaciones

Por F. FERNANDEZ-SANTOS

UNAS puntualizaciones, lo más breves posibles, lamentando que J.G. me haga objeto de alusiones que nada tienen que ver con el tema discutido ni con la polémica de ideas.

1) Hay en la contrarréplica de J.G. demasiadas expresiones más o menos insultantes o menospreciadoras para mi persona moral, demasiados argumentos peyorativos «ad hominem» («Tartufo», carencia de «falsos escrúpulos», «deshonestidad», «doblez y mala fe», «atropellos a la verdad», «malevolencia», «cerrazón mental», etc.). Para mí, esta incontinencia verbal constituye siempre señal casi infalible de que mi contrario no tiene razón y pretende ocultar que no la tiene con calificativos extraintelectuales. El lector habrá podido comprobar, en cambio, que la crítica que yo le hago a J.G., por dura que sea, no se sale nunca del plano estrictamente intelectual, ideológico. Critico sus ideas, no su personalidad. Esa es mi norma. Procuraré seguir ateniéndome a ella. El procedimiento utilizado por J.G. me parece infantil y no puede causarme sino risa.

2) Aunque no viene a cuento, J.G. se digna hablar de mi libro *El hombre y su historia* y afirma que he hecho desde su publicación tal evolución que hoy defiendo «criterios y causas completamente distintos». Acusa a ese libro de «confuso moralismo camusiano». Es opinión suya, que yo no tengo por qué dis-

cutir... si es sólo opinión. Me permitiré de todos modos unas breves observaciones: hay sin duda alguna en mi libro influencias de Camus, como las hay también, mucho más acusadas, de Marx, de Sartre, de Merleau-Ponty y los existencialistas, de los «revisionistas» orientales como Lukacs, Kolakowsky, Adam Shaff, etc., y hasta algún eco (es caso) de Teilhard de Chardin (¿ignora acaso J.G. la influencia del gran jesuita francés en muchos jóvenes de tendencia marxista?). De esas influencias que el gran escritor francés haya podido ejercer en mí (como en tantos otros españoles de mi generación) dudo que reniegue nunca. Sencillamente, porque aunque quisiera, no podría: forman parte de mi experiencia intelectual básica. Dicho esto, me permito señalar un detalle que a J.G. se le escapó (bien porque no ha leído mi libro o porque comete un olvido deliberado): en *El hombre y su historia* se contienen los únicos (que yo sepa) ensayos de crítica marxista de Camus que se hayan publicado en España: «Camus o un humanismo provisional» y «Adiós a Camus». Uno escrito y publicado en 1957, el otro en 1960. En ellos se hacen juicios nada blandos sobre Camus, especialmente el de *L'Homme Révolté*. Vayan unas muestras: «callejón sin salida», «anarquismo», «falsedad e inoperancia» de sus fórmulas, la «pensée de Midi» es un «guiso mediterráneo con fuertes especies griegas» o «una filosofía de turismo», «vacío filosófico», «irra-

cionalismo», «mitología y confusión», «moralismo dogmático y envarado de *L'Homme Révolté*», «escapatoria mítica y sentimental hacia un *desengagement* ilusorio», «moralismo a ultranza», «terrorismo moralista», etc... (y al final una dura crítica de su actitud frente a la guerra de Argelia: «no fué fiel a sí mismo»). He aquí mi «camusismo». (Esto no me impide hacer totalmente mío el admirable elogio fúnebre de Sartre: «La fuerza de Camus residía en que, por la terquedad de sus repulsas, testimoniaba, en el corazón de nuestra época, contra los maquiavélicos, contra el becerro de oro del realismo, de la existencia del hecho moral»). Y mientras yo criticaba así el «confuso moralismo camusiano» —hace ya seis años y con indignación de bastantes «camusianos» liberales españoles—, ¿cómo expresaba J.G. ese «anticamusianismo» de que ahora pretende irrisoriamente prevalerse contra mí? Silencio, silencio total. Al menos en público.

En cuanto al «orteguismo inconsciente» de mi libro, podría decir otro tanto: dudo mucho que J. G. me lleve precedencia en el ataque a las posiciones reaccionarias de Ortega.

3) En cuanto a mi evolución. No cabe duda. En siete años un joven que no evoluciona es un perfecto burro. He evolucionado y estoy seguro de que evolucionaré aún más (a menos que mis ideas se queden escleróticas). Pero ¿me ha llevado esa evolución a defender, «a dos años de intervalo, criterios y causas completamente opuestos»? Sigo pensando que J.G. no ha leído mi libro, o bien olvida deliberadamente. Pág. 105: «Comparto fundamentalmente la crítica que hace un siglo hizo Marx» de la burguesía. Pág. 69: «El salto que Marx dió, a partir de los socialistas utópicos franceses y superándoles, hacia una crítica con-

creta y materialista del desarrollo social del hombre y hacia la elaboración de una praxis rigurosa de la revolución proletaria, fué fundamental en el desarrollo de ésta. La crítica penetrante que del moralismo burgués hizo Marx apoyándose en su teoría de las superestructuras estaba entonces y sigue estando hoy perfectamente justificada», etc., etc. Estas afirmaciones, y otras muchas que no puedo transcribir aquí y que constituyen la primera defensa abierta y pública de la doctrina de Marx en España después de la guerra civil, fueron escritas (y publicadas casi todas) no hace dos sino cuatro, seis o más años. Piénsese además en la inevitable «autocensura» que hubo de ejercer sobre mí (lo que no me libró en múltiples ocasiones del lápiz rojo o de la prohibición global del censor) y podrá calcularse el grado de oposición total entre mis posiciones de entonces y las de ahora. (De la evolución posible respecto al marxismo, de J.G. es imposible juzgar: no existen documentos escritos. Silencio total. Bien es verdad que J.G. es novelista, no ensayista). Barrunto que lo que J.G. quiere hacer pasar en mi libro por «camusismo», «teihardismo», etc., es su apasionado antistalinismo, su esfuerzo por romper con el historicismo fanático y con el dogmatismo burocrático-intelectual que le sirvieron a Stalin para imponer su dictadura personal y empirista. Hoy, cuando los dirigentes y los intelectuales soviéticos «desestalinizan» en Moscú mismo (verdad es que con vacilaciones y graves saltos atrás, como el de estos días), ya no tiene gran mérito ser antistalinista. Por lo mismo, me permitirá J.G. que experimente cierta satisfacción de vanagloria en haberlo sido públicamente cuando ello presentaba aún ciertos riesgos y en todo caso no podía servir para medrar. Entre 1956 y 1961 no resultaba nada cómodo batirse al mismo tiempo en

dos frentes: contra el anticomunismo y contra el stalinismo. Sobre todo en España. J.G. se muestra ahora clara y públicamente antiestalinista. Estoy seguro de que también lo era hace 3 ó 7 años; pero, he aquí el **quid** de la cosa, lo era... en privado. ¿Afirmaciones públicas? Silencio, silencio, silencio... Ah, la bendita cautela, la provechosa virtud de saber ver venir... Una última observación respecto a mi libro: el menosprecio en que ahora lo tiene J.G. (y es su derecho) se compagina mal con la estimación que en otras ocasiones me demostró por algunos de sus ensayos, hasta el punto de que en un momento quiso incluir como prólogo a su libro **Campos de Níjar** uno de los fundamentales: «Mitología de la miseria española».

4) Otra alusión personal absolutamente ajena al tema de que me hace infantilmente objeto J.G.: según él, mi fantasía es «curiosamente pobre cuando se trata de novelas». La alusión me hace reír porque... yo no he escrito ni intentado escribir en mi vida una novela. Más adelante se refiere no a mis supuestas novelas, sino a mis «relatos», publicados en revistas de España y de América. Bueno, quizá carezcan de «fantasía» (aunque, a decir verdad, resulta curioso este reproche de parte de un escritor adepto al «realismo», y aun al «sociologismo»; posiblemente J.G. confunde fantasía con imaginación, que es algo muy distinto: ya sabemos que su fuerte no es la precisión conceptual). En todo caso, aprovecharé la invitación implícita a la crítica literaria mutua que me hace J.G. para emitir un brevísimo juicio personal sobre su labor literaria principal: sus novelas y relatos. Hele aquí: **un globo enormemente hinchado que a su debido tiempo se desinflará para quedar reducido a sus justas proporciones.** Entonces se verá públicamente algo que ya es evidente: que el «tamaño lite-

rario» de J.G. es inferior al de otros muchos novelistas españoles que hoy «suenan» infinitamente menos que él por no disponer de armas extraliterarias tan poderosas (no digo que no sean legítimas, digo que no son literarias). Ese «desinflamiento» les corresponde hacerlo a los buenos críticos literarios de España y de Europa (no a mí, que no lo soy). Y esto es algo que ya han empezado a hacer: baste que muestra el sereno y objetivo artículo aparecido en el órgano teórico del P.C. italiano, «Rinascita», de 17 de noviembre de 1962, y firmado por una hispanista que J.G. conoce bien: Rosa Rossi.

5) J.G. me «recomienda vivamente» la lectura de un artículo de Leszek Kolakowsky que cita. Le agradezco la recomendación, pero llega un poco tarde. Ese mismo artículo se cita (tomado de distinta referencia) en tres ensayos de mi libro (págs. 41, 60, 90 a 92 y 119). A J.G. se le olvidó el detalle. Y permítame que me ufane un poco de haber sido el primero en escribir públicamente en España del filósofo polaco, en un momento en que elogiar a un «revisionista» tan notorio podía atraerme la reprobación de los dogmáticos de turno.

7) J.G. ironiza a costa de la expresión «socialismo de la interioridad» por mí utilizada. Sin duda está poco familiarizado con la terminología del pensamiento dialéctico; de otro modo, comprendería fácilmente lo que quiero decir. Lea, si no lo ha hecho aún, **Histoire et Conscience de Classe**, de Lukacs o, aún mejor, la **Critique de la Raison Dialectique** de su amigo (y maestro mío) Jean-Paul Sartre, y verá lo que significa «interioridad» frente a «exterioridad» en un proceso dialéctico de totalización. Hablando llanamente: lo que quiero significar con la expresión «socialismo de la interioridad» es precisamente lo contrario del socialismo de tipo stalinista, que es un «socialismo de la exte-

rioridad». Es decir, hablo del socialismo impuesto desde el pueblo y con el pueblo, de abajo a arriba, en función de las realidades peculiares de cada nación e independientemente de todo modelo, directriz u orden del exterior que no se acomode a esa realidad interior. ¿Quiere J.G. más precisiones? Hablo del socialismo de Lenin y Trotsky, de Tito, de Castro, de la Revolución española...; y hablo también del futuro socialismo que hay que hacer en Europa (y en España) a partir de sus realidades propias, de su «interioridad» irreductible a modelos extraños (stalinistas, maoístas, castristas, ben-bellistas o lo que sea), y que hoy representa, con más claridad y energía que nadie en Europa, el partido de Togliatti y su «vía italiana hacia el socialismo» (es decir, el «socialismo de la interioridad italiana»).

7) J.G. afirma que «mutilo, de-formo, falsifico o silencio cuanto estorba a (mis) fines» en su ensayo. Demasiadas barrabasadas por mi parte para que sean ciertas. ¿Iba a ser yo tan ingenuo que hiciera todo eso a sabiendas de que el ensayo de J.G. se publicaría junto al mío (al menos eso era lo que yo deseaba)? El lector hubiese descubierto fácilmente el fraude. ¿J.G. quería que yo citara íntegramente su artículo? En el mío se dice textualmente: «En su artículo hay cosas justas que cualquiera de nosotros podría suscribir», etc. Esas «cosas justas» las hacía entonces y las sigo haciendo ahora más. Lo que recogí fueron los cuatro o cinco pasajes en que se resumían las posiciones erróneas de J.G. que yo quería combatir. ¿Esos pasajes no están en su artículo? ¿Los traduje mal? ¿Los trunqué? Estoy esperando que me lo demuestre. Y escogí esos porque me parecían los más representativos; pero podía aún haber citado otros quince o veinte más que hubiesen venido al pelo a mi argumentación (después reproduciré, como botón de

muestra, uno de ellos bastante curioso). Nada de lo que dejé de citar invalida o modifica lo que cité. Había tres puntos fundamentales en el artículo de «Les Temps Modernes» que quería criticar: 1) El concepto inmovilista y antidialéctico que J.G. tiene de Europa. Podía haber citado en mi apoyo varias frases más, no menos rotundas: por ejemplo, «Europa simboliza hoy, históricamente, el pasado, el inmovilismo», etc. Esta es la visión que J.G. tenía y tiene de Europa. Y observo que no contesta o discute ninguna de mis argumentaciones: problemas del stalinismo y de la socialdemocracia, de la unidad del movimiento obrero, de las perspectivas socialistas, del neocapitalismo o «capitalismo de organización», etc. 2) La afirmación de que España «reúne todas las características de un país subdesarrollado» (afirmación que repite al final). ¿He tergiversado lo que dice? Lo dudo mucho, puesto que ahora sigue insistiendo en que España es un país subdesarrollado. Y observo que J.G. no responde a ninguno de los argumentos y análisis con que yo combato esa afirmación. 3) La afirmación de que, «en el plano conómico, como en el cultural y en el político, la apertura europea es una solución reaccionaria». ¿No es esto, literalmente, lo que pensaba y piensa J.G.? (Observo de todos modos que ahora hace algunas salvedades y reconoce que esa apertura a Europa «significa también un progreso —lento y pequeño, es verdad—, una «mejora menor para la gran mayoría del pueblo español, pero mejora en suma que sería insensato rechazar en nombre de la política de Todo o Nada». En su artículo de «T. M.» J.G. afirmaba que «no es aventurado predecir que la integración nos conduciría derechamente al desastre». Parece que en este cambio bastante acusado de tono mis razonamientos han tenido alguna influen-

cia.) ¿Dónde está la falsedad de mi atribución? (1)

Estos son los tres temas fundamentales que yo planteaba, aduciendo una serie de razones que en la contrarréplica de J.G. se quedan sin respuesta. En lugar de inventarse historias rocambolescas sobre mis supuestas capacidades de doblez, tergiversación, truncamiento, etc., ¿por qué no haberse tomado simplemente la molestia de destruir mis argumentos y análisis con un buen bombardeo de contrarrazones? Que J.G. no lo haya hecho me produce cierta satisfacción: si no responde, ¿no será porque no tiene respuesta válida que oponerme? Confieso que, en mi «cerrazón mental», no comprendo bien las sutilezas de J.G. para quitar, ahora, «hierro» a su detonante afirmación en torno a una frase del Jefe del Estado español. ¿Que hay que en-

tender «avance» por «regresión»? Está bien, se lo concedo. Pero no veo en qué ello puede cambiar las cosas. Porque, en tal caso, la consecuencia a sacar de la frase así modificada será la siguiente: «nuestras diferencias con los países occidentales provienen de que ellos están más atrasados que nosotros». ¿Pretende J.G. que nos dediquemos al juego molieresco de Trissotin y Vadius? (2)

8) Me es imposible, so pena de alargar inconsideradamente estas puntualizaciones, poner los puntos en todas las «ies» que me lanza J.G. Me limitaré a dos o tres: a) ¿Por qué no nos ha explicado J.G. esa asombrosa «horrible agonía» que sintió en la corrida de San Feliu de Guíxols a la que tuvo la «desdicha» de asistir? Debe ser un curioso y complicado caso de psicoanálisis. Yo, desde luego, sigo sin explicár-

(1) En plan de atribuciones falsas, señalaré que no soy yo quien las hace, sino J.G., por lo menos en dos ocasiones: 1.º, al atribuir en su artículo de «T. M.» a Ruiz García que opta por la alternativa europea renunciando a la de la «transformación política y social de España». ¿No es esto falsear su pensamiento? Precisamente, según él (y en esto piensa exactamente igual que Ramón Tamames en el artículo de la revista «Índice» que yo cité), no puede haber verdadera integración en Europa sin esa «transformación política y social de España». En cuanto a la reforma agraria, que según J.G. Ruiz García subordina a la integración, vale la pena recordar que R.G. ha sido de las poquísimas personas que en España han hablado con honradez y objetividad del tema: léanse sus artículos de hace año y medio en «La Gaceta Ilustrada». ¿Es o no Ruiz García partidario de la reforma agraria, cuanto antes y a fondo? Es legítimo criticar sus ideas, no en cambio inventárselas. 2.º, cuando en su artículo de «L'Europa Letteraria» achaca a Dionisio Ridruejo determinadas posiciones defendidas por éste en la revista «Jerarquía». Pero... he aquí un detalle que J.G. olvida: Ridruejo no publicó nunca una sola línea de prosa en esa revista. ¿Quién atribuye falsamente a quién? Si J.G. desea criticar las posiciones de Ridruejo (y está en su perfecto derecho), que acuda a sus textos auténticos, los de entonces y los de ahora, y no trate de amalgamar lo que se halla separado por una ruptura pública y notoria.

(2) Para que quede aún más claro: J.G. califica de «proféticos, llenos de fina agudeza y comprensión histórica» (!!!), estos párrafos de Ganiwet: «España ha sido la primera nación europea... en decaer y terminar su evolución material (!!!)... Nosotros, aunque inferiores en cuanto a influencia política, somos superiores en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución» (!!!). Después, J.G. califica a los países europeos de «imitadores de nuestra decadencia» y dice que «la otra Europa que nos imita (J.G. excluye sólo al proletariado) no puede aportarnos nada nuevo». ¿No está clarísimo, según Ganiwet y J.G., que la Europa occidental «se halla más atrasada que nosotros»?

mela. b) Me sorprende la interpretación que ahora hace J.G. de la «africanización» según Unamuno. En su mismo artículo, al principio, cuando ataca al «antieuropeísmo de signo absolutista», cita a Unamuno y su proposición de «africanizarse como en la Antigüedad». ¿Debe interpretarse esta frase, a la que hay que complementar con el famoso «¡Que inventen ellos!», como «empezar la transformación de España con nuestras propias fuerzas puesto que nadie nos puede ayudar desde fuera»? ¿No es esto poco menos que intentar convertir al bueno de Don Miguel en un socialista de tipo castrista? Me parece que esto es ir demasiado lejos. No, la simple verdad es que esta proposición, como otras, del poco serio —en política— Rector de Salamanca (tan grandísimo escritor por lo demás) es francamente reaccionaria. Su interpretación exacta es: que ellos (los europeos) inventen —las máquinas, el socialismo, las ideas, etcétera—; nosotros los españoles defenderemos mientras tanto, africanamente, los valores espirituales, el alma de España. ¡Si esto no es «mitología de la miseria española»...! ¿Y esto es lo que J.G. quiere oponer al europeísmo formal, vacío e intelectualista, de Ortega? No, mil veces no, ni uno ni otro mito reaccionario.

9) Me sorprende que J.G. me lance a la cabeza, vía Kolakowsky, una defensa de la utopía o de la conciencia revolucionaria como motor dialéctico. Una vez más, llega tarde. Pág. 119 de *El hombre y su historia*: «Yo diría que la función social dinámica de la utopía, que hay que integrar en la estructura del desarrollo dialéctico de la sociedad, puede definirse en el principio siguiente: **A la realidad hay que pedirle más de lo que puede dar para obligarle a dar lo que puede**», etc. Y antes (págs. 81 a 112) un ensayo entero, «Dialéctica y libertad», dedicado a estudiar la cuestión a tra-

vés de mis propias reflexiones y de las de filósofos «revisionistas» como Lefebvre y... Kolakowsky. (Este ensayo, dicho sea entre paréntesis, me valió alguna tarascada de ciertos mecanicistas dogmáticos disfrazados de marxistas.) No, yo no critico ni mucho menos la utopía o, mejor dicho, la conciencia revolucionaria de superación; pero sí creía, y creo, que el otro elemento esencial y *sine qua non* de toda praxis revolucionaria auténtica es el realismo. El realismo sin principios, o es el realismo brutal de la derecha, o es oportunismo seudoizquierdista. Pero ¿qué son los principios sin la marcha que lleva hacia ellos, es decir sin la táctica y la estrategia de un movimiento revolucionario que pretende transformar una sociedad determinada y que por tanto ha de tener en cuenta la realidad dada de esa sociedad? ¿No es precisamente el marxismo un esfuerzo gigantesco por encarnar los principios del socialismo abstracto, utópico, en una fuerza concreta de la sociedad existente, poniendo de relieve los determinismos que en ella actúan, no para someterse a ellos sino para superarlos de verdad, no en la ideología, sino en la práctica? Para un pensamiento de la acción revolucionaria, como para esta misma, no hay distinción radical entre principios (o teoría) y medios (o práctica), porque unos y otros se resumen en la praxis (ese concepto dialéctico fundamental) de la clase o clases revolucionarias: los principios (o fines) son los que dan su «coloración» a los medios (táctica y estrategia) y éstos a su vez son fases constituyentes del fin (que no será último mientras no se acabe la historia), en virtud de la circularidad de la dialéctica. Estas son verdades elementales del pensamiento dialéctico, desde Hegel y Marx hasta Lukacs y Sartre. Desde este punto de vista, unos principios que desdeñen absolutamente su «encarnación» social práctica no son más

que **ideología** en el sentido peyorativo del término o, como también dice Marx, un «punto de honor espiritualista», es decir idealismo (en el sentido filosófico, no en el moral). No voy a citar aquí **La enfermedad infantil del comunismo** de Lenin; sería excesivo y, además, está claro que de ese libro admirable puede extraer argumentos un oportunismo sin principios. Pero, en definitiva, de todos los grandes textos marxistas y dialécticos se desprende una verdad elemental: que no hay movimiento revolucionario de verdad sin una táctica, una estrategia y unos principios, todos ellos íntimamente unidos e interinfluyentes. Lo demás son elucubraciones de gabinete o seudorrevolucionarismo de «intelectual» (malo).

Y no me parece muy honesto que J.G. me atribuya que quiero confundir lo político y lo intelectual. Porque eso sería tanto como afirmar que el pensamiento dialéctico equivale al stalinismo, es decir a la **politización autoritaria y terrorista** de toda la existencia individual y social. Mi repudio de esa «pan-politización» stalinista está bien claro en mi libro (en general y particularmente en relación con la literatura y el arte). ¿Quién ha atacado y sigue atacando públicamente el «jdanovismo», en Rusia y fuera de Rusia? ¿J.G. o yo? Una vez más, me tendrá que conceder la precedencia. Porque sé que «no sólo de política vive el hombre» (Trotsky, en *Pravda*, 1923), creo que el intelectual debe tratar con absoluta libertad todos los aspectos de la existencia humana, sin someterse a los intereses políticos inmediatos de quienes gobiernan, aunque los que gobiernen sean socialistas. Pero sé también que la actividad intelectual libre es parte y función de una totalidad social que en ella influye y que a su vez recibe sus influencias.

Pero la cuestión es mucho más

sencilla: lo que yo reprochaba a J.G. es que, «por arte de birlibirloque» (como él dice), pretenda hacer pasar por ideología **pura y sin compromisos** lo que es también una táctica, acertada o no, pero táctica al fin. Esa táctica y esa estrategia tienen un nombre perfectamente concreto: la **vía castrista** hacia el socialismo, que es la que ahora nos propone mucho más explícitamente J.G. (Me parece que el resto de la apelación al Tercer Mundo es desdeñable por ser pura palabrería, quitando quizá a Argelia.) Imagino que J.G. no me negará que el movimiento castrista supone una táctica y una estrategia, y bastante complicadas y originales por cierto: piense en lo que va desde el famoso discurso del Moncada («La Historia me absolverá») hasta la situación actual. Y aquí estamos ya en el terreno de lo concreto, tras echar por la borda toda pretensión infantil a una ideología «sin compromisos con la realidad». J.G., propone pura y simplemente una táctica, una vía política; yo otra (mejor dicho, la propondré, porque aún no lo he hecho en concreto). Los dos estamos en nuestro derecho «intelectual». En cuanto a los principios, me figuro, si J.G. me lo concede, que son los mismos, o bastante parecidos (al menos si se los considera en abstracto): **la implantación de una sociedad socialista en España**. Pero esto no elimina nuestras radicales diferencias porque uno y otro defendemos posiciones diferentes en cuanto a la táctica, y **ésta es tan fundamental como los principios**.

Pues bien, yo he intentado explicar en mi ensayo los argumentos ideológicos, sociológicos, económicos e históricos de carácter general que me hacen pensar que la táctica que J.G. nos propone es descabellada y responde, no a un análisis claro de la situación histórica y de las tendencias existentes o previsibles de España y de su movimiento

obrero, sino a un mimetismo seudo-revolucionario e irresponsable propio de un intelectual que «no acepta compromisos con la realidad». J.G. no responde a esos argumentos concretísimos. En lugar de ello, me atribuye gratuitamente que, «a lo largo de (mi) artículo intento convencer (al lector) de que: 1) ninguna transformación radical es posible en las presentes circunstancias; 2), etc., etc.» (el lector ya ha leído). ¿Dónde he dicho yo nada de lo que me atribuye? De todo mi artículo se deduce claramente que, si me parece absurdo el anti-europeísmo de J.G., tampoco estoy de acuerdo con el europeísmo formalista: porque ambos me parecen soluciones falsas y miméticas. Al final de mi ensayo prometía un segundo artículo; ese artículo está ya escrito, en parte, y en él trato de explicar lo que a mi entender puede y debe hacer un futuro socialismo español, sin mimetismos exteriores vengan de donde vinieren —de Europa, de Cuba o de China—. Mi admiración por la Revolución cubana no me hará cometer el error de querer trasplantar lo intrasplantable (3). No basta con desear una transformación radical; hay que saber además, y fundamentalmente, cómo conseguirla y que ese cómo no sea un disparate que, en la práctica, lleve al movimiento obrero español a un nuevo desastre. Y aquí me voy a permitir un breve comentario a una afirmación de J.G. que no cité por no recargar más las tintas. Se trata exactamente de la última frase de su artículo: «Ante la ruina espiritual de España, como decía Ganivet, hay que ponerse una piedra en lugar del corazón y,

si es necesario, echar a los lobos un millón de españoles si no queremos echarnos todos a los puercos». Confieso que esta frase de Ganivet, leída por primera vez hace 18 ó 20 años, cuando yo era aún un niño que había visto pasar (por su casa y fuera de su casa) la represión nacionalista, me produjo una repugnancia muy honda que aún no se me ha borrado. Porque, sentía yo entonces y sigo sintiendo ahora, a partir de 1936 España echó a los lobos un millón de españoles y sin embargo, en lugar de librarse de los puercos, se veía más que nunca hozada y pisoteada por ellos: lobos y puercos formaban la misma terrible camada. Claro está que esta repugnancia personal mía no puede hacer las veces de argumento político. Pero lo que ahora me desazona, lo que me repele al leer usada por J.G. la tremenda frase de Ganivet (pensador ambiguo que proporcionó más de un argumento a la ideología fascista española), es su aire macabramente bonito de frase literaria. Porque, dejémonos de fantasía, ¿qué quiere significar Ganivet? Pura y simplemente, la guerra civil, es decir, tal como son las guerras civiles españolas, un baño de sangre nacional. Quizá J.G. retroceda ante esta desnuda constatación (él tiene también dolorosos recuerdos de la guerra civil). Pero, por Dios vivo, llamemos al horror por su nombre. Y después, si no nos falla el corazón, discutamos políticamente, es decir llanamente, fríamente, sin palabras mortales y bonitas. En esta discusión no negaré el derecho a defender y razonar posiciones «maoístas» o «supermaoístas» que a mí me parecen

(3) En enero pasado, Castro calificaba de «teórico sonámbulo» a un viejo stalinista sudamericano que pretendía aplicar «desde lejos» su propio esquema a la historia de la Revolución cubana. El «sonambulismo teórico» de J.G. le lleva a extremos no menos disparatados. En plan de sonámbulos, puesto que, según J.G., España pertenece al «Tercer Mundo» y China también, ¿por qué no propugnar que el socialismo español se inspire en las comunas chinas? Es lo que decía yo en mi artículo: en la noche (de la ignorancia) todos los gatos son pardos.

en el caso de España desastrosas; pero, atención, a condición de no caer en terribles ingenuidades «chinas» como ésta reciente del *Diario del Pueblo* de Pekín, a propósito de una eventual posguerra nuclear: «Sobre las ruinas del imperialismo, los pueblos victoriosos conseguirán pronto crear una civilización mil veces más desarrollada que el sistema capitalista y que les asegurará una existencia verdaderamente maravillosa. ¿No es esta la verdad?» (*Diario del Pueblo*, 27 de febrero de 1963). Nadie podrá creer que esta es la utopía revolucionaria en que J.G. y yo creemos: esto no es más que una terrorífica chiquillada. Exactamente igual que lo del «millón de españoles echados a los lobos». ¿Tan sangrienta perspectiva no le hace retroceder a J.G.? Ventajas de ser un «intelectual» que no admite «compromisos con la realidad»... Pero no, yo no creo, no puedo creer, que J.G. conciba la muerte de un millón de españoles (¿todos reaccionarios?) como un simple «perceance táctico» sin importancia. No, la explicación es mucho más favorable para J.G.: es que no sabe de lo que habla...

10) Una última observación en cuanto a la «cultura nacional popular»: mi «profundo desconocimiento de los textos marxistas clásicos» no me ha impedido conocer las reflexiones de Gramsci sobre el tema; lo que sí confieso que desconocía es que J.G. se refiriera a ellas expresamente en sus propias reflexiones. Y lo desconocía porque jamás citó J.G. el nombre del gran teórico marxista italiano. Ahora bien, sin esa cita mal podía yo reconocer un parentesco que sólo existe en la «fantasía» de J.G. Pero este será tema a discutir en otra ocasión.

Espero también, como J.G., que estas puntualizaciones queden por encima de toda consideración personal. Y estoy igualmente dispuesto a continuar amigablemente con él el debate. Lamentando de todos modos, como decía al principio, que sus alusiones despectivas o insultantes respecto a mi personalidad moral hayan sacado la polémica de donde yo no quise nunca que saliera: el terreno de la pura discusión de ideas. (*)

Francisco Fernández-Santos

(*) Dos citas finales, para completar mi argumentación: 1.ª «La pura voluntad de cambiar el mundo es vida interior mientras no se nos diga cómo conseguirlo» (M. Merleau-Ponty, *Les Aventures de la Dialectique*, París, 1955, pág. 221). 2.ª «España afirma su personalidad irreductible a toda influencia exterior. El decrepito mundo europeo termina en los Pirineos» (Ponencia del S.E.U. «La juventud y el mundo», 1956).

ANALYSES ET DOCUMENTS

UNE INFORMATION METHODIQUEMENT CLASSEE

(L'Europe — L'Afrique — Le capitalisme — L'Amérique latine
Le Moyen-Orient — La jeunesse — Les luttes ouvrières, etc.)

DANS CHAQUE NUMERO

6 NUMEROS

France 8 F Etranger 10 F

20 NUMEROS (1 an)

France 24 F Etranger 32 F
17, rue de Chaligny, Paris-12^e — C.C.P. PARIS 18.462-71

ARTE Y LITERATURA

Las ideas de León Trotsky sobre el arte y sobre el hombre

Por ISAAC DEUTSCHER

«NO SOLO DE POLITICA VIVE EL HOMBRE»

«**N**O sólo de política vive el hombre...»: tal es el título que dió Trotsky a un corto ensayo publicado por Pravda en el verano de 1923. El menos que nadie podía vivir sólo de política. Aun en los momentos más decisivos de la lucha por el poder, Trotsky dedicó una gran parte de su energía a las actividades culturales y literarias; actividades que le absorbieron aún más cuando abandonó el Comisariado de Guerra y la controversia en el seno del Partido se calmó durante algún tiempo. No es que Trotsky pensara en huir de la política. Su interés por la literatura, el arte y la educación seguía siendo político en el sentido más amplio del término. Pero se negaba a quedarse en la superficie de los asuntos públicos. Trotsky transformó la lucha por el poder en una lucha por el «alma» de la revolución, dando así nuevas dimensiones y nueva profundidad al conflicto en que se hallaba embarcado.

A través de los pocos hechos que vamos a referir puede comprobarse su profunda dedicación al trabajo literario durante los choques más graves en el seno del Buró Político. En el verano de 1922, cuando Trotsky se negó a aceptar el puesto de vicepresidente bajo Lenin y... se fué de vacaciones, dedicó la mayor parte de su tiempo a la crítica literaria. Las Ediciones de Estado habían reunido sus ensayos de antes de 1917 para publicarlos en un volumen especial de sus Obras y Trotsky tenía el propósito de escribir un prefacio estudiando la situación de las letras rusas desde la Revolución. El «prefacio» aumentó de tamaño convirtiéndose en una obra nueva. A esta obra consagró Trotsky todos sus ocios, pero no consiguió terminarla. Volvió a coger la pluma durante las vacaciones del verano siguiente, en 1923, cuando su conflicto con los triunviros, complicado por la espera de la revolución en Alemania, evolucionaba hacia su paroxismo. Esta vez Trotsky volvió a Moscú con el manuscrito de un libro nuevo, *Literatura y Revolución*, listo para ser entregado al impresor.

En sus escritos, Trotsky trataba de llegar a las raíces —y no sólo a los síntomas— de los males que asaltaban a la Revolución, es decir, el retraso espiritual de la Madre Rusia. Hablaba de la necesidad de una «acumulación cultural primitiva», que era por lo menos tan urgente como la necesidad de una acumulación industrial. Puso al descubierto el suelo en que el stalinismo comenzaba a arraigar y trató de cambiar el clima en que después iba a florecer.

«LITERATURA Y REVOLUCION»

En su crítica literaria no había ningún diletantismo. En aquellos años, Trotsky fué el crítico más eminente de Rusia. Su libro *Literatura y Revolución* impresionó fuertemente a los escritores de *Krasnaya Nov* (principal revista intelectual de la época). Todavía hoy, casi cuarenta años después de escribirse, este libro no ha sido superado, no sólo como estudio del *Sturm und Drang* revolucionario en las letras rusas y como denuncia anticipada del estrangulamiento de la creación artística por el stalinismo, sino más generalmente como ensayo de crítica literaria marxista. El libro denota una sensibilidad profunda para el arte y la literatura, así como una perspicacia original, una facundia cautivadora, un gran ingenio y, en las páginas finales, una potencia de visión que se eleva a alturas raramente alcanzadas.

También en literatura Trotsky declaraba la guerra a la iconoclastia, así como a la suficiencia y a la arrogancia seudorrevolucionarias, y exigía la libertad de expresión para todas las escuelas artísticas y literarias, al menos mientras no abusaran de ella con fines francamente contrarrevolucionarios. Por lo demás, la iconoclastia y la intolerancia no aparecían sólo, ni siquiera sobre todo, entre los hombres del Partido, sino que eran incluso mucho más acusadas en diferentes grupos de jóvenes escritores y artistas...

Proletkult reclamaba a grandes gritos el sello oficial e incluso un monopolio para su «escuela de pensamiento»... Como Bujarin, director de *Pravda*, y Lunatcharsky, Comisario de la Educación, patrocinaban el *Proletkult*, Lenin tuvo que pronunciarse para que se rechazaran sus pretensiones. Cuando los escritores del *Proletkult*, disgustados por esta negativa, se volvieron hacia Trotsky pidiéndole su protección, éste respondió que defendería en todo caso su derecho a propagar libremente sus opiniones, pero que estaba totalmente de acuerdo con Lenin en cuanto a la nocividad y la inanidad de todos los *slogans* sobre la literatura y el arte proletarios. Los clichés más modestos sobre una «nueva época socialista en arte» o sobre un «nuevo renacimiento revolucionario en literatura» carecían también de valor: «Las artes han dado muestras de una debilidad terrible, como ocurre siempre al comienzo de una gran época... El ruiseñor de la poesía, como la lechuza de la sabiduría, sólo se dejan oír tras la puesta del sol. El día es el momento de la acción y es a la hora del crepúsculo cuando el sentimiento y la razón se apoderan de lo ya realizado».

Sería erróneo culpar a la revolución de la condición del artista. El «ruiseñor de la poesía» se dejaba oír aún menos en el campo de la contrarrevolución. En un examen cáustico de la literatura de los emigrados, Trotsky subrayó que, aunque la mayor parte de los escritores rusos célebres habían emigrado al extranjero, no habían producido ni una sola obra notable. Los «emigrados del interior», que pensaban y sentían como los exiliados, Zinaida Gippius, Evgueni Zamiatin e incluso Andrey Belyi, no habían producido gran cosa de que pudieran vanagloriarse... Por su adhesión a los falsos valores de un sistema social superado y su desafección para con su época, estos escritores eran para Trotsky repulsivos y grotescos. En ellos veía todo lo que en la vieja *intelligentsia* estaba desprovisto de valor. Trotsky trazó un esbozo conciso de uno de los tipos de esta *intelligentsia*, un «emigrado del interior» por excelencia: «Cuando cierto esteta constitucional-romántico, que ha realizado un largo viaje en un vagón de mercancías calentado con una estufa, nos cuenta, murmurando entre dientes, como él, un europeo muy refinado, con la mejor dentadura del mundo y un conocimiento minucioso de las técnicas del ballet egipcio, fué obligado por esta revolución vulgar a viajar con miserables mendigos pio-

LAS IDEAS DE LEON TROTSKY SOBRE EL ARTE Y EL HOMBRE

josos, siente uno que se le sube a la garganta una náusea física por su dentadura, las técnicas del ballet y en general toda su «cultura» comprada a bajo precio en los escaparates de Europa; y crece en uno la convicción de que hasta el más mísero de nuestros mendigos es más importante en la mecánica de la historia, más necesario por así decir, que este egoísta perfectamente «cultivado» y estéril en todos los sentidos».

Tras despachar un poco sumariamente a los «emigrados del interior», Trotsky pasó a la discusión de las tendencias creadoras en literatura. Criticó y defendió a los **paputchiki**, o «compañeros de viaje», término que fabricó él mismo para designar a esos escritores que, sin abrazar el comunismo, «caminaban durante algún tiempo con la revolución», pero eran capaces de separarse de ella y de seguir su propio camino. Tales eran, por ejemplo, los «imaginistas», escuela literaria en la que los principales poetas eran Esenin y Kluyev. Los «imaginistas» habían introducido en la poesía la personalidad y la imaginación del mujik... En sus poemas se podía sentir a la vez la atracción y la repulsión que la revolución ejercía sobre los campesinos. La ambigüedad de su actitud daba una tensión artística a su producción. Eran los «narodniki» poéticos de la era de Octubre. Boris Pilniak, de cuyo talento tenía Trotsky una alta idea, compartía con ellos la adhesión al primitivismo original de Rusia que la revolución había minado. En consecuencia, «aceptaba» el bolchevismo y «rechazaba» el comunismo, concibiendo a aquél como el aspecto elemental «peculiarmente ruso» y en parte asiático de la revolución y a éste como el elemento moderno, urbano, proletario y principalmente europeo.

ALEJANDRO BLOK

Trotsky caracterizó igualmente a Alejandro Blok como un **paputchik**, pero situándole en una clase aparte. La poesía de Blok recibió un primer impulso importante con la revolución de 1905. La desgracia de Blok fué que sus mejores años creadores cayeran en el período de marasmo entre dos revoluciones, de 1907 a 1917; el poeta nunca pudo reconciliarse con el vacío de esos diez años. Su poesía era entonces:

«...romántica, simbólica, informe, irreal; pero detrás de ella había la aprensión de un verdadero modo de vida... El simbolismo romántico es una evasión de la realidad sólo en la medida en que huye del carácter concreto de ésta... pero el simbolismo es esencialmente una vía para transformar y elevar la vida... El lirismo de Blok, sembrado de estrellas, tempestuoso e informe, refleja un contorno social y una época... más allá de los cuales se sitúa, como una mancha nubosa suspendida en el vacío. No sobrevivirá a su tiempo y a su autor».

Pero 1917 sacudió de nuevo a Blok y le dió «un sentido del movimiento, un objetivo y una significación. Blok no fué el poeta de la revolución, pero, marchitándose en el triste callejón sin salida de la vida y del arte de antes de la revolución, se aferró a la rueda de ésta. De este contacto nació el más importante de sus poemas, **Los Doce**, el único que sobrevivirá a través de los siglos».

LOS FUTURISTAS

Los futuristas constituían durante esos años el grupo literario más vigoroso y más ruidoso. Reclamaban imperiosamente una ruptura con todo lo que significaba el pasado, insistían en una pretendida conexión fundamental entre el arte y la tecnología, introducían términos técnico-

industriales en su lenguaje poético y se identificaban con el bolchevismo y el internacionalismo. Trotsky consagró un estudio detallado y penetrante a esta tendencia, calificando los entusiasmos tecnológicos de los futuristas de reacciones ante el atraso de Rusia:

«A excepción de la arquitectura, el arte sólo se basa en la tecnología... en la medida en que ésta forma la base de toda actividad civilizada. En la práctica, la dependencia del arte, particularmente del arte del verbo, respecto de la técnica de la materia es desdeñable. Se puede escribir un poema cantando los rascacielos, los dirigibles y los submarinos aunque se viva en los bosques de la provincia de Riazan; puede escribirse tal poema con un trozo de lapicero en papel grueso de embalaje. El hecho de que en Norteamérica haya rascacielos, dirigibles y submarinos basta para inflamar la imaginación alerta en Riazan, ya que el verbo del poeta es el más transportable de los materiales».

La identificación del futurismo con la revolución proletaria era también dudosa. No era un azar si en Italia la misma escuela poética había sido absorbida por el fascismo. En ambos países, los futuristas, cuando hicieron su primera aparición, eran artistas rebeldes sin inclinaciones políticas definidas. Podrían haber seguido el camino de toda creación literaria —combatir, ser reconocidos e instalarse en la respetabilidad— si no se hubiesen visto envueltos en violentos acontecimientos políticos antes de tener tiempo para domesticarse... Los futuristas rusos se sentían indudablemente atraídos por la fuerza dinámica de la Revolución de Octubre; y así fué como se engañaron respecto a su rebelión bohemia, tomándola por la auténtica contrapartida artística de la revolución. Como ellos habían roto con ciertas tradiciones artísticas, exhibían su desprecio por el pasado y se imaginaban que, a su lado, la revolución, la clase obrera y el partido estaban por una ruptura con «las tradiciones del pasado» en todos los terrenos. Tenían, según Trotsky, «una visión demasiado barata del pasado». La rebelión contra la tradición tenía su justificación mientras se dirigía a un público literario y contra la inercia de las formas y de los estilos establecidos. Pero sonaba a falsa cuando iba «dirigida a la clase obrera, que no tiene necesidad de romper ni puede romper con una tradición literaria cualquiera porque no está en modo alguno sometida al imperio de ninguna tradición de este tipo». La cruzada total contra el **pasadismo** era un tempestad en el vaso de agua de la **intelligentsia**, una explosión de nihilismo bohemio. «Nosotros los marxistas, hemos vivido siempre en la tradición y no por ello hemos dejado de ser revolucionarios».

Por otra parte, los futuristas proclamaban que su arte era colectivista, agresivo, ateo y, por consiguiente, proletario. «Las tentativas —replicaba Trotsky— de deducir un estilo artístico a partir de la naturaleza del proletariado, de su colectivismo, su dinamismo, su ateísmo, etc., son idealismo puro y sólo pueden dar como resultado producciones filosóficas ingeniosas, alegorías arbitrarias y... diletantismo provinciano».

Esta posición crítica frente a los futuristas no le impedía a Trotsky reconocer sus méritos literarios; y los reconoció tanto más generosamente cuanto que ciertos miembros influyentes del Partido veían con malos ojos su oscuridad experimental y sus excentricidades. Trotsky advirtió a los comunistas contra esta «intolerancia violenta» que trata al arte experimental como un fraude o como el capricho de una **intelligentsia** decadente:

«La lucha contra el viejo vocabulario y la vieja sintaxis poética era, a pesar de todas sus... extravagancias, una rebelión progresista contra un vocabulario embotado... contra un impresionismo que aspira la vida a través

de una paja y contra un simbolismo perdido... en la vida celeste. En este sentido, el trabajo de los futuristas ha sido vital y progresista... Ha eliminado de la poesía muchas palabras y expresiones que se habían gastado; ha vivificado otras palabras y expresiones; y, en ciertos casos, ha logrado crear nuevas palabras y expresiones... Esto vale no sólo para las palabras individualmente consideradas, sino también respecto al lugar de cada palabra entre otras palabras, es decir a la sintaxis.

Lo mismo cabe decir en favor de las nuevas técnicas en el ritmo y la rima. Estas son cosas que no deben abordarse con un espíritu racionalista estrecho; la necesidad del ritmo y de la rima en el hombre es irracional y «el sonido de una palabra constituye el acompañamiento acústico de su sentido». «Naturalmente, a la mayoría aplastante de la clase obrera no se la puede aún importunar con estas cuestiones. Pero tenemos ante nosotros el futuro. Y este futuro exige de nosotros una actitud más atenta, más precisa, de hombre de oficio y de artista, para con el lenguaje, instrumento esencial de la cultura, no sólo en poesía sino más aún en prosa». Para tratar y pesar las palabras, sus significaciones, sus matices y sus sonidos, se necesitan «instrumentos micrométricos».

MAIAKOVSKY

Un pasaje especial de *Literatura y Revolución* está consagrado a Maïakovsky, el más dotado de los futuristas, al que más tarde se canonizó como el bardo del comunismo. Trotsky pensaba que Maïakovsky se mostraba artísticamente peor allí precisamente donde como comunista era mejor. No era de extrañar: Maïakovsky se aplicaba en ser un comunista; sin embargo, la visión del poeta no depende de su pensamiento y de su esfuerzo conscientes, sino de su percepción semiconsciente, de su sensibilidad y de la cantidad de imágenes y de impresiones que absorbió en su primera infancia. La revolución fué para Maïakovsky una «experiencia verdadera y profunda» porque venía a lanzar sus rayos contra el carácter obtuso y la inercia de la vieja sociedad a la que Maïakovsky odiaba a su manera propia y con la que no había tenido tiempo de reconciliarse. El poeta adhirió con entusiasmo a la revolución, pero no se fundió con ella, ni podía hacerlo. El estilo poético de Maïakovsky es testimonio de ello:

«El impulso dinámico de la revolución y su duro coraje seducen mucho más vivamente a Maïakovsky que el carácter de masa de su heroísmo y la naturaleza colectiva de sus acciones y de sus experiencias. Igual que el antropomorfista griego asimilaba ingenuamente a sí mismo las fuerzas de la naturaleza, nuestro poeta es un «maïakomorfista» que llena con su propia persona las plazas, las calles y los campos de la revolución... Su pathos dramático se eleva frecuentemente a una tensión extraordinaria, pero bajo esta tensión no hay siempre una fuerza real. El poeta se deja ver demasiado. Concede demasiada poca autonomía a los acontecimientos y a los hechos. No es la revolución la que lucha con los obstáculos, sino Maïakovsky el que despliega su atletismo en la arena del verbo. A veces realiza verdaderos milagros, pero a menudo levanta con un esfuerzo heroico cargas notoriamente vacías... Maïakovsky habla constantemente de sí mismo en primera y en tercera persona... Para elevar al hombre, le conduce a Maïakovsky. Adopta un tono familiar para hablar de los fenómenos históricos más majestuosos... Está de pie, con un pie en el Montblanc y otro en el Elbruz. Su voz cubre el trueno. ¿Es por ello de extrañar que... las proporciones de las cosas terrestres se desvanezcan y que no subsista ninguna diferencia entre lo pequeño y lo grande? Maïakovsky habla del amor,

el más íntimo de los sentimientos, como si se tratara de la migración de los pueblos... Seguramente, ese estilo hiperbólico refleja en cierta medida el frenesí de nuestra época. Pero esto no puede servirle de justificación para todo. Es imposible gritar más fuerte que la guerra y la revolución, mientras es tan fácil quedarse ronco en tal tentativa... Con demasiada frecuencia, Maiakovsky grita allí donde lo que hay que hacer es hablar; por ello su grito, allí donde es necesario, parece insuficiente. Las imágenes sobrecargadas de Maiakovsky, a menudo bellas en sí mismas, destruyen muchas veces la unidad y paralizan la acción.»

¿PUEDE EXISTIR UNA CULTURA PROLETARIA?

La refutación de la idea de una «cultura proletaria» constituye la parte central y la más discutida de *Literatura y Revolución*. En el prefacio, Trotsky da este resumen sucinto de su argumentación:

«Es fundamentalmente erróneo oponer una cultura y un arte proletarios a la cultura y al arte burgueses. La cultura y el arte proletarios no existirán nunca porque el régimen proletario es temporal y transitorio. Nuestra revolución debe su importancia histórica y su grandeza moral al hecho de que construye los cimientos de una sociedad sin clases y de la primera cultura auténticamente universal.»

En consecuencia, no se puede razonar por analogías históricas y llegar a la conclusión de que, así como la burguesía creó su cultura y su arte propios, el proletariado hará otro tanto. El «fin» de la revolución proletaria —su aspiración a una cultura que no sea la de una clase— no es lo único que invalida el paralelo (1). Hay algo que se opone aún más fuertemente a éste: la diferencia fundamental que existe entre los destinos históricos de las dos clases. El modo de vida burgués se desarrolló orgánicamente a lo largo de varios siglos, mientras que la revolución proletaria puede durar años o decenios pero no más; y su existencia está llena de duras luchas de clases que dejan poco o ningún lugar al crecimiento orgánico de una nueva cultura.

«Somos todavía soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Hemos de lavarnos las camisas, cortarnos y peinar el pelo y sobre todo limpiar y engrasar nuestros fusiles. Todo nuestro trabajo económico y cultural no es otra cosa que una tentativa de imponernos cierto orden entre dos batallas y dos campañas... Nuestra época no es la época de una nueva cultura. No podemos forzar las puertas de ésta. Debemos en primer lugar conseguir los elementos principales de la vieja civilización...»

La burguesía podía crear su propia cultura porque, aun bajo el feudalismo y el absolutismo, mucho antes de conquistar la hegemonía política, poseía la riqueza, el poder social y la educación y estaba presente en casi todos los terrenos de la actividad del espíritu. En la sociedad capitalista la clase obrera puede conseguir como máximo la capacidad de derrocar esta sociedad; clase desprovista de propiedad, explotada e ineducada, surge del reino de la burguesía en una situación de pauperismo cultural; de modo que no puede ser el autor de una nueva fase significativa en el des-

(1) «El proletariado ha tomado el poder precisamente para poner término para siempre a la cultura de clase y abrir el camino a una cultura humana universal. Parecemos olvidar esto con demasiada frecuencia.»

LAS IDEAS DE LEON TROTSKY SOBRE EL ARTE Y EL HOMBRE

arrollo del espíritu humano (2). En realidad, no es la clase obrera, sino pequeños grupos de hombres del partido y de intelectuales (que también en este terreno «sustituyen» a la clase) los que aspiran a dar nacimiento a una cultura proletaria. Ahora bien, «ninguna cultura de clase puede crearse a espaldas de una clase». Tampoco puede fabricarse en laboratorios comunistas. Los que pretenden que han encontrado ya la cultura proletaria en el marxismo pecan por ignorancia: el marxismo ha sido tanto el producto como la negación del pensamiento burgués y ha aplicado hasta ahora su dialéctica al estudio de la economía y de la política, mientras que la cultura es «la suma total de los conocimientos y de las capacidades que caracterizan a toda la sociedad, o al menos a su clase dirigente.»

La contribución de la clase obrera a la literatura y al arte es desdeñable. Es absurdo hablar de poesía proletaria basándose en la obra de unos cuantos poetas obreros con talento. Las producciones artísticas que esos poetas pueden reivindicar se las deben a su aprendizaje en la frecuentación de los poetas «burgueses» o incluso preburgueses. Aunque sus escritos sean inferiores, resultan de todos modos válidos como documentos humanos y sociales. Pero es un insulto al proletariado —«un trozo de demagogia populista»— el tratar esos escritos como un nuevo arte que hace época. «El arte para el proletariado no puede ser de segundo orden. Los escritores del **Proletkult** hacen muchas declamaciones sobre la literatura y la pintura nuevas, monumentales, dinámicas». Pero, camaradas, ¿dónde está ese arte «de gran belleza y de gran estilo», ese arte «monumental»? ¿Dónde está? ¿Dónde? Hasta entonces sólo había grandes palabras, fanfarronadas y ataques contra los adversarios del **Proletkult**, los imaginistas, los futuristas, los formalistas y los **paputchiki**, sin cuyas obras la literatura soviética quedaría absolutamente empobrecida y entregada a las «realizaciones» dudosas del **Proletkult**.

EL PARTIDO Y LOS ARTISTAS

Como era de esperar, a Trotsky se le acusó de ser ecléctico, de prosternarse ante la cultura burguesa, de alentar el individualismo burgués y de negar al Partido el derecho y el deber de «ejercer una función dirigente» en literatura y en arte. Trotsky replicó:

«El arte debe encontrar su propio camino... Los métodos del marxismo no son sus métodos. El Partido ejerce su dirección para con la clase obrera, pero no sobre todo el proceso histórico. Hay terrenos en los que dirige directa e imperiosamente. Hay otros en los que ejerce su control y otros en los que sólo puede ofrecer su cooperación. Hay finalmente terrenos en los que únicamente puede orientarse y mantenerse al corriente de lo que se hace. El terreno del arte no es de aquellos en los que el Partido está llamado a mandar.»

Los ataques exagerados contra el individualismo estaban fuera de lugar, ya que el individualismo había desempeñado un papel doble: había producido efectos reaccionarios, pero también otros progresivos y revolucionarios. La clase obrera había sufrido no de un exceso sino de una atrofia

(2) «La burguesía asumió el poder cuando se hallaba completamente armada de la cultura de su época. El proletariado asume el poder cuando se halla completamente armado solamente de la necesidad aguda de conseguir el acceso a la cultura.»

de individualismo. La personalidad del obrero no está aún ni suficientemente formada ni fuertemente diferenciada; y es tan importante formarla y desarrollarla como instruirla para que obtenga calificaciones técnicas. Es absurdo temer que el arte del individualismo burgués pueda minar su sentido de solidaridad de clase. «Lo que el obrero asimila de Shakespeare, de Puchkin, de Goethe o de Dostoievski, es... una idea más compleja de la personalidad humana, de sus pasiones y de sus sentimientos».

En el capítulo final del libro, Trotsky discute de las «certidumbres e hipótesis» en relación con las perspectivas. Las «certidumbres» se refieren exclusivamente al «arte de la revolución»; respecto al «arte socialista», que únicamente podía nacer en una sociedad sin clases, sólo era posible hacer conjeturas. El arte de la revolución, vibrantemente sensible a todos los conflictos de clase y a las pasiones políticas de la época, pertenece a una era de transición, al «dominio de la necesidad», no al de la libertad. Sólo en una sociedad sin clases puede la solidaridad humana dar todos sus frutos, sólo en tal sociedad «esos sentimientos que nosotros los revolucionarios sentimos vergüenza de llamar por su nombre porque los hipócritas y los canallas han usado tanto de esas palabras, los sentimientos de amistad desinteresada, de amor al prójimo y de simpatía sincera, resonarán poderosamente en la poesía socialista».

EL «REALISMO» NO PUEDE CONSTITUIR UNA ESCUELA LITERARIA

La literatura de la revolución no hacía aún más que buscar a tientas la manera de expresarse. Se afirmaba que debía ser realista. En un sentido filosófico amplio, tal cosa era cierta: el arte de nuestra época no puede llegar a la grandeza sin ser profundamente sensible a la realidad social. Pero era absurdo ensayar y estimular el realismo como escuela literaria en el sentido más estrecho del término. No era cierto que semejante escuela fuera necesariamente «progresiva»: en sí mismo, el realismo no es ni revolucionario ni reaccionario. Su edad de oro en Rusia se produjo durante la época de la literatura aristocrática. En reacción contra él vino el estilo tendencioso de los escritores populistas, que después dió paso al simbolismo pesimista, contra el que los futuristas reaccionaron a su vez. La mutación de los estilos se produjo sobre un fondo social definido y reflejó unos cambios en el clima político; pero siguió también su propia lógica artística y sus propias leyes. Todo estilo nuevo surge del estilo antiguo como su negación dialéctica: renueva y desarrolla ciertos elementos del antiguo estilo y abandona otros.

«Toda escuela literaria se halla potencialmente contenida en el pasado, pero se desarrolla a través de una ruptura hostil con él. La relación entre la forma y el contenido... está determinada por el hecho de que la nueva forma es descubierta, proclamada y desarrollada bajo la presión de una necesidad interna, de una exigencia psicológica colectiva que, como todas las cosas, tiene sus raíces sociales. De ahí la dualidad de toda tendencia literaria: por una parte, cada tendencia contribuye a añadir algo a las técnicas de la creación artística... y, por otra, expresa unas exigencias sociales definidas... Estas incluyen exigencias individuales porque la clase social habla a través del individuo y exigencias nacionales porque el espíritu de la nación se halla determinado por el de su clase dominante, que es también dominante en la literatura.»

El hecho indudable de que la literatura ha servido de vehículo a aspiraciones sociales no puede justificar el que nadie desdeñe o falsifique su

lógica artística y trate de canonizar o de proscribir cualquier estilo. Algunos críticos habían reaccionado duramente contra el simbolismo. Sin embargo, «no fué el simbolismo ruso quien inventó el símbolo. Simplemente le absorbió en la lengua rusa modernizada. El arte del futuro no renunciará a las conquistas formales del simbolismo». No renunciará tampoco a las formas y a los géneros tradicionales, aunque ciertos críticos los rechacen como anticuados diciendo que el tiempo de la sátira y de la comedia ha pasado ya y que la tragedia ha muerto por ser incompatible con una filosofía materialista y atea de la vida. El entierro de los viejos géneros era por lo menos prematuro. Aún había lugar para un «Gogol soviético» o para un «Gontcharov soviético» que expusieran implacablemente «las inmundicias antiguas y nuevas, los vicios antiguos y nuevos, y el espíritu obtuso que podía encontrarse en la sociedad soviética».

LA TRAGEDIA MODERNA

Los que hablaban de la desaparición de la tragedia pretendían que la religión, el destino, el pecado y la penitencia constituían el centro del motivo trágico. Contra ellos, Trotsky subrayaba que la esencia de la tragedia residía en el conflicto más amplio entre el espíritu que se despierta en el hombre y su contorno opresor, conflicto inseparable de la existencia del hombre y que se manifiesta en formas diferentes en las distintas etapas de la historia... Hoy, la tragedia puede elevarse aún más alto. Su héroe puede ser el hombre deshecho no por la hubris, los dioses o incluso su propia pasión, sino por la sociedad:

«Mientras el hombre no sea aún dueño de su organización social, ésta le dominará como el destino mismo... La tragedia de la pasión personal es demasiado vulgar para nuestro tiempo —hoy vivimos en una época de pasión social—. La materia de la tragedia contemporánea se encuentra en el choque entre el individuo y la colectividad o entre colectividades hostiles representadas por individuos. (El nuevo artista) introducirá los grandes fines de nuestra época en el arte. Es difícil prever si el dramaturgo de la revolución creará una «tragedia elevada». Pero el arte socialista resucitará sin duda alguna la tragedia... como dará vida renovada a la comedia, porque el hombre nuevo querrá reír, a la novela y a la poesía lírica, porque el amor del hombre nuevo será más bello y más poderoso... y meditará de nuevo sobre las cuestiones del nacimiento y de la muerte... El declinar de las viejas formas no es en modo alguno absoluto o definitivo... Todas tendrán un renacimiento... Lo que importa es que el poeta de la nueva época realice de nuevo las meditaciones del hombre y experimente nuevamente los sentimientos del hombre »...

VISION DEL HOMBRE FUTURO

Finalmente, Trotsky desplegaba su visión del hombre en el dominio de la libertad, una versión moderna, marxista, del *Prometeo* de Shelley:

La máscara repugnante ha caído, queda el hombre
sin rey, liberado, generoso, nada más que hombre,
compañero sin clase ni tribu ni patria,
desembarazado del temor, del culto, de la jerarquía,
rey de sí mismo; justo, dulce, sabio.
¿Sin pasiones? No, pero libre del remordimiento y del castigo.

Había aquellos que, como Nietzsche, afirmaban que una sociedad sin clases, si llegara a existir un día, sufriría de un exceso de solidaridad y daría lugar a una vida pasiva y gregaria en la que el hombre, al atrofiarse sus instintos de competición y de lucha, degeneraría. Pero el socialismo, lejos de suprimir el instinto humano de emulación, le liberará al orientarle hacia unos fines más elevados. En una sociedad liberada de los antagonismos de clase, no habrá ni competición por el beneficio, ni lucha por el poder político; las energías y las pasiones del hombre se orientarán hacia una emulación creadora en los dominios de la tecnología, de la ciencia y del arte. Nacerán nuevos «partidos» que lucharán unos contra otros a propósito de ideas, de planificación de establecimientos humanos, de tendencias en materias de educación, de estilos en los teatros, en música y en deportes, de proyectos de canales gigantescos, de fertilización de los desiertos, de regulación de los climas, de nuevas hipótesis químicas, etc. Las competiciones, «excitantes, dramáticas, apasionadas», englobarán a toda la sociedad y no sólo a unos cuantos círculos restringidos. «Por consiguiente, el arte no se verá privado de estas manifestaciones de energía nerviosa y de estimulantes psicológicos colectivos» que producen ideas e imágenes nuevas. Las gentes se dividirán en «partidos» artísticos rivales conforme a sus temperamentos y a sus gustos. La personalidad humana crecerá, se refinará y desarrollará en sí misma esa cualidad estimable que es la «cualidad de no contentarse nunca con lo que ya ha realizado».

Ciertamente, se trataba sólo de perspectivas lejanas. En lo inmediato había que hacer frente a una época de feroz lucha de clases y de guerras civiles de las que la humanidad saldría empobrecida e indigente. Los esfuerzos para vencer la pobreza y la penuria en todas sus formas necesitarán decenios y durante ese tiempo la sociedad socialista naciente se verá arrastrada por una «pasión por lo que constituye los mejores aspectos del americanismo»: la expansión material, los records de productividad y el confort material. Pero esta fase quedará también a su vez superada y entonces se abrirán unas perspectivas que la imaginación no puede aún abarcar:

«Los sueños actuales de algunos entusiastas... encaminados a imprimir a la existencia humana una calidad dramática y una armonía rítmica concordarán coherentemente con esta perspectiva... La iniciativa social descargará a la familia individual de la tarea fastidiosa de alimentar y educar a los niños. La mujer saldrá por fin de su semiesclavitud. Se desarrollarán una serie de experiencias de educación social con un impulso hoy inconcebible. El modo de vida comunista no crecerá ciegamente como los arrecifes de coral en el mar, sino que será edificado conscientemente, controlado por el pensamiento crítico, dirigido y rectificado. El hombre aprenderá a desplazar los ríos y las montañas, a construir palacios populares en las alturas del Montblanc y en el fondo de los océanos y dará a su existencia no sólo riqueza, color y tensión dramática, sino también un carácter altamente dinámico...»

«Finalmente, el hombre comenzará seriamente a armonizar su propio ser. Se esforzará por obtener una precisión, un discernimiento y una economía mayores y, por consiguiente, una belleza en los movimientos de su propio cuerpo, en el trabajo, en la marcha, en el juego. Querrá dominar los procesos semiconscientes e inconscientes de su propio organismo: la respiración, la circulación de la sangre, la digestión, la reproducción; y, dentro de los límites inevitables, tratará de someterlos al control de la razón y de la voluntad. El *homo sapiens* ahora inmobilizado... se tratará a sí mismo como objeto de los métodos más complejos de la selección artificial y de los ejercicios psicofísicos.

LAS IDEAS DE LEON TROTSKY SOBRE EL ARTE Y EL HOMBRE

«Estas perspectivas se derivan de toda la evolución del hombre. El hombre ha comenzado por expulsar las tinieblas de la producción y de la ideología, por romper gracias a la tecnología la rutina bárbara de su trabajo y por triunfar de la religión por medio de la ciencia... Después, gracias a la organización social, elimina la espontaneidad ciega, elemental, de las relaciones económicas... Finalmente, en los rincones más profundos y oscuros del inconsciente, se agazapa la naturaleza misma del hombre. Sin duda alguna concentrará sobre ella los supremos esfuerzos de su cerebro y de su iniciativa creadora. El género humano no habrá cesado de arrastrarse ante Dios, el Zar y el Capital sólo para capitular humildemente ante las leyes oscuras de la herencia y de la selección sexual ciega... El hombre se esforzará por dirigir sus propios sentimientos, por elevar sus instintos a la altura de su espíritu consciente, por hacerlos más claros, por controlar su voluntad en esas profundidades inconscientes; y de este modo se elevará a sí mismo a una nueva eminencia y creará un tipo biológico y social superior, un superhombre si quieren ustedes».

«Predecir cuáles serán los límites del dominio de sí mismo a que llegará el hombre resulta tan difícil como prever hasta dónde podrá desarrollar su dominio técnico sobre la naturaleza. El espíritu de construcción social y la autoeducación psicofísica serán los aspectos paralelos de un solo proceso. Todas las artes —la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música y la arquitectura— darán a este proceso una forma sublime... El hombre crecerá, será incomparablemente más fuerte, más sabio y más sutil; su cuerpo se volverá más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. Las formas de su existencia adquirirán una calidad poderosamente dramática. El hombre medio se elevará a la talla de un Aristóteles, de un Goethe, de un Marx. Y por encima de esas alturas se elevarán las nuevas cumbres».

Es dudoso que Trotsky supiera que Jefferson había anticipado en forma semejante «el progreso... físico e intelectual hasta que cada hombre sea potencialmente un atleta por su cuerpo y un Aristóteles por su espíritu». Se hallaba más bien influido por los pensadores utópicos franceses, de Condorcet a Saint-Simon. Igual que Condorcet, Trotsky encontraba en la contemplación del futuro «un asilo en que el recuerdo de sus perseguidores no puede ya perseguirle; en que, viviendo mediante el pensamiento con el hombre restablecido en los derechos y en la dignidad de su naturaleza, olvida a aquel que la avidez, el temor o la envidia atormentan o corrompen». Su visión de la sociedad sin clases se hallaba implícita en todo el pensamiento marxista, al que había influido el pensamiento utópico francés. Pero ningún escritor marxista, ni antes ni después de Trotsky, ha descrito tal perspectiva con una mirada tan realista ni con una imaginación tan inflamada.

Isaac DEUTSCHER.

HABLA EUGENIO EVTUCHENKO

Por ADOLFO GILLY

La «desestalinización» tiene sus oscilaciones. Hace unas semanas solamente, Eugenio Evtuchenko, poeta de la joven generación revolucionaria rusa, recitaba sus poemas y discutía con entera libertad en París ante muchedumbres entusiastas. Ahora, Eugenio Evtuchenko, al igual que los mejores escritores y artistas de su generación, todos ellos comunistas, se encuentra en el banquillo de los acusados. Sus audacias han asustado a la burocracia y han provocado una contraofensiva furibunda de los viejos escribas de Stalin.

Cuando Evtuchenko estuvo en París, se le acusó en diversos medios de ser un agente de la propaganda de Jruschov. El poeta respondió simplemente: «Por lo visto, algunos preferirían que estuviéramos en Siberia, como en otros tiempos, en lugar de hablar libremente en París». Estas gentes, y las que se asustaron ante las manifestaciones del autor de «Los herederos de Stalin», se sentirán seguramente satisfechas ahora.

Esperamos que su alegría será de breve duración. Mientras tanto afirmamos nuestra solidaridad profunda con Eugenio Evtuchenko y todos los escritores y artistas que luchan en la U.R.S.S. contra el obscurantismo stalinista. Y damos la palabra a Evtuchenko publicando una entrevista con él que tuvo lugar en La Habana hace ya unos meses, pero que presenta en estos momentos un interés excepcional.

EL poeta soviético tiene ojos claros y vivos, los rasgos más cortados de lo que aparecen en las fotos, un pantalón estrecho como para espantar a Markov, sandalias, la camisa fuera del pantalón al estilo habanero y en la muñeca un reloj triangular al cual sólo le falta ser equilátero para que su dueño pueda ser acusado de masón. (Será inútil que invoque su título de «el más cubanista de los poetas soviéticos», pues también el triángulo de la bandera cubana es un símbolo masónico).

Eugenio Evtuchenko habla español con soltura, y habla con pasión de las actuales tendencias en la poesía y en el arte soviéticos:

«En nuestra literatura, la poesía es hoy como un rompehielos. Va adelante, abriendo paso. Puede hacerlo, porque es más móvil, más pequeña, más corta, ¿me comprendes? Después vienen los barcos de tonelaje medio, los primeros que pueden pasar por el camino abierto, los cuentos cortos, algunas novelas. No, no tenemos todavía nuestros barcos de gran tonelaje como la literatura rusa del pasado. Ya vendrán. Ahora tenemos barcos medianos y rápidos, como... como...». Evtuchenko busca la palabra.

«¿Torpederos?», pregunto, mirando los que patrullan por nuestra bahía.

«Sí —se entusiasma—, eso, eso mismo; tenemos buenos y veloces torpederos».

«En la prosa tenemos dos grandes escritores nuevos: Yuri Kasakov es uno de ellos. Kasakov tiene la ternura de un Chejov, es como un Chejov en esta época».

«¿De la época del socialismo?».

«No, no es exactamente eso. Aún no hay socialismo mundial; en muchos países hay capitalismo. Es un Chejov de la época de la cibernética. Sí, de la cibernética», repite.

(La cibernética, «seudo ciencia capitalista» según la Enciclopedia Soviética hasta 1950, parece tener un sentido desafiante en los labios de los jóvenes escritores de la Unión Soviética). Evtuchenko continúa:

«Kasakov refleja los sentimientos del hombre de esta época. La ternura. El amor. La tristeza. La alegría. Yo creo que nuestra obligación no es escribir alegre, sino profundo. Hay que reflejar al hombre de esta generación, que también es alegre, pero es profundo, lleva juntos la ternura y el odio. Mi último libro de poesías se llama «La ternura». Pero no te engañes con el título. La ternura pasiva no es ternura. Junto a nuestra ternura va el odio a lo injusto, como dos soldados hermanos».

«El otro novelista es Vassili Aksionov. ¿Has leído «Il biglietto stellato»?», me pregunta, nombrándolo en italiano. Le digo que sí. «¿Qué te parece?». «Desigual», respondo.

«Sí, pero es muy difícil traducir el lenguaje de las calles de Moscú en que está escrita. En la Unión Soviética tuvo un éxito enorme. Con esta, Aksionov tiene dos novelas publicadas. Tú sabes, es muy difícil a un escritor, después de un gran éxito y de grandes elogios, mantenerse al mismo nivel. Sin embargo, luego Aksionov ha publicado dos cuentos extraordinarios. Es mejor que Salinger», me dice como término de comparación. «Salinger tiene mucho éxito en mi país».

Una nueva novela de Vassili Aksionov, «Las naranjas de Marruecos», está por aparecer.

«En la Unión Soviética tenemos hoy extraordinarios pintores, abstractos, figurativos, realistas, pero realistas de veras» (No pregunto cuáles serán los realistas «de mentiras», pero me los imagino). «En Occidente hay una idea falsa de la pintura soviética. La nuestra es la patria de Kandinsky y de Chagall. ¿Cómo no va a haber pintores? Si yo pudiera organizar, yo personalmente, una exposición de la nueva pintura soviética y hacerla recorrer varios países, eso sería como un sputnik del arte para el mundo».

«Pero los pintores están en una situación distinta de la nuestra».

«En nuestra Sociedad de Escritores ha habido una renovación. La Asociación de Pintores está todavía dominada por burócratas, que quieren hacer pasar como ejemplo de nuestra pintura a obras horribles, académicas. Eso es, en realidad, antipropaganda soviética. Eso sí que ayuda a los capitalistas».

Evtuchenko usa alternativamente en la conversación las palabras «dogmáticos», «burócratas», «stalinistas», como sinónimos. Parece preferir, sin embargo, «dogmáticos».

«¿Sabes? Hace unos años la revista «Life» nos hizo un daño enorme. Publicó una serie de cuadros como «pintura clandestina» en la Unión Soviética. Entonces vinieron los dogmáticos triunfantes, enarbolando «Life», para demostrar que la nueva pintura era útil al capitalismo. Lo que no comprendo es cómo se puede haber dado a «Life» ese material, para que lo use como propaganda antisoviética. «Life» actuó como aliado de los dogmáticos, y éstos estaban muy contentos con el favor que le habían hecho los capitalistas. Todo eso de «pintura clandestina» son mentiras. No es cierto que no se conozcan esos cuadros. Se realizan exposiciones de pintura joven. Pero sí es cierto que duran poco. A los preferidos de los dirigentes de la Asociación de Pintores les organizan exposiciones amplias, de varias semanas, que siempre están vacías. Las exposiciones de la nueva pintura duran pocos días. Pasan como un relámpago. Pero están siempre llenas de público».

Se pone más serio, que no es su modo habitual:

«En la poesía hemos reconstruido casi todo y tenemos una cantidad de buenos poetas. Pero en todo el arte soviético aún hay mucho que reconstruir. Eso requería cierto tiempo. En la época de Stalin, los artistas de valor eran perseguidos, solamente los mediocres florecían. Stalin fusiló escritores, poetas, arquitectos. Fué un período terrible. Todo se está reconstruyendo. Tú verás: en dos o tres años más, aparecerá a los ojos del mundo un nuevo florecimiento del arte soviético, que se está gastando en estos años, algo nunca visto».

Evtuchenko figura entre los nuevos dirigentes de la Asociación de los escritores soviéticos, elegidos en abril último. En cambio, no fueron elegidos, a pesar de figurar en las listas, escritores como Sobolev o Kochetov, el novelista que criticó a los nuevos poetas y cineastas en el XXII Congreso y que caricaturizó a Evtuchenko en su discutida novela «El secretario del comité regional». En la época de Stalin, me dice Evtuchenko, las tiradas de los libros eran determinadas arbitrariamente por los dirigentes de los escritores o de la edición, y las ediciones se cubrían de polvo en los depósitos cuando la obra no tenía éxito. Actualmente, cuando un libro se va a publicar, aparecen anuncios para la suscripción, y según el número de suscriptores se fija la tirada. Me dice que su último libro, «La ternura», tiró 100.000 ejemplares, aunque hubo 350.000 suscriptores. «La escasez de papel», explica. «Este ejemplar que tengo lo tuve que comprar en el mercado negro. Me costó 10 rublos. El precio de tapa es de 30 kopeks, o sea 30 céntimos de rublo».

«Antes de publicar su primer libro, generalmente los escritores son conocidos por las revistas. Los poetas damos recitales».

La cuestión de los recitales le entusiasma.

«Es la tradición de Maiakovski. Desde entonces había desaparecido. Yo la retomé primero que otros. Al principio venían casi exclusivamente jóvenes, estudiantes sobre todo. Luego se fueron haciendo cada vez más amplios. Aquello empezó por 1954».

«¿Es decir, antes del XX Congreso?»

«Los cambios ocurridos en mi país no son un resultado del XX Congreso. Al contrario, el XX Congreso es un resultado de los cambios que ya habían ocurrido anteriormente en la realidad de la Unión Soviética».

«En varias de tus poesías hay una relación entre los jóvenes soviéticos de hoy y sus abuelos de octubre. Y los obreros ¿qué dicen de las poesías de ustedes?».

«Todo eso se ve en los recitales. Son algo extraordinario. Como te decía, la edad de los concurrentes fué creciendo más y más. También la cantidad. Y también la composición social se fué ampliando. En mi país encuentras tantos obreros, después de sus horas de trabajo, en las bibliotecas, como estudiantes. En nuestros recitales es lo mismo. Pero lo más emocionante son los viejos. Ellos están viniendo ahora a los recitales. Es un fenómeno nuevo. Vienen y nos hablan, nos dicen que nosotros somos los continuadores de lo que ellos hicieron en los primeros años de la Revolución de Octubre, que debemos seguir adelante. Ellos son nuestra verdadera tradición. La poesía soviética de hoy es una continuación de las mejores tradiciones de Octubre».

Evtuchenko piensa ir a Italia en marzo. Se interesa por la difusión que tienen allá sus libros. Irá también a Alemania Occidental. Antes, a Francia. Se divierte mucho al saber que en París me dieron uno de sus poemas mimeografiado. «Literatura clandestina», se ríe a carcajadas y lo traduce a su esposa, «literatura clandestina». Irá también a Estados Unidos. Piensa dar una conferencia sobre «la función del artista en la construcción del socialismo». «¿Y te dan el visado?» — en La Habana la pregunta es de rigor. «A una persona cuyo retrato apareció en la tapa de «Time» no se le puede negar el visado», me dice. (También Fidel Castro apareció en la tapa de «Time»). Antes de volver a la Unión Soviética, quiere pasar por España. Yo

vuelvo con la cuestión visado. «¿Por qué no? Yo soy un poeta, no llevo más que poesías; ¿por qué no?».

Pero antes tiene que terminar su trabajo en Cuba. Junto con un escritor cubano, es el argumentista de una película sobre la lucha clandestina en la época de Batista, que dirigirá M. Kalatazov, el director de «Cuando vuelan las grullas» y «La carta no enviada». El director ya está en La Habana.

En noviembre es el Festival de la Poesía en Moscú. También quiere estar allí. «Será algo grandioso. El gobierno nos ha cedido el Palacio de los Deportes, donde caben 17.000 personas. Pero muchos se van a quedar afuera, ya lo verás. ¿Por qué no vienes? Si estoy allí te presentaré a muchos amigos. Hay una gran discusión literaria y mucha vida de ideas en mi país».

«Tú me dices que ustedes continúan la tradición de los primeros años de la Revolución de Octubre. ¿Conoces íntegramente la polémica de aquellos años, la discusión entre Lunacharsky y Trotsky sobre el «arte proletario»?».

«Claro que la conozco». Se ríe, y los ojos se le iluminan con malicia. Cree haber descubierto el por qué de tantas preguntas: «¿Te gusta Trotsky?».

«En la librería central del Partido Comunista Italiano compré hace unos meses revistas con artículos de Lunacharsky y también «Literatura y revolución», de Trotsky», le digo. «¿Se encuentra tan fácilmente en tu país?».

«No. No hay ediciones nuevas. Pero se conoce. Yo he leído «Literatura y revolución». El mismo tono de antes: «La juventud es el termómetro de la revolución»: Eso está bien ¿no?».

«Sí, eso está bien». Pero no hay que sacar demasiadas conclusiones: Evtuchenko no es un trotskista ni representa una tendencia política definida, como algunos han querido suponerlo. Es un poeta joven con mucho éxito en la Unión Soviética, que se interesa por todo como la juventud a la cual atraen sus poesías, que cita una frase de Trotsky como nombra a la cibernética, y buena parte de cuyo éxito se debe a que ha aceptado saltar por encima de unos cuantos tabúes de la época de Stalin.

«Tú tienes una poesía que se llama «A los mejores de mi generación». ¿Quiénes son ellos?».

«Yo no estoy entre ellos; tengo defectos, tengo debilidades que ellos no tienen. Yo escribo para tres sectores. Critico a los peores, a los dogmáticos, a los burócratas stalinistas. Escribo para todos los jóvenes que son como yo en la Unión Soviética, con cosas buenas y malas. Y canto a los mejores de nuestra generación, a los más puros, ingenieros, arquitectos, obreros, técnicos, que hay tantos y tantos».

En su gira no está América del Sur. Me dice que quisiera mucho conocerla, empezando por el sur: Chile, Argentina, Uruguay, Brasil. «Como hablo español, podría tener un contacto directo que no tengo en Gran Bretaña o en Francia».

«Soy el más cubista de los escritores soviéticos» (dice «cubista» y no «cubanista», y pienso que suena mejor). «La primera vez que vine a Cuba fué un deslumbramiento, veía todo de color azul» (dice «color azul», y entiendo que se refiere al «color de rosa» en español, pero también pienso que suena mejor). «Ahora veo mejor; ya veo que no todo es perfecto, que también hay aquí algunos problemas. Pero ahora que veo las dificultades, comprendo mejor a los cubanos y la quiero aún más a Cuba y a su revolución».

Adolfo GILLY

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

Erich Fromm

Marx y su concepto del hombre

Fondo de Cultura Económica, México 1962

POCOS meses antes del 80 aniversario de la muerte de Marx, el Fondo de Cultura Económica de México, una de las editoriales más prestigiosas de América Latina, lanzó al mercado «Marx y su concepto del hombre», obra del profesor socialista norteamericano Erich Fromm.

Este libro, magníficamente editado —es un nuevo volumen de la colección de Breviarios del «Fondo»—, comprende un extenso ensayo del profesor Fromm («El concepto del hombre en Marx») y tres largos apéndices de un gran interés para los lectores de lengua castellana y en particular para la joven generación revolucionaria española.

El primer apéndice constituye en realidad el núcleo de la obra. Comprende tres de los cuatro manuscritos que Marx escribió entre abril y agosto de 1844 y que han pasado a la historia bajo el nombre de «Manuscritos económico-filosóficos». El original de esta obra se encuentra actualmente en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. La primera versión completa y fiel, preparada por Riazanov (otra de las víctimas gloriosas del stalinismo) en el Instituto Marx-Engels de Moscú, fué publicada por vez primera en 1932, en Berlín. Fromm nos ofrece ahora la primera traducción española, lo cual debe ser celebrado como un acontecimiento de la más alta importancia.

El primer manuscrito se titula «El trabajo enajenado». El segundo lle-

va por título «La relación de la propiedad privada». El tercero trata de los siguientes temas: «La propiedad privada y el trabajo», «La propiedad privada y el comunismo», «Necesidades, producción y división del trabajo», «El dinero» y «Crítica a la dialéctica y en general a la filosofía de Hegel».

Cuando Marx redactó los «Manuscritos económico-filosóficos» tenía solamente 26 años. Se trata, pues, de una obra escrita en plena juventud. Sin embargo, el genio creador del gran pensador revolucionario se manifiesta de una manera deslumbrante.

Desde hace algunos años, ciertos «especialistas» del marxismo tratan de oponer el «joven Marx» al Marx adulto. La empresa es absolutamente vana. En los «Manuscritos», Marx apuntó algunas de las concepciones principales que debía desarrollar años más tarde en «La ideología alemana», «El Capital» y otras obras fundamentales. Como dice con razón Fromm, «a pesar de ciertos cambios en los conceptos, en el tono, en el lenguaje, la raíz de la filosofía elaborada por el joven Marx no varió nunca y es imposible entender este concepto del socialismo y su crítica del capitalismo tal como se desarrolló en sus últimos años si no es sobre la base del concepto del hombre que desarrolló en sus primeros escritos». Y ¿cuál es este concepto? Sigamos leyendo a Fromm: «La filosofía de Marx es una filosofía de protesta; es una protesta imbuída de fe en

el hombre, en su capacidad para liberarse y realizar sus potencialidades. Esta fe es un rasgo del pensamiento de Marx que ha sido característico de la actitud occidental desde fines de la Edad Media hasta el siglo XIX y que ahora es tan escasa. Por esta misma razón, para muchos lectores infectados por el espíritu contemporáneo de resignación y el renacimiento de la idea del pecado original (en los términos de Freud o de Niebuhr), la filosofía de Marx parecerá superada, anticuada, utópica —y por esta razón, cuando no por otras, rechazarán la voz de la fe en las posibilidades del hombre y de la esperanza en su capacidad para llegar a ser lo que potencialmente es. Para otros, sin embargo, la filosofía de Marx será una fuente de nueva visión y esperanza».

Para poner de relieve la continuidad del pensamiento de Marx, Erich Fromm ha incluido en esta obra otros textos importantes del gran pensador sacados de «La ideología alemana», de «La introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel» y del prólogo a la «Contribución a la crítica de la economía política». Estos textos, unidos a diversas notas sobre la personalidad de Marx (notas de Paul Lafargue, de Eleanor Marx y de Engels), constituyen un excelente conjunto que merece ser leído y meditado con la máxima atención.

Teníamos la intención de formular algunas reflexiones críticas sobre el ensayo liminar de Fromm. Pero renunciamos a ello para no alargar esta nota. Al fin y al cabo lo esencial de esta obra son los textos de Marx y, principalmente, los «Manuscritos económico-filosóficos».

L. ALONSO

Ramón Tamames

LA LUCHA CONTRA LOS MONOPOLIOS

Editorial Tecnos, Madrid

MUY interesante es el estudio que de los monopolios hace Tamames. Analiza a fondo las condiciones económicas que predisponen a su formación, las fuer-

zas que impulsan su desarrollo y las consecuencias económicas y sociales que de tal régimen de explotación se derivan. «Si las pretendidas ventajas del monopolio, a la luz de la crítica del consumidor, se vienen abajo en su mayor parte —dice en sus conclusiones el autor—, sus inconvenientes son clarísimos desde el punto de vista del desarrollo económico y el progreso social... Suponen un insuficiente aprovechamiento de los recursos y originan una excesiva concentración del poderío económico y político».

Posteriormente, pasa revista al desarrollo de esta forma de explotación en los países capitalistas. En este estudio del desarrollo monopolístico nos describe hasta sus últimas consecuencias adonde lleva el régimen capitalista: a introducirse en los poderes legislativos en las «democracias» o a dominar completamente la política económica en los países totalitarios.

Si en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania los monopolios actúan a sus anchas, influyendo en parlamentos y gobiernos, ello nos da la adecuada valoración de las «democracias» burguesas. Si en la Alemania nazi, los monopolios capitalistas hallaron un ambiente más que propicio, para acrecentarse, tendremos una idea de lo que puede representar una «economía rígida» en manos reaccionarias o simplemente conservadoras.

Parte muy interesante es la «fotografía» que de los actuales monopolios españoles obtiene el autor relacionando entre sí a los miembros de los Consejos de Administración de las principales empresas. Una tupida red cuyo centro es la Banca privada, con un total de 250 ó 300 personas —cuya relación nominal sería interesantísima— viene a controlar un 70 % de la industria española. En su última conclusión, que resumimos, el autor expresa a la vez su ingenua ilusión y su desengaño: «Si la fuerte concentración financiera de los sectores básicos de nuestra economía y el alto grado de monopolio en ellos existente repercuten en una desequilibrada distribución de la ren-

ta y suponen un freno para el desarrollo económico, es indudable que el Estado debe actuar para prevenir estos inconvenientes. Con los amplios medios de que dispone actualmente la administración, esta política antimonopolio podría ser emprendida inmediatamente.»

Pero, ¿es que piensa el señor Tamames que la administración franquista cuida del bien social de España? A los monopolios capitalistas de antes de la guerra civil se han añadido los proporcionados por la «influencia» de los adictos al régimen: ministros y parientes de ministros, generales que se han cobrado la victoria con puestos en los consejos de administración, órdenes religiosas y entidades «católicas» de explotación como el «Opus Dei» y similares, en fin, todos cuantos gracias a influencias, coacciones y otras cosas aún peores han formado los «tinglados» de que habló el fante Gual Villalbí en su primer discurso de ministro en el Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona. «Los tinglados han de deshacerse» —dijo—; pero ¿quién tenía que deshacerlos? Tamames ya nos indica su desengaño: «las esperanzas que en la política antimonopolística se pongan no deben ser muy grandes; se precisa, además, un ánimo decidido de las autoridades, lo cual es poco corriente». Tan poco corriente es en «nuestras autoridades» que si hacen algo para deshacer un monopolio español es porque se lo han vendido a los monopolios capitalistas extranjeros.

Por lo demás, el libro es interesantísimo al descubrir las conexiones entre las grandes empresas mediante los detallados cuadros demostrativos de los puestos comunes entre los administradores, indicados simplemente por números. Con paciencia y con la ayuda de un Anuario Financiero podríamos llegar a sacar la lista de estos consejeros, y entonces aún encontraríamos más relación entre éstos y personas de alta influencia militar y civil.

Barcelona, abril de 1963.

J. BOSCH

LAS PUBLICACIONES DE PEKÍN

Ediciones en Lenguas Extranjeras,
Pekín, 1963

DURANTE un cierto tiempo, los dirigentes comunistas chinos manifestaron el deseo de que las divergencias existentes en el seno del «campo socialista» no traslucieran al exterior. Esa época está completamente superada. Pese al reciente cruce de cartas entre las direcciones de Moscú y Pekín y a las discusiones privadas que se anuncian para pronto, el Partido Comunista de China prosigue vigorosamente su ofensiva política.

En el curso de las últimas semanas, Pekín ha lanzado al mundo entero toda una serie de publicaciones en las que se reproducen, en inglés, francés, español, alemán, ruso, japonés, vietnamita, esperanto, árabe, hindú y thai, los artículos y documentos políticos publicados en «Renmin Ribao» («El Diario del Pueblo») y «Hongqi» («Bandera Roja») entre diciembre de 1962 y marzo de 1963. Por otra parte, acaba de salir en Pekín una nueva revista en lengua española: «Pekín informa».

Tenemos a la vista «Pekín informa» y los principales folletos editados por las Ediciones en lenguas extranjeras. A saber: «El leninismo y el revisionismo contemporáneo», «Unámonos sobre la base de las dos declaraciones de Moscú», «Proletarios de todos los países, uníos para luchar contra nuestro enemigo común», «Las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros», «Respuesta al camarada Thorez y a otros camaradas», «Un comentario sobre la declaración del Partido Comunista de los Estados Unidos», «Espejo de los revisionistas», «Una vez más sobre las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros».

Como es prácticamente imposible hacer un análisis detallado de todos estos folletos en el marco de una breve nota, nos limitaremos a señalar su publicación y a formular algunas consideraciones de tipo general.

El tono de las publicaciones de Pekín no se parece en absoluto al

que emplean en sus artículos los stalinistas albaneses. La única excepción en este dominio concreto son los ataques contra los comunistas yugoeslavos, que en muchas ocasiones adquieren un carácter francamente calumnioso y grotesco.

De un modo general, los comunistas chinos oponen las concepciones fundamentales del marxismo revolucionario al oportunismo de la burocracia rusa y al nuevo reformismo de los Togliatti y los Thorez. En ninguna parte se condena de un modo explícito la política de «desestalinización» realizada en la U.R.S.S. y en diversas «democracias populares» después del XX y del XXII congresos del Partido Comunista ruso. Todas las críticas se formulan en nombre del leninismo y apoyándose generalmente en citas de las obras de Marx, Lenin y Mao Tse Tung. Las alusiones a Stalin son prácticamente insignificantes. Y esto se explica fácilmente: una buena parte de las concepciones combatidas por los comunistas chinos (interpretación de la coexistencia pacífica, actitud frente al imperialismo, apoyo a las burguesías nacionales en los países coloniales, subordinación de la lucha de los pueblos oprimidos y del movimiento obrero internacional a la diplomacia del Kremlin, etc.) son concepciones heredadas de la época de Stalin, durante la cual los comunistas chinos alcanzaron la victoria realizando una política independiente.

En el problema de la guerra, las posiciones defendidas por los comunistas chinos en sus últimas publicaciones son menos ligeras que en otros tiempos. Por ejemplo, condenando la actitud de Jruschov durante la crisis de Cuba, escriben: «Nos oponemos con resolución a la política de chantaje nuclear del imperialismo. También sostenemos que los países socialistas no tienen, de ninguna manera, la necesidad de emplear las armas nucleares para apostar en un juego, ni como medio de intimidación. Si se hace así, se cometerá de verdad el error de aventurerismo». (Editorial de «Renmin Ribao» del 15 de diciembre de 1962.) Por lo demás, se solidarizan totalmente con la política

de Fidel Castro y se pronuncian por «la prohibición de las armas nucleares mediante negociaciones».

En uno de los folletos más recientes, «Espejo de los revisionistas», los comunistas chinos acusan a los dirigentes del Partido Comunista de la India de «haber traicionado la causa revolucionaria del proletariado y del pueblo hindúes», solidarizándose con Nehru en el curso del conflicto chino-hindú. Ahora bien, en ninguna parte se explica de un modo satisfactorio la actitud del gobierno de Pekín ante el conflicto de octubre de 1962 en la región del Himalaya. En otro folleto, «Un comentario de la declaración del P.C. de los Estados Unidos», se combate muy duramente la política oportunista de los dirigentes comunistas norteamericanos frente al gobierno de Kennedy.

En otro lugar de este número se define nuestra actitud ante el conflicto Moscú-Pekín. No es necesario, pues, que nos repitamos aquí. Muchas de las tesis de los comunistas chinos son discutibles y otras deben ser rechazadas categóricamente. Ahora bien, hay que conocerlas. Nosotros, socialistas revolucionarios, estamos por la libre discusión y contra todo tabú. Hay que pasar por encima de las deformaciones de la prensa burguesa y de los silencios de los stalinistas y de los jruschovistas.

L. A.

LOS INTELLECTUALES Y LA POLITICA

C. Wright Mills, Max Weber,
Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre,
Manuel Maldonado Denis,
Jean Duvignaud

Ediciones Nuestro Tiempo,
Montevideo, 1962

EN este volumen de las Ediciones Nuestro Tiempo de Montevideo se recogen varios textos —unos recientes, otros más antiguos— sobre el papel de los intelectuales en la sociedad capitalista moderna y su intervención en la vida política. Todos estos textos son de escritores de izquierda, algunos de los cuales no ocultan

sus simpatías por la causa del proletariado y del socialismo. La selección, el prólogo y las notas han sido efectuados por nuestro amigo y colaborador Carlos M. Rama, profesor de la Universidad de Montevideo y autor de «La crisis española del siglo XX».

El texto del malogrado C. Wright Mills, titulado «Política de la Cultura», es el de una conferencia pronunciada ante los micrófonos de la B.B.C. de Londres en 1959. El de Max Weber data de los años 20, cuando el autor pertenecía al Partido socialdemócrata alemán y se titula «Los políticos profesionales». El de Bertrand Russell reúne tres fragmentos de diverso origen, pero vinculados por la misma idea central, definida por su título: «El intelectual como rebelde». El de Jean-Paul Sartre es simplemente la intervención del célebre filósofo francés en el Congreso Mundial de la Paz celebrado en Moscú en junio de 1962. El de Manuel Maldonado Denis («El intelectual latinoamericano y la política») recoge una conferencia pronunciada por el autor en el Ateneo Portorriqueño, en 1961. Y el de Jean Duvignaud «Los intelectuales y nuestro tiempo») es el prólogo de «Pour entrer dans le XX^e siècle», obra que no ha sido traducida todavía al castellano.

En «La Política de la Cultura», Wright Mills sostiene que los intelectuales constituyen una «clase internacional». Inútil decir que no compartimos esta tesis, que ha alcanzado una cierta boga en los últimos tiempos, generalmente como consecuencia de la incapacidad de las fuerzas políticas tradicionales del proletariado para realizar su misión histórica. Como tampoco compartimos muchas otras ideas que se defienden en esta obra sobre la misión de los intelectuales.

Ahora bien, estos ensayos tienen un interés evidente. Del conjunto de la obra se desprende que los intelectuales deben intervenir en las luchas de nuestro tiempo junto a las masas populares y sin someterse a las directivas de los partidos u organizaciones del capitalismo o de la burocracia rusa.

M. R.

¿LIBERALISMO U OPORTUNISMO?

(A propósito de una carta
de Camilo José Cela)

CAMILO José Cela es uno de nuestros mejores escritores vivos. Camilo José Cela es, además, un liberal español, lo que, aunque en esta revista no seamos liberales en el sentido político del término (por ser socialistas), tampoco está mal, sobre todo teniendo en cuenta la situación política actual de nuestro país. Camilo José Cela es, en este sentido, representativo de un grupo bastante nutrido de intelectuales españoles de edad ya madura y nombre consagrado, que hacen profesión de liberalismo y, por tanto, más o menos explícita o implícitamente, de anti-franquismo. Sin embargo...

Este «sin embargo» viene a cuento del hecho particular siguiente: en el número 83 —febrero de 1963— de su revista «Papeles de Son Armadans», Camilo José Cela publica una carta abierta a su editor italiano Giulio Einaudi en la que, expresando su repulsa por el libro «Canti della nuova resistenza spagnola», editado por éste, hace una defensa de «la noble causa de la libertad en España, por cuya prosecución luchamos, patrióticamente y sin salirnos del reglamento...» (son palabras de Cela). Bienvenida sea esta defensa de la libertad española, como cualquier otra defensa «liberal» de la libertad, aunque, repetimos, la libertad que nosotros propugnamos tenga una significación más profunda. Tampoco vamos a ponernos de uñas porque a Cela no le gusten los «Canti»; el que esto escribe también tiene algunos reparos que ponerles, menos y menos graves que Cela: esencialmente, el de haber incluido en la antología cuatro o cinco «cantos» que, desde el punto de vista de la eficacia política, están manifiestamente de sobra y restan fuerza a la obra; en un libro como éste ciertas expresiones están de más, aunque se hallen perfectamente justificadas en labios de españoles, populares o no. Esto no nos impedirá reconocer que en los «Canti» hay cosas excelentes y aun de gran belleza.

Pero, lo que ya no nos parece nada bien, lo que nos parece rematadamente mal, es la siguiente afirmación de Cela: «El franquismo y el antifranquismo, amigo Einaudi, como todo y el envés de todo, son considerables y argumentables, defendibles y atacables. No lo es, sin embargo, el inmediato insulto personal...» Esta «inocente», esta insidiosa frasecita se basta y se sobra ella sola para destruir todo el efecto y toda la argumentación del artículo de nuestro novelista académico y para poner en ridículo su indignación «liberal» contra los «Canti». Y que no nos diga Cela que esa frasecita era «para la censura», con el fin de que pasara lo otro: porque no le creeremos; el artículo podía perfectamente haberse publicado sin esa frasecita. (En todo caso, añadamos, hubiera sido preferible que el artículo no apareciera a que apareciera con la afirmación de marras). No, no se trata de esto: es, simplemente, que Camilo José Cela cree lo que dice, es decir que el franquismo es «argumentable» y «defendible», no siéndolo en cambio los ataques a la persona que lo encarna. He aquí hasta donde puede llegar el «juego limpio» de algunos de nuestros «liberales»; he aquí como, por gracia y arte —de birlibirloque— de uno de nuestros mejores escritores, el franquismo se nos cuela de rondón

en el foro de lo «argumentable», de lo «defendible», en fin de la liberalidad y del liberalismo. Que el régimen de Franco encarcele por simples delitos de opinión, que sus ministros y sus periódicos insulten —sin posibilidad de defensa— a hombres cuyo único delito es no pensar como el régimen quiere que piensen, que la prensa sea un diario e inmundo libelo, que no existan libertades de expresión, de asociación o de lo que sea, que brille en fin por su ausencia todo aquello por lo que nuestros liberales suspiran (no hablo aquí de quienes somos socialistas): ¡no tiene importancia! Camilo José Cela nos asegura que el régimen es «argumentable» y «defendible». Buenos modos, pues, «juego limpio», «reglamento» y «código del honor»; si no, no seremos dignos de la libertad. Y, sobre todo, ¡atención!, no aplicar palabras tan malsonantes como el castizo sinónimo de macho cabrío a quien, desde hace un cuarto de siglo, viene practicando la liberalísima, «defendibilísima» y «argumentabilísima» política de fusilar, encarcelar y aplastar a los liberales españoles (y no digamos a los socialistas)

¡Así se escribe la historia... del bendito «liberalismo» español!

F. S.

B.D.I.C

LES EDITIONS DE MINUIT

acaban de publicar dos libros del más alto interés:

LEON TROTSKY. — «DE LA REVOLUTION»

(Cours Nouveau. — La Révolution Défigurée. — La Révolution Permanente. — La Révolution Trahie)

UN VOLUMEN DE 654 PAGINAS: 40 FRANCOS

PIERRE BROUE. — «LE PARTI BOLCHEVIQUE»

UN VOLUME DE 630 PAGINAS: 40 FRANCOS
(listas).

"TRIBUNA SOCIALISTA"

puede adquirirse en las siguientes librerías:

PARIS

Librería Española (Ediciones Hispanoamericanas)

26, rue Monsieur-le-Prince, Paris (6°).

Librairie «La Joie de lire», 40, rue St-Séverin, Paris (5°).

Librairie du Palais Berlitz, 28 bis, r. Louis-le-Grand, Paris-2°

Kiosque «Cluny», 23, bd Saint-Michel, Paris (5°).

PROVINCIAS

Librairie H. Sauramps

34, rue Saint-Guilhem, Montpellier.

Librairie L.E.E.

1, boulevard d'Arcole, Toulouse.

A. Plaisance

13, place de la République, Bayonne.

Dépôt Central de Journaux

59, rue Gambetta, St-Jean-de-Luz.

Maison de la Presse

Pavillon Edouard VII, Biarritz.

«Le Furet du Nord»

11 et 13, place du Général de Gaulle, Lille.

Librairie de Catalogne, 7, place de la Banque, Perpignan.

Kiosque de livres et journaux, 6, pl. Gabriel-Péri, Lyon (7°).

EXTRANJERO

Librería del Mar Dulce

Córdoba 1354, Buenos Aires (Argentina)

Librairie Du Monde Entier

5, place Saint-Jean, Bruxelles (Bélgica).

Librería Alfa

Ciudadela (frente a la Caja Nacional), Montevideo (Uruguay).

Librería «La tertulia»

Calle 27, n° 202, entre K y L, Vedado, La Habana (Cuba).

Librería Juan Mejía Baca, Azángaro 722, Lima (Perú).

Ediciones Socialismo, Casilla 10.369, Santiago (Chile).

Librería Universitaria, Santiago (Chile).

Tribuna Socialista

REVISTA BIMESTRAL

Director: Wilebaldo SOLANO

Redacción y Administración: 5, rue Aubriot, París 4

Precios de suscripción (seis números)

España	140 pesetas
Francia	17 F
Suscripción de apoyo	20 F
Otros países de Europa	19 F
Países de América	4 dólares USA

Los giros deben remitirse al Compte Chèque Postal 19 719-26, París, M. S. García Millán, 5, rue Aubriot, París 4. Esta dirección puede utilizarse también para los envíos por Giro Postal Internacional.

Dir. gérant de la publication : Jean-René CHAUVIN

Imp. « E. P. », 232, rue de Charenton, París, 12

Tribuna Socialista

REVISTA SOCIALISTA

GRANDE TRIBUNA SOCIALISTA

Publicada los días 15 y 25 de cada mes en el número 1500

.....	100
.....	110
.....	120
.....	130
.....	140
.....	150

Publicada los días 15 y 25 de cada mes en el número 1500

Precio : 3,50 Frs